



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLÍTICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Aunón (Marqués de), Álvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Albuérne, Ardanaz, Ariza Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Brion de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cabeto, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Ceste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Callamaque, Dacarrete, Díaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figuerola, Figueroa (Angosto Suarez de), García Gutierrez, Gayangos, Gálvez de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y Renté, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Hartsenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merino, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgáz, Ortiz de Pinedo, Olzaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poyer, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Riquero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagaminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmerón, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Selles, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.  
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.  
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.  
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Noviembre de 1881.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.  
 Redacción y Administración, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por D. Miguel Moya.—Ciencia y arte, por D. Antonio Aruti.—Nuestra política, por D. Eusebio Asquerino.—Misa Canda, por don Eduardo Villa.—Buenos-Aires, por D. Héctor Florencio Varela.—Ortego, por D. Ricardo Becerro de Bengoa.—Curaçao, por D. Luis María Restrepo.—La niebla, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—El Siglo, por D. Lúcio V. Mansilla.—Revista americana, por D. M. P. de Navarrete.—La Huerta del Tío Martín, por D. Julian Zugasti.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Hemos ido guiados, tal vez más que por la piedad, por la costumbre, á hacer una visita á los muertos; hemos oido el tin tan triste, acompasado, fúnebre de la campana puesta á la puerta del castillo de la muerte para anunciar como la de un conquistador la llegada de los sepultureros; hemos pisado sin quererlo la pobre losa, cubierta de verde, de una sepultura, y admirado llenos de asombro la lápida de rico mármol de Carrara en que se copia toda la guía de forasteros; hemos visto al volver, ya lejos, de noche, las luces de los hachones como fuegos fátuos; hemos seguido con creciente interés una vez más la larga serie de aventuras de aquel D. Juan Tenorio que tenía por camino recto y seguro para ir al cielo, matar comendadores y robar monjas; y entre una oracion y una lágrima hemos apartado con horror la mirada de las negras amarguras del vivir para soñar con la inmortalidad en el cielo.  
 ¡Qué triste visita aquella! ¡Qué mes más triste el de Noviembre! Sin embargo, el mes de Noviembre tienen también sus romerías y fiestas, como la visita á los cementerios se presta á muchas consideraciones no todas luctuosas.  
 En un cementerio de París llamaba la atención una lápida que decía:  
 «Aquí yace D. Fulano de Tal.  
 Su desconsolada viuda... sigue vendiendo vino por mayor y menor.»  
 Aquí no es raro ver una viuda que acompañada del novio va á comprar una corona de esposa inconsolable.

Nuestras predicciones se han cumplido. Ya convienen todos en que la Liga agraria de Irlanda cometió una grave falta al ordenar, por instigacion de Mr. Parnell, la resistencia á todo pago. Se ha enemistado con el clero, y esta es una pérdida muy

dolorosa para su política y para sus esperanzas. Una declaracion reciente del sínodo diocesano de Dublin, presidido por su arzobispo, termina haciendo protestas de fidelidad absoluta á la ley, á la Constitucion y á la reina de Inglaterra. Este golpe es para la Liga mucho más terrible que todos los rigores y todas las violencias de Mr. Gladstone.  
 No por esto, sin embargo, puede asegurarse, todavía, que la presente crisis se resolverá en sentido favorable al orden y á la ley. La agitacion no se ha calmado aún en ciertos territorios, ni se calmará tal vez mientras los partidarios de la Liga reciban socorros de los Estados-Unidos y de Australia para defenderse. Entretanto á la gran Liga van reemplazando otras más pequeñas. En Longhen se ha constituido una de niños. Más de quinientos recorrian hace pocos dias la ciudad, cantando el *Dios salve á la Irlanda*.

Estas manifestaciones conmueven más que las de la fuerza. Los niños son ángeles, y en el cielo se oyen mejor sus súplicas que las de los hombres.  
 Malos tiempos corren para la reaccion y para el cesarismo.  
 Toda la prensa de Alemania considera como una derrota para la política bismarkiana, el resultado de las elecciones ara el Reichstag que acaban de verificarse. La composicion del Reichstag, segun las cifras publicadas en la *Gaceta Nacional*, es la siguiente.  
 Conservadores, 56.—Conservadores liberales, 27.—Centro ultramontano y güelfo, 110.—Nacionales liberales, 47.—Sucesionistas, 41.—Progresistas, 59.—Liberales indecisos, 5.—Demócratas, 7.—Socialistas, 7.—Polacos, 17.—Alsacianos loreneses de la protesta, 15.—Dinamarqueses, 1.  
 Como en ningun caso, por mucha que sea su habilidad y por mucha que sea su fortuna, puede el canciller contar con mayoría en el Parlamento alemán, y sin tenerla todo Gobierno es imposible, inspira gran interés y curiosidad saber cómo va á resolver este conflicto quien tantos ha resuelto, saltando sin el menor escrúpulo por todas las reglas del sistema constitucional y parlamentario. La certeza de estos saltos y lo extraordinario de alguno de ellos, hacen que no parezca extraño ningun otro.  
 El mariscal Moltke ha sido derrotado en Essen. Los franceses podrán no llegar á tomar nunca la revancha de Sedan, pero el espíritu de la democracia les ha vengado.  
 La derrota de Moltke es su triunfo.

La situacion del emperador de Rusia es cada dia más triste y angustiosa. Dos veces ha dado orden de que se prepare el tren imperial que ha de conducirle á Varsovia para celebrar la iniciada entrevista con el emperador de Austria, y dos veces ha tenido que aplazar el viaje. Las causas de estas indecisiones indisculpables dificilmente pueden conocerse. Unos creen que entre ellas se cuenta, como muy principalísima, la muerte del ministro austriaco baron de Haymerlé; otros que solo razones de seguridad explican órdenes y contraórdenes tan frecuentes.

Es en verdad singular el cuadro que ofrece un Estado poderoso, autocrático, colocado por encima de todas las leyes, que dispone á su antojo de 80 millones de habitantes y que tiene que declararse vencido en su lucha contra la sorda conspiracion del nihilismo. Ni el ejército de agentes y espías que el gobierno lanza contra los revolucionarios, ni los rigores del Código penal agotados para su castigo, han sido eficaces contra ellos, y eso que están dispersos, desarmados, sin jefes, y sin garantías de ninguna especie.  
 Ellos se mueven en las sombras y el czar no puede moverse en la luz. No es un emperador, es un prisionero. Los peligros que le rodean le confunden. No juzga de los hombres y de los sucesos como debiera. Lo vé todo del lado del terror, y el terror contesta con precauciones y violencias injustas. El problema va siendo insoluble, porque no tiene más que una solucion consoladora incompatible con el sistema autocrático.  
 La libertad.

Ya se conocen las verdaderas causas de la entrevista de los soberanos de Austria é Italia. Mancini las ha explicado con entera franqueza. Todos los partidos del reino—ha dicho—á excepcion del que aquí como en todos los países no sueña más que con trastornos y apocalipsis, aprueban la política extranjera que en completo acuerdo de miras é intereses con Austria y Alemania se esfuerza por asegurar la paz universal.  
 El hecho sólo de que en el terreno de la política exterior, haya un punto en que concurren las miras y los esfuerzos de todos los partidos, constituye ya una ventaja inapreciable para Italia. Semejante política exterior tenia que agradar mucho en Viena, pues el Gobierno y el pueblo austriaco hacen los mismos votos pacíficos y experimentan la misma necesidad de concordia.  
 Al estrecharse la mano ambos soberanos y cambiar amistosas protestas, han sellado, sin necesidad de pacto escrito, la comunidad de intereses y

de miras que une á dos pueblos y que constituye la mejor garantía de paz para Europa. Esta comunidad de miras é intereses se extiende á Alemania, pues aunque el rey Humberto no ha ido á Berlín porque pudiera haberse interpretado torcidamente esta visita, el Gobierno alemán ha hecho saber al italiano, que consideraba todo lo que pasase en Viena entre hombres de Estado italianos y austriacos, como si hubiese pasado entre italianos y alemanes en Berlín.

En estas amistades no hay nada de que Francia pueda estar celosa. Pero lo está.

Para la presidencia provisional de la Cámara de diputados de la república vecina, obtuvo Mr. Gambetta 317 votos de 364 votantes.

Si al recibir esta noticia Mr. Bismark no se murió de envidia acordándose del Reichstag, es que va á ser eterno.

No se podrá decir que á los señores senadores les mata el trabajo ni tampoco que tienen motivos para estar quejosa de ellos la cortesía. No celebran sesión todos los días, no pasan de una hora las que ordinariamente verifican, y si no hay peligro de discusiones del Mensaje ó de interpelaciones conservadoras, entretienen el tiempo en cambiarse noticias y gracias. Es un espectáculo que enternece al público y que no cansa á los maceros. La prueba de que gusta es indudable. Se repite más veces que las óperas que se cantan en el teatro Real.

Ahora acaba de discutirse con gran lucidez y detenimiento la cuestión de enseñanza. Parecía que el Senado se había constituido en tribunal, que se trataba de la vista del proceso contra la circular del Sr. Orovio, que hacían de jurados los espectadores de las tribunas, y que más que para discutir, usaban de la palabra los senadores de repertorio para prestar sus declaraciones.

Variación extraordinaria en el estilo, en la elocuencia, en los timbres de voz y en las actitudes. Conformidad casi completa en las opiniones. La circular de 1875 fué un acto de violencia. La libertad de enseñanza que desea el Sr. Orovio, es como la libertad de imprenta de que escribía Figaro: «Con tal de que no se escriba de nada ni de nadie, hay libertad para imprimirlo todo.»

También hablaron dos prelados. El arzobispo de Valencia y el obispo de Salamanca. Fué preciso entonces que la crítica olvidase los discursos de Fox y O'Connell, y Mirabeau, y Berryer, y pensara sólo en Bossuet, elevando su magestuosa voz desde la cátedra sagrada para evocar la divinidad de los cielos. Porque la oratoria sagrada no es la parlamentaria que animan las pasiones con su fuego, como embravecen el mar con sus furiosos las tempestades: debe ser todo mansedumbre.

Gran triunfo para la libertad de la ciencia.

Con todos los discursos pronunciados en este debate podría hacerse el pedestal de su estatua.

Se reunió el comité central del partido democrático-progresista; se pronunciaron muchos discursos elocuentes; hubo días en que se creyó que la discordia sería condenada á destierro perpetuo; momentos de dudas terribles; calma en la luz y formidables batallas en la sombra, y al fin las predicciones de separación se cumplieron.

Porque no bastaba alejar la posibilidad de un rompimiento entre las fuerzas que habían concurrido á la formación del Manifiesto de 1.º de Abril de 1880; no bastaba estrechar los vínculos que unían á sus diversos elementos; no bastaba que un día llamara el Sr. Palanca padre de los dioses al señor Márto, con aplauso, y al siguiente le proclamase presidente honorario, el Sr. Figuerola, con aplauso también. Era preciso más, y un doloroso convencimiento nos lo dijo bien claro: «El partido democrático-progresista no responderá ni á las excitaciones de la democracia, ni á los compromisos de su historia, ni á los deberes de su elevada misión, mientras, tenga dos jefaturas, mientras se agiten en su seno dos políticas, mientras esté desorganizado, mientras suscite lamentables querrelas la indisciplina, mientras que el miedo á la posibilidad de una tendencia favorable á la federación, le reste fuerzas importantísimas y adhesiones valiosas.

La separación vino. Pero no hemos de explicarla nosotros. Dejemos al Sr. Martos que hable.

Hé aquí unos párrafos del elocuentísimo discurso que pronunció en el comité:

«No es con excitaciones á la paz y á la concordia como la concordia y la paz se realizan; es con actos anteriores á la reunión de este Comité como hubierais debido procurarlas, y esos actos no han venido; así lo quiso nuestra desdicha. ¡Quizá es demasiado pronto para que triunfe el Gobierno de la democracia!.

El estado permanente de perturbación en que ha vivido y vive el partido democrático-progresista en Madrid y provincias, es una realidad tristísima, y no sirve cerrar los ojos delante de ella, porque los ojos cerrados al fin se abren, y la realidad se ve.

El remedio no está en callar ni en fingir; el remedio no está en disimular; el remedio no está en decir por nuestras palabras que queremos todos lo mismo, cuando con nuestros hechos desmentimos nuestros pensamientos. El remedio estaría, si se quisiera, y yo creo que no puede ser, en procurarlo y en realizarlo acomodando nuestros pensamientos con nuestras obras. Pero ¡si no puede ser!

Los partidos son organismos sociales donde se encarnan

las ideas, los deseos, los intereses y las pasiones de una parte de la sociedad en que viven; son todo aquello que les hace moverse, obrar constantemente en la dirección de sus fines; y así resulta que la acción es la primera condición de vida de todo partido político. Nosotros no podemos tener acción, no, no la tenemos estando como estamos porque no podemos marchar desembarazadamente en ninguna dirección determinada.

No nos engañemos: no vengamos á decir que el peor de los males es la separación. El peor de los males y de los pecados es el engaño y la envidia; y lo digo yo, que acostado de mi reposo, de disgustos, de mi trabajo y hasta de mi salud algunas veces, he venido más de dos años conciliando, oyendo, procurando calmar las pasiones de los unos y de los otros; procurando, sobre todo, desarmar las cóleras individuales é injustas que contra mí se suscitaban y que, no teniendo origen en mi conducta, habían de tener un origen más hondo, el origen de las sospechas que les inspiraba mi manera de proceder y de pensar.

La política que yo prefiero es aquella que, firme en mantener nuestros ideales y nuestras declaraciones, que manteniendo siempre el recuerdo de ese motivo de separación fundamental y perpetuo de éste y de todos los Gobiernos de la monarquía, que censurando todos los actos de la política de este Gobierno que sean dignos de censura y de ataque, reconozca en el sentido general de su política y en el sentido general de la política de los partidos que le son afines todo aquello que les afecte en realidad, separándose de la política conservadora.»

Tiene razón el Sr. Martos.

Doloroso es vivir separados, pero más doloroso todavía es vivir unidos en la discordia.

En el Congreso continúa discutiéndose con gran discreción y no escasa elocuencia, pero sin el creciente interés de otras veces, el proyecto de contestación al discurso de la Corona. La curiosidad política ha andado estos días por más modestos lugares que aquel palacio de las Cortes en que el señor conde de Toreno mandó en jefe. Tal vez vuelva al Congreso cuando los discursos de los señores Romero Robledo, y Castelar y Martos y Cánovas del Castillo la llamen. En este momento está de vacaciones.

Y, sin embargo, nadie podrá decir que los debates del Mensaje no han contado con oradores de merecida fama. El señor Pidal con su elocuencia arrebatadora lamentó los desórdenes ocurridos en Roma; consideró la unidad Italia como una catástrofe terrible; tronó contra el Gobierno por que al no protestar contra los sucesos de Roma ha faltado á sus deberes como representante de un pueblo católico y como autoridad que rige los destinos de un país que fué en otros días paladín glorioso del catolicismo y del pontificado.

El Sr. Ortiz de Zárate, con criterio tan singularísimo como extraño, se olvidó del momento histórico en que vivimos, pidió que España armase un ejército para reconquistar el poder temporal del Papa. El Sr. Silvela demostró su gran talento y su consumada habilidad como orador parlamentario discutiendo las negociaciones de Saida y otros extremos no menos importantes del Mensaje. De las contestaciones no hay para qué hablar. Todas están cortadas por el mismo patron. El que el ministerialismo pone de moda.

Otro orador, el Sr. Portuondo, que estudia y conoce bien los asuntos que trata, que los expone ilustrándolos, que los analiza cuidadosamente y los plantea con claridad y lógica, trajo al debate la cuestión que se refiere al Gobierno de la isla de Cuba. Pidió en su discurso que se mitigue el rigor de los reglamentos dados para ejercer el patronato; que cesen las deportaciones; que las garantías de la Constitución sean una verdad, y oyó delseñor ministro de Ultramar como respuesta, que el Gobierno está resuelto á cumplir todas las promesas que hicieron sus hombres desde la oposición, llevados de su deseo de unir un lazo estrechísimo de hermanos á cubanos y peninsulares.

El elocuentísimo discurso del Sr. Carvajal, que merecería por su importancia más espacio del que nos consiente dedicarle el que disponemos, terminaba así:

«Nosotros queremos para que la benevolencia exista, que sean un hecho: el sufragio universal, los derechos individuales, la libertad religiosa, todo en fin lo que habeis prometido. ¿Puede hacerse esto? Sí. Si no lo haceis es porque teneis miedo á perder el poder; y si este Gobierno no lo hace, no lo hará ninguno, porque no creo que pretendais dejar esa gloria á una evolución reciente.

Y entonces, si vuestras promesas son ilusorias, si no realizais lo que en la oposición llamabais vuestros principios, si defraudais, en fin, nuestras esperanzas ¿qué derecho nos queda?

Entonces, nos queda no un derecho sino un deber, como en cierta ocasión dijo el Sr. Sagasta, el deber de la insurrección.»

Al llegar aquí, el Presidente agita con verdadero furor la campanilla.

Silencio. Que caiga el telón.

La Asociación para la enseñanza de la mujer celebró, pocos días hace, la apertura del curso de 1881 á 1882. Fué una solemnidad consoladora que honra en extremo á los incansables propagandistas de la educación de la mujer y anuncia en lo futuro días venturosos para la patria. En los salones del Círculo de la Union Mercantil, se reunieron con este motivo, muy cerca de quinientas mujeres. ¡Qué hermoso cuadro! Ni las mujeres que votan ni las que matan; las que aman y aprenden.

Es un error gravísimo suponer que la ilustración despojaría á la mujer de ninguno de sus encantos. Nada hay tan modesto como el verdadero mérito. Hija, esposa y madre, ha dicho una notable escritora, la mujer parece destinada por la Providencia á realizar las grandes obras del perfeccionamiento de la humanidad: hija, sostiene la fé de sus padres; esposa, ayuda á su compañero, y madre, el mismo Dios le presta su auxilio para cumplir los graves y complicados deberes que su naturaleza la impone.

Bueno que la mujer no pronuncie discursos, organice comités, redacte proclamas incendiarias, mande batallones y deje el templo del hogar por los azares de la plaza pública; pero bueno también que no se niegue á su inteligencia toda luz, ni se opongan á su deseo de ilustrarse obstáculos insuperables. Para la mujer, suave medianera, según la opinión de Mr. Dupanloup, entre la Naturaleza y el hombre, entre el padre y el hijo, su estudio, todo práctico, embellecedor, rejuvenecedor, es el de la Naturaleza. La mujer puede entregarse á él con toda confianza, porque la Naturaleza es una mujer.

Toda mujer es un altar, el puro objeto, la cosa santa donde el hombre, fatigado de la vida, puede encontrar á todo momento la fé, volver á hallar su propia conciencia, conservada con mucha más pureza que en sí misma.

—Toda mujer es una escuela y de ella reciben las generaciones sus creencias.

—Mucho antes de que un padre piense en la educación de su hijo, la madre le ha dado la suya, que no se desvanecerá seguramente. Es necesario por esto, que la mujer tenga una fé, una base fija de creencias arraigadas en la razón.

Si atendemos á lo que es preciso hacer, lo que se ha hecho es muy poco. No ha llegado á plantearse un sistema general de enseñanza para el bello sexo, que responda á las exigencias de la razón. Pero aquí y allá mediante reformas parciales, van generalizándose y desenvolviéndose sus principios con tan extraordinario vigor, que no ha de trascurrir mucho tiempo, sin que aprendamos en un cuerpo sistemático y completo de doctrina, todo lo que es necesario saber para la resolución de este árduo y trascendental problema, que es uno de los que más honran y ennoblecen el espíritu de nuestro siglo.

Un ramo de pensamientos.

Los scitas sacaban los ojos á sus esclavos para que no se distrajesen mientras hacían la manfeca. Hay personas que sacan los ojos á los ruseñores para que canten mejor. Casi dan tentaciones de creer que un pensamiento análogo preside la educación que se dá á las mujeres.—Stern.

La mujer es una flor que no exhala perfume sino á la sombra.—Lamartine.

Cuanto más se eleva la condición de la mujer, más se completa y purifica el valor de la familia. Libertar la una es afirmar el otro.—Legouvé.

Las mujeres juegan con su belleza, como los niños con un cuchillo y se hieren. La mujer siente y habla con el tierno instinto del corazón, que es infalible. Nadie puede decir cosas tan tiernas y á la vez tan profundas, como la mujer. ¡Dulzura y profundidad! ¡Hé ahí la mujer, hé ahí el cielo!—Victor-Hugo.

La mujer es el domingo del hombre.—Michelet.

El teatro de la Alhambra es este año el de los estrenos. Si algún día los cuenta, contará también con ellos un triunfo ruidosísimo: el que obtuvo el drama *Lo que no ve la justicia*, estrenado en la noche del sábado.

Debo á Fernandez Bregon una de las críticas más cariñosas que ha escrito, le debo una grande amistad, le debo admiración entusiasta por sus méritos como escritor y por lo extraordinario de su talento. No olvidándome de esto, y no recordando de su última obra más que sus bellezas y la impresion profundísima que en mí, como en la mayor parte del público, produjo, no puedo hacer la crítica de *Lo que no ve la justicia*. Todos los periódicos la han hecho y todos convienen en el mérito excepcional de este drama. Ni aún para figurar en el coro de los encomiadores de Bregon llevo á tiempo.

Bregon, que era un escritor originalísimo y un cronista genial que sembraba los chistes y las frases delicadas en sus artículos con la profusión que la primavera siembra el campo de flores, se ha revelado como un gran autor dramático. *Lo que no ve la justicia*, es un drama admirablemente pensado, sentido de verdad, escrito con una claridad y una corrección y una energía verdaderamente extraordinarias, lleno de hermosos pensamientos y de bellísimas escenas. La de Enrique y Blanca en el acto segundo es un idilio encerrado en una tragedia terrible. Tantas veces tuvo Bregon que salir á la escena, tantas, que ya hemos olvidado el número. No se olvidarán tan fácilmente al público que los oyó estos pensamientos que copiamos:

—El mal es escandaloso y el estruendo que hace exagera sus proporciones. La dicha es reservada y pudorosa, y como no produce ruido parece que no existe.

—La luna es el sol de los enamorados.

—No avergüenza el cadalso, sino el crimen. ¿Ves esa cruz? También es un patíbulo.

—La viveza de las emociones pasajeras no destruye la intensidad de los afectos duraderos: hay

más calor en la lámpara que se apaga, que en el relámpago que deslumbra.

—Donde los padres no tienen compasión de sus hijos y ofenden los sentimientos naturales, ha desaparecido la familia, se ha desplomado el hogar y el calabozo más triste es un refugio.

—¿Qué descubrimiento haría la justicia si tuviese corazón!

—La frente impasible de un demente es la losa donde yace una inteligencia muerta. ¿Qué hombre de bien se atrevería á manchar su epitafio?

Después de esto nada más que un consejo.

Lo que no ve la justicia debe verlo todo Madrid.

\*\*\*

Sobre la losa que cubre los restos del género bufo envilecido se va á levantar un monumento á la ópera española que nace. Arderius ha sido su apóstol, y envidioso el teatro vecino á San José quiere ser quien la diga como Jesús á Lázaro «levántate y anda». Los primeros pasos hay que confesar que no los ha dado con mucha precipitación; pero la empresa de Apolo tiene la esperanza de que acabará por correr y no la escatima elogios y numerario. Esperemos. Nuestra honrilla de españoles está interesada en que tengamos cocido y ópera nacionales.

La temporada comenzó el sábado con una bellísima ópera cómica de Chapí, que se titula *La Serenata*, y con el cuadro lírico-dramático titulado *¡Tierra!*.

*¡Tierra!* es una ópera en un acto que estuvo durante algunos años bajo el polvo de los estantes donde la empresa del teatro de la Zarzuela guarda esas obras de reemplazo que casi nunca llegan al servicio activo. Es un cuadro dramático conmovedor, es el recuerdo vivo de aquella página gloriosa de la vida del gran marino genovés, que cuando concluido el plazo que los sublevados de la carabela *Santa María* le han concedido, siente la muerte, más que por morir, por no ver el mundo que había adivinado su génio, oye gritos, ¡Tierra! ¡Tierra! y con los ojos puestos en el cielo para expresar su agradecimiento exclama: ¡Viva Castilla!

El poeta ha comprendido al génio, el músico al poeta, y el público á todos.

Resultado.

Que habrá *Serenata* para muchas noches y... No. Esto no lo decimos nosotros, se lo oímos á un revendedor la noche del estreno.

—Esta *¡Tierra!* va á dar mucho trigo.

\*\*\*

Todas las reformas son antes de llegar á verse implantadas rudísimamente combatidas.

Los mayores de diligencia protestaron contra el ferro-carril.

Los cocheros de punto contra el tranvía.

Los faroles de aceite contra el gas.

Pues bien; ahora tendremos una nueva protesta. La de los juguetes-cómico-lírico-bailables contra la ópera española.

Porque no hay nada más divertido ni que más provoque la risa que oír en nuestro idioma recitados como el siguiente:

El tenor.—¿Cómo va?

El bajo.—Bien. ¿Y en casa?

El tenor.—Todos buenos.

\*\*\*

Dos novedades introducidas en el Teatro Real. No permitir la entrada en el Paraíso las noches de extremo más que á los sordos.

Sustituir los carteles en que se anuncian las funciones por avisos á domicilio para que no tengan que arrepentirse de su buena fe los que crean que hay función por que los carteles lo dicen.

Este año se rompe la cuerda por lo más gordo, por los tenores; verdad es que allí en justicia nunca podría decirse que se rompe por lo más delgado.

Por que las que no se arrepienten ni se enmendan son las bailarinas.

\*\*\*

En un exámen de Historia de la Iglesia:

—¿Qué hace falta para entrar en el Paraíso?

—Ser alabardero.

MIGUEL MOYA.

## CIENCIA Y ARTE.

Que la electricidad, el magnetismo, la termalidad y la luz, son fenómenos etéreos asociados por sucesión, nadie lo pone hoy en duda; pero respecto á la inervación, hemos visto que algunos le atribuyen la aptitud necesaria para dar lugar en los centros nerviosos parciales á la presentación de los fenómenos mentales, y ese error es el que vamos á desvanecer en los párrafos siguientes. Cuando se trata, pues, de los cargos de fuerzas ó seres movidos atribuidos á la electricidad, el magnetismo, etc., creemos que esas palabras deberían sustituirse con las de éter eléctrico, magnético, térmico, etc., que nos parecen menos impropias; pero para evitar el que un cambio tan brusco produzca alguna confusión en el lenguaje adoptado, usaremos, por ahora, indistintamente de las frases anteriores y de las que creemos deben sustituirse.

Se da el nombre de *sistema nervioso* á un aparato orgánico constituido; primero, por los cen-

tros que dan origen á los nervios; segundo, por los cordones nerviosos que, emanando de esos centros, se distribuyen, dividiéndose indefinidamente por todos los órganos tejidos, y células elementales de los mismos; tercero, por la inervación ó éter inervador que recorre, en forma de circuito cerrado, todo el trayecto de esos cordones; transmitiendo al través de ellos las impresiones al centro de su origen, y la fuerza motora muscular al de sus últimas ramificaciones.

Existen dos grandes centros nerviosos: el *cerebro espinal*, que se puede calificar de principal, porque en él tienen su origen los cordones nerviosos; tanto los *sensitivos*, llamados así porque transmiten á este centro las impresiones que la mente convierte en sensaciones; como los *motores*, que promueven en las fibras musculares, donde se distribuyen sus extremidades periféricas, los movimientos que ha dispuesto ejecutar la voluntad. El otro centro, que puede considerarse como secundario, porque está formado por los nervios cerebro-espinales, es el llamado *ganglionar*; conocido por ese nombre, porque los cordones nerviosos que lo forman, atraviesan una serie de pequeños centros llamados *ganglios*, enlazados entre sí, en forma de red, por ramificaciones nerviosas que proceden del centro cerebro-espinal, del que reciben la inervación.

Esos pequeños centros ganglionarios tienen por principal misión el promover los movimientos musculares involuntarios é inconscientes, que ejercen los órganos destinados á la conservación del individuo; como los de la digestión, la absorción, la circulación, la calorificación, las secreciones y excreciones, la asimilación y desasimilación; funciones que el organismo ejerce sin conocimiento del individuo y sin que intervenga en ese ejercicio su voluntad. Los ganglios gozan de una aptitud motora propia, que comunican á los tejidos y órganos por medio de los filetes nerviosos que los atraviesan; pero los movimientos producidos por ellos son inconscientes, á no ser que los comunique al través de algún nervio sensitivo al centro cerebro-espinal y éste á la inteligencia, como aparece en el ejemplo siguiente.

Supongamos un cordón nervioso *A B*, que sale del centro cerebral *A* y se dirige al ganglionar *B*. Consta de dos fibras; la una sensitiva *S*, y la otra motora *M*.

Al llegar al ganglio *B*, le atraviesa y se bifurca, siguiendo la fibra sensitiva *S* la dirección *C*, y la motora *M* la *D*; donde respectivamente terminan dividiéndose y subdividiéndose en los tejidos respectivos.

Cuando la extremidad *C*, que termina en un órgano ó tejido, recibe una impresión, la transmite al centro ganglionar *B*, y ese centro, al través de la fibra sensitiva *S*, comunica esa impresión al centro cerebral correspondiente; impresionando éste á su vez al sensorio, que convierte esa impresión en sensación consciente.

La mente, en consecuencia, dispone, por ejemplo, que el centro nervioso impresionado ponga en movimiento el músculo *D*, en el cual termina la fibra motora *M* al través del ganglio *B*, y si se verifica, sucede con consciencia de la mente, que lo ha dispuesto.

Es la marcha ordinaria; pero sucede muchas veces, que esas impresiones y movimientos se repiten con frecuencia, y entonces el centro ganglionar *B*, habituado á ello, al recibir la impresión consabida, que le trasmite la extremidad *C*, suprimiendo su trasmisión al centro cerebral, promueve, en virtud de su autonomía motora, los movimientos del músculo *D*; en cuyo caso, tanto la impresión recibida como los movimientos ejecutados quedan inconscientes. Estos son los movimientos que los fisiólogos llaman *reflejos*.

Este ejemplo nos manifiesta patentemente, que la inervación, lo mismo que la electricidad, con la que tiene relaciones de comunidad fenomenal, goza de una aptitud motora propia; es decir, que es *automotora*; pero que los movimientos musculares promovidos por ella son *inconscientes*; convirtiéndose en *conscientes* solo cuando los centros cerebrales respectivos han comunicado las impresiones á la mente.

Por otra parte, tampoco puede ponerse en duda, que el ejemplo presentado reúne las mejores condiciones para observar la aptitud fenomenal del ser encargado de producir con sus movimientos el fenómeno inervación, en toda la extensión de su importancia é intensidad; pues figuran en ese ejemplo los dos grandes centros nerviosos, el cerebro-espinal y el ganglionar, presentándose además juntos nervios sensitivos y motores. Además, la inervación, que aparece en él, es también siempre la misma, puesto que el mismo fluido recorre el largo trayecto cerebral y el corto ganglionar ó reflejo, sin que las impresiones que conduce al través de los nervios citados, ni los movimientos reflejos que ejecuta lleguen á ser conscientes, hasta que lleguen, al través de los centros nerviosos parciales, al terreno mismo en que aparecen los fenómenos mentales.

Teniendo, pues, presente lo que acabamos de exponer, y enlazándolo con lo que dijimos al tratar de la importancia de los fenómenos, acerca de la aptitud especial, propia, que cada ser posee para producir con sus movimientos tales ó cuales fenómenos relacionados con su mayor ó menor condensación ó fluidez, deducimos: que las relaciones de comunidad, que se observan entre los fenómenos

nerviosos y los eléctricos, prueban, que la inervación, lo mismo que la electricidad, reconoce por origen ciertos y determinados movimientos del éter, más ó menos veloces para cada uno de ellos, con arreglo á su grado de intensidad; es decir, que la inervación está comprendida entre los fenómenos etéreos y estos no pueden ser nunca conscientes. El éter inervador, que en la evolución anterior á la que ha quedado suspensa en los centros nerviosos parciales ha servido de ser movido, tiene, pues, que desempeñar el cargo de fuerza, en la que falta para completar la serie.

Solo nos falta ya analizar el orden que los fenómenos mentales siguen en su presentación y marcha, durante los períodos del desarrollo, estado y declinación del conjunto del organismo, para ver si ese estudio nos conduce á dilucidar, si la sustancia que ha de servir de ser movido en la evolución que tratamos de completar, es ó no material.

La actividad funcional de un organismo humano se dá á conocer, entre los cuatro y cinco meses de gestación ó embarazo, por movimientos que parecen inconscientes; y aun después de nacido el feto no dá, en los primeros meses, señales de poseer la consciencia de sus actos, que debe adquirir más tarde; consciencia que va desarrollándose gradualmente, á la par de las demás funciones del organismo del mismo individuo. Solo adquiere el hombre suficiente aplomo en el ejercicio de las funciones intelectuales, cuando por medio de la práctica continuada, de la gimnasia mental constituida por la educación, por el estudio, contrae el hábito de ejercerlas.

Decae ese ejercicio en la vejez, principiando por debilitarse las sensaciones y luego la memoria; y si la edad del individuo llega hasta la decrepitud, pierde aun la facultad de pensar y razonar lógicamente; chocheando y concluyendo por debilitarse hasta la fuerza de voluntad que anteriormente poseía.

La mente humana sigue, pues, en su presentación y proceso vital del individuo á quien pertenece, los mismos períodos que recorren las demás funciones que concurren á la formación del organismo vivo; nace, se desarrolla por medio de la repetición de movimientos gimnásticos; se conserva; declina, y deja de funcionar, como los demás fenómenos fisiológicos; y para que sea igual á la mayoría de ellos, hasta descansa por medio del sueño.

Este trabajo analítico nos ha proporcionado dos datos preciosos para el objeto á que aspiramos.

1.º Que la sustancia productora de los fenómenos mentales es material; porque en su desarrollo, estado y declinación obedece á las leyes de la materia.

2.º Que los fenómenos mentales se deben á los movimientos de esa materia; pues que su presentación sucesiva requiere ejercicios gimnásticos.

Hemos llegado, pues, á probar, que la presentación de los fenómenos mentales se debe á los movimientos de un ser material, cuya fluidez y elasticidad deben ser muy superiores á los del éter; porque los fenómenos *conscientes* que produce, tienen una importancia muy superior, á la de los *inconscientes* que proceden de los movimientos del éter.

No pudiendo atribuirse, pues, la presentación de los fenómenos mentales, ni á la espontaneidad de un espíritu inmaterial é inmortal, por estar esa teoría en contradicción con las leyes de la naturaleza; ni á la actividad del órgano cerebral, por no estar su consistencia en armonía con la importancia de esos fenómenos; ni á la funcionalidad de los centros nerviosos, incapaces, según hemos visto, de dar origen á fenómenos conscientes; y habiendo descubierto, por fin, que la sustancia productora de los fenómenos de que estamos tratando es material y, por consiguiente, apta para contribuir con sus movimientos á la formación de las evoluciones fenomenales; considerando, por último, que hemos dejado incompletas las cinco series evolutivas sensitivas en los centros nerviosos, por falta de un ser adecuado que desempeñe el cargo de movido, impresionado, como potencia motora, por la inervación ó éter inervador que á su vez sirvió de movido en la evolución anterior; obrando con arreglo á lo que nos aconseja la lógica, nos consideramos en el caso previsto en las 13.ª y 14.ª leyes evolutivas fenomenales, que repetiremos para facilitar á nuestros lectores su recuerdo y á la letra dicen así:

Ley 13.ª Cuando despues de un motor aparecen fenómenos muy importantes, sin que se dé á conocer el ser, cuyos movimientos dan lugar á su presentación, se debe recurrir á la existencia de un fluido imponderable, y por consiguiente, invisible é impalpable para nosotros, colocado inmediatamente despues de la fuerza, cuyos movimientos den lugar á la presentación de los fenómenos presentados.

Ley 14.ª Lo mismo debe verificarse, cuando los fenómenos aparecen relacionados, á primera vista, con un ser cuyas condiciones de fluidez y de elasticidad no corresponden á la importancia de los fenómenos presentados.

Acatando, pues, esas leyes, cuya verdad se halla tan demostrada como la luz del día, aceptamos, según ellas lo reclaman, la existencia hipotética de un fluido imponderable, cuya fluidez y elasticidad le hagan apto para promover, con la velocidad de sus movimientos, la presentación de fenó-

menos, cuya importancia llegue hasta el grado de ser siempre conscientes; dedicándonos muy pronto á convertir esa hipótesis en verdad demostrada, explicando por su medio la presentacion y demás especialidades relacionadas con los fenómenos psíquicos, que hasta ahora parecían inexplicables; como los físicos Young y Fresnel demostraron la existencia del éter, por la explicacion de los fenómenos luminosos; y á ese fluido imponderable, que debe estar situado inmediato y en contacto con los centros cerebrales nerviosos, llamaremos indistintamente, por variar en lo ménos posible el lenguaje actualmente adoptado, *fluido anímico ó alma*.

Esto establece naturalmente la línea divisoria entre lo inconsciente y lo consciente; línea colocada, tratándose de seres, entre el éter funcionando como inervador y el alma como inteligente, y cuando nos referimos á los fenómenos, entre el término final de las impresiones y la iniciacion de las sensaciones; pudiendo formularse esa explicacion diciendo; que en el terreno etéreo las evoluciones son fatales y los fenómenos inconscientes; y en el terreno anímico todo es voluntario y consciente. De modo que la última evolucion que nos faltaba para completar la série sensitiva se compone; del éter inervador de los centros nerviosos cerebrales, como fuerza; del fluido anímico ó alma, como ser movido; y de la inteligencia, razon, ó mente, compuesta por un conjunto de fenómenos asociados conscientes, como término de la série.

Nos dedicaremos ahora á convertir la existencia hipotética del fluido anímico ó alma en verdad demostrada; por medio de la explicacion del mayor número de fenómenos psíquicos que nos sea posible.

### VIII

Los fenómenos mentales conscientes, que resultan de los movimientos ejecutados por el fluido anímico, en la última evolucion de la série que acabamos de completar, aparecen en el orden siguiente:

1.º Las *sensaciones*; en que se convierten las impresiones exteriores, son una especie de llamada que las últimas dirijen al alma, en el momento en que llegan al centro nervioso correspondiente.

2.º Las *percepciones*, que consisten en la consciencia que adquiere la mente del objeto ú objetos que le han impresionado y de su procedencia.

3.º Las *ideas*, constituidas por las imágenes de los objetos percibidos, que quedan grabadas en la mente, aun despues de haber desaparecido los objetos productores de ellas; como en una cámara fotográfica quedan persistentes los retratos producidos sobre el cliché, por las vibraciones del éter luminoso.

4.º La *memoria*, la cual consiste sencillamente, en la repeticion de los movimientos del fluido anímico, que anteriormente formaron las ideas; por el mismo mecanismo que el fonógrafo de Edison inmediatamente repite los sonidos recibidos.

5.º La *atencion*, en la que el alma repite, durante algun tiempo, los movimientos que requiere la presencia de las ideas que se quieren estudiar. Cuando la atencion es muy intensa y continuada, toma el nombre de *contemplacion*.

6.º Las *agrupaciones*, ó sea la reunion de ideas análogas en grupos parciales, por medio de movimientos propios de cada una de ellas, asociados por simultaneidad, como los sonidos de una orquesta.

7.º La *comparacion*, ó repeticion alternada que hace el alma de los movimientos que han dado lugar á esas agrupaciones, para conocer las analogías ó diferencias que existen entre ellas.

8.º El *juicio*, encargado de decidir, qué agrupaciones de ideas ó ideas sueltas deben considerarse como verdaderas, y cuáles como tan sólo probables ó falsas.

9.º La *conciencia moral*, cuya mision consiste en decir si las verdades, reconocidas como tales por el juicio, son buenas ó malas, y deben ó no aplicarse á la práctica.

10. La *voluntad*, que representa el poder ejecutivo del organismo, y constituye el más intenso de los fenómenos mentales, por reclamar su presentacion el máximun del número de vibraciones que puede ejercer el alma del individuo á quien anima; por eso hay individuos de más ó ménos fuerza de voluntad; aumentándose esa fuerza, en consecuencia del número de vibraciones que ejecuta, hasta el grado de convertirse, de ser movido que era por el éter inervador, en motor del mismo; como sucede con el viento convertido en huracan, con respecto á los árboles y casas que derriba.

La marcha gradual que siguen esos fenómenos en su presentacion constituye el *razonamiento*, y su conjunto, la *mente*, la *inteligencia*, ó la *razon* cuando se trata del hombre.

Tales son los fenómenos mentales, producidos por los movimientos de un solo ser movido, que es el alma; cuyo fluido, aumentando gradualmente el número de sus vibraciones, los presenta en el orden de intensidad en que los hemos colocado; debiendo en consecuencia ser realmente considerados como fenómenos de asociacion simultánea y sucesiva, segun los casos, y aun á veces mixta.

Sin embargo, esos fenómenos no siempre guardan ese orden en su presentacion. Sucede con los que se dedican á la gimnasia mental, lo que con los gimnastas físicos, los pianistas y demás artistas que se dedican á ejercicios muy repetidos; los cua-

les adquieren una facilidad tan grande en ejecutar los movimientos de su especialidad, que pasan sin dificultad de uno ménos intenso á otro mucho más intento y vice-versa, prescindiendo del orden metódico en que normalmente aparecen.

El hombre posee, pues, un alma; mas no un alma inmaterial que por su propia virtud produce la inteligencia; sino un alma material cuyos movimientos dan lugar á la presentacion de fenómenos conscientes más ó ménos intensos, segun sea mayor ó menor el número de vibraciones que ejecuta, como sucede con el éter en sus movimientos eléctricos, magnéticos etc.; lo que explica la mayor ó menor potencia de la voluntad, así como su trasformacion de ser movido en motor del éter inervador.

Si recordamos ahora el ejemplo quinto que presentamos al investigar los movimientos, en el que se manifiesta que una parte de un ser puede convertirse en fuerza motora de otra parte de sí mismo, comprenderemos por qué la voluntad, que representa el máximun del número de vibraciones que el alma de que se trata puede ejecutar, se impone al todo y á cada parte del resto de la misma alma; disponiendo que esos conjuntos parciales ejecuten tales ó cuales movimientos, para que se presenten tales ó cuales fenómenos; patentizando de esa manera la calificacion de jefe del poder ejecutivo del organismo, que á ese fenómeno hemos concedido.

El número de vibraciones que ejecuta el fluido anímico para la presentacion de cada uno de los fenómenos mentales, con arreglo á su intensidad respectiva, no ha podido calcularse aun; pero sabiendo que Ludwig, Helmholtz, Vierdot, Claudio Bernard y otros ilustres experimentadores han inventado aparatos de precision para calcular la velocidad é intensidad de las corrientes etéreas inervadoras, de los actos de la voluntad, de la tension del corazon y las arterias, etc., y que han calculado tambien ya que la nota musical más aguda requiere 48.000 vibraciones del aire atmosférico por segundo, y que el color violado, el de mayor intensidad entre los fenómenos luminosos, le forman 764 trillones de vibraciones etéreas en el mismo tiempo, debemos suponer que algun dia, probablemente no lejano, á favor del progreso gradual científico y artístico, aparecerá algun Edison psicólogo, que invente algun *animómetro* que precise el número de vibraciones que requiere la presentacion de un fenómeno consciente.

Creemos conveniente, antes de pasar adelante, rectificar un aserto del Dr. M. Rouget, profesor de fisiologia en el Museo de historia natural de París.

Parece que este señor, en una de sus conferencias científicas, dijo: que así como los físicos han fijado la velocidad con que se transmiten los sonidos, la electricidad y la luz, se habia calculado tambien la rapidez con que se trasmite el pensamiento, y habia resultado, que la trasformacion de una sensacion en percepcion y en volicion exige cerca de un tercio de segundo; tiempo en el cual la electricidad recorre 151.000 kilómetros y la luz 100.000; de que resulta, que el movimiento de la idea es el más lento de todos.

Nosotros haremos al citado doctor la observacion de que la trasformacion de un fenómeno asociado por sucesion, en otro más ó ménos intenso perteneciente á la misma série, no requiere cambio alguno de lugar ni recorrer distancia alguna. La conversion de una sensacion en percepcion ó volicion, no debe confundirse con la transmision de un fenómeno aislado, de un punto á otro del espacio, cual sucede con los sonidos y la luz. La conversion de los fenómenos en otros más ó menos intensos, dentro de la misma asociacion fenomenal, no requiere cambio alguno de sitio, sino el aumento ó disminucion respectivos del número de vibraciones ejecutados por el ser movido, que en estos casos siempre es el mismo. La rapidez de la marcha del pensamiento no puede, pues, graduarse por ese medio; pues le basta al alma, para verificar esas conversiones ó trasformaciones, aumentar ó disminuir el número de sus vibraciones, sin moverse del punto que ocupa. El error del Dr. Rouget proviene, pues, de haber confundido la intensidad de los fenómenos con su transmision de un punto á otro.

Además, el hombre, para comunicar á otros semejantes suyos sus ideas ó conceptos, no necesita transmitírselos directamente por medio del fluido anímico, cual sucede con los sonidos, la electricidad ó la luz, en su transmision respectiva por el aire ó el éter; al alma le basta constituirse en voluntad, é iniciar y dirigir, como fuerza motora que obra sobre la inervacion al través de los cordones nerviosos motores, séries evolutivas cuyos fenómenos terminales, que tiene ya previstos, convengan á sus intereses.

Entre esos fenómenos figuran, en primera línea, la palabra obtenida por la voluntad; haciendo que la inervacion motora ponga en movimiento ciertos músculos de la boca y de la laringe; la escritura, promoviendo por los mismos medios ciertos movimientos de los dedos de la mano armada de una pluma mojada en tinta; y cuando los individuos con quienes quiere comunicarse se encuentran á alguna distancia, del telégrafo eléctrico, los ferro-carriles, los vapores preparados ya anticipadamente por él, con esos objetos. La voluntad es, pues, la que transmite los conceptos del hombre á distancias más ó ménos largas, valiéndose de medios mecánicos, y si tarda en verificarse esa traslacion, debe atribuirse á ellos y no al alma, que se mantiene siempre en su sitio.

Todo lo dicho constituye, pues, mecanismos sorprendentes, á la verdad, pero que no dejan de ser producidos por los movimientos ejecutados por la materia única y eterna que llena el universo, para la presentacion de los fenómenos que le corresponden; lo que demuestra la verdad del *monismo-mecánico-fenomenal*.

Con el objeto de que esas evoluciones, tan precisas para atender á las necesidades y comodidades del hombre, no queden desatendidas jamás, la voluntad está siempre alerta, y dispuesta á enlazarse con cualquiera de los fenómenos mentales, desde las sensaciones hasta la conciencia moral prescindiendo de todo turno; llegando á tal grado su independencia funcional, que se sobrepone, á veces, hasta á las decisiones del juicio y de la conciencia moral, obrando por su cuenta errónea é in-moralmente.

Los movimientos ejecutados por el fluido anímico ó alma, explican, pues, lógicamente la presentacion sucesiva de la asociacion fenomenal mental, desde las sensaciones más sencillas hasta la voluntad más intensa y sus actos; pudiendo dividirse esa asociacion en las tres secciones siguientes: la primera, que puede calificarse de *sensitiva concéntrica*, está formada por las sensaciones, percepciones é ideas, y sirve para poner al mundo exterior en comunicacion con el hombre: la segunda, que llamaremos *racional central*, que principia en la memoria, y despues de pasar por las agrupaciones, comparacion y juicio, termina en la conciencia moral, constituye la senda del razonamiento; y la tercera, conocida con el nombre de *volitiva excéntrica*, constituida por la voluntad, pone de nuevo al individuo en comunicacion con el mundo exterior, por medio de los movimientos voluntarios á que da origen, ejerciendo su accion motora sobre los cordones nerviosos correspondientes.

De esa manera, cada individuo forma un centro especial de sensaciones, razonamientos y voliciones, que le mantienen en comunicacion continua consigo mismo y con los seres y fenómenos del mundo exterior que le rodean.

Para concluir con lo relativo á la formacion de los fenómenos mentales, diremos, que la mision de que se halla encargado el órgano cerebral en la presentacion de esos fenómenos, se parece á la que desempeñan los humores de los ojos con respecto á los rayos luminosos; modificando su marcha, para que lleguen á formar en la retina la imagen del objeto cuya impresion han recibido.

El cerebro, con sus misteriosas particularidades anatómicas y sus localizaciones fisiológicas, debe, á nuestro entender, ser considerado como un sentido central complementario, destinado á preparar la inervacion central, para que transmita las impresiones recibidas, al fluido anímico; de modo que este pueda sentir las y trasformarlas en sensaciones, y dar curso, á su tiempo, á las voliciones.

Continuaremos ahora explicando otros fenómenos, que nos parecen de importancia, y se encuentran estrechamente relacionados con los mentales, principiando por el *sueño*.

Muchas son las definiciones que se han dado del *sueño*; pero ninguna ha sido completamente satisfactoria.

El *sueño* ha sido considerado por la generalidad de los fisiólogos como una interrupcion pasajera, más ó menos completa, del ejercicio de las funciones, que constituyen la vida de relacion, con los objetos exteriores; mientras que las de nutricion, como la digestion, absorcion, circulacion, respiracion, calorificacion, secreciones y la asimilacion continúan ejerciéndose sin interrumpirse, como en el estado de *vigilia*, que es el opuesto al del *sueño*.

Tambien ha sido calificado el *sueño* de un estado del organismo, en el que los fenómenos de la actividad psíquica se encuentran momentáneamente abolidos; acaso para reparar algo que el organismo ha perdido durante la vigilia, y necesita recobrar para seguir funcionando; sin dejar por eso de dedicarse á sus respectivos cargos, los órganos destinados á ejercer las funciones propias para la conservacion del individuo.

De manera que todos convienen, en que durante el *sueño* está suspendido el ejercicio de las funciones que ponian al individuo despierto en relacion con el mundo exterior que le rodea; pero que las funciones orgánicas ó de conservacion continúan ejerciéndose.

En los fenómenos que preceden al *sueño* y manifiestan su pronta presentacion, como la relajacion de los músculos, los esperezos, los bostezos, la caída de párpados etc., no toma parte la voluntad, ni el yo mental los percibe hasta despues que se han presentado; lo que manifiesta que la inervacion toma una parte activa en el *sueño*, independientemente ó en combinacion con el alma.

En efecto, á veces los centros nerviosos cerebrales cortan las comunicaciones que mantenian con los sentidos externos por un lado y el fluido anímico por otro; en consecuencia, los cordones nerviosos especiales de esos sentidos no transmiten ya á dichos centros las impresiones de cuya conduccion se hallaban encargados, como tampoco reciben los cordones motores las influencias de la voluntad; en cuyos casos el alma, completamente aislada, se entrega al descanso y duerme; calificándose en esos casos el *sueño de tranquilo*, más ó ménos profundo.

ANTONIO ARRUTI.

## NUESTRA POLÍTICA.

Nos proponemos continuar la gestión literaria, social y política, que es el blason de LA AMÉRICA en el espacio de veinticuatro años, desde su fundación, sólo interrumpida dos años después de la ominosa lucha que llenó de duelo y que engendró tan lamentables catástrofes en la reina de las Antillas, que vió hecha pedazos la magnífica corona que ornaba su frente, radiante de los más brillantes resplandores; arruinadas respetabilísimas familias, sucumbieron millares de víctimas en los combates más sangrientos, ó lejos de la querida patria, en las tristes soledades del destierro.

Nosotros hemos lamentado con el dolor más intenso y sincero tan grandes infortunios; no nos dolía la pérdida material, considerable, inmensa, de nuestros intereses, sino la causa funesta que los producía, la ruina de tantas fortunas, y no escasas de personas queridas, ligadas á nosotros por vínculos de amistad y de reconocimiento, por el favor que nos dispensaron, por la honra que nos hicieron, por las muestras de afecto que nos prodigaron, porque jamás podremos olvidar, mientras aliente nuestra vida, que en esa isla de Cuba, tan espléndidamente dotada por la naturaleza de los más ricos dones, el fundador de LA AMÉRICA, nuestro muy querido hermano, en los diversos viajes que emprendió á ese suelo privilegiado, que merecía sus más afectuosas deferencias, obtuvo siempre la más cordial hospitalidad, y en el último, sobre todo, fué honrado por todas las clases de aquella sociedad, tan culta como generosa, con ovaciones inmensas, con brillantes serenatas, con banquetes grandiosos; y si, por desgracia, ya no existe el hermano adorado, que fué objeto de tan señaladas distinciones, aún vibra en mi corazón el recuerdo de tantos beneficios, y en medio de mi dolor inmenso, aún palpita de agradecimiento por los obsequios que le tributaron en la Habana, como en Cárdenas, en Matanzas y en todas las principales ciudades que recorrió de triunfo en triunfo; y este honor que se dignó concederle aquel país, que merecía mi predilección más vehemente, fué debido, sin duda, á la gratitud magnánima de sus hijos, entusiastas por la constante defensa que hizo en LA AMÉRICA de sus legítimos intereses, de las reformas liberales que reclamaba con justicia; ardiente apóstol de su progreso y de su engrandecimiento, proclamó sus derechos, condenó la esclavitud de seres humanos, y abogó con perseverante anhelo por todas las mejoras, y luchó con valor heroico contra todos los abusos y contra todos los vicios de una administración despótica que embarazaba el desarrollo de su riqueza, que oponía obstáculos odiosos á la iniciativa individual y á todas las manifestaciones de la libertad que debía engrandecerle y darle la dignidad que merecía.

No fueron estériles sus valerosos esfuerzos, y es nuestro deber más sagrado el secundarlos constantemente con decisión y firmeza, para contribuir, en lo que podamos, á que se realicen todos los adelantos y todas las reformas que tiene el derecho de alcanzar la preciosa Antilla, y hemos de combatir las corruptelas inveteradas cuyos gérmenes nocivos segen las fuentes de su prosperidad y de su grandeza. Queremos adoptar igual sistema en todo lo que se relaciona con el fomento de Puerto Rico, y de las islas del Archipiélago filipino, provincias queridas que, por la triste circunstancia de estar distantes de la madre patria, deben obtener nuestro especial desvelo para velar por sus intereses, para extender la esfera de sus derechos, para que la ley de la equidad y de la justicia imperen en tan apartadas regiones, que son dignas, por el carácter benévolo de sus hijos, de que disfruten de todos los beneficios de la civilización moderna, y de todos los progresos sancionados por el espíritu del siglo.

Hemos de insistir un día y otro día para extirpar de raíz añejas supersticiones, funestos errores, que han sido el legado fatal del odioso absolutismo, que han explotado las Antillas en su provecho; que las han encadenado á su yugo de hierro, y que ya son incompatibles con el régimen de libertad, más ó menos lato, que predomina en nuestra patria, en las naciones más cultas de Europa, y sobre todo en la pujante, colosal y floreciente América del Norte.

Las islas Filipinas, que por su situación geográfica tienen las condiciones más ventajosas de producción y de salubridad, y por sus estrechas relaciones comerciales con la China y el Japon son una fuente de riqueza, exigen la solicitud más viva.

Su vastísimo territorio contiene más de seis millones de habitantes; el último censo lo hace ascender casi á doscientos mil más, entre españoles, filipinos y españoles peninsulares; sus puertos son infinitos, aunque están habilitados solamente para el comercio exterior, Manila, Ilo-ilo, Lingayen y Cebú; pero, según la opinión de una persona tan competente como nuestro ilustrado colaborador el Sr. D. Francisco Cañamaque, este comercio, por grande que fuere, no tiene comparación con el de cabotaje que hacen los indios y mestizos en sus pequeñas embarcaciones, que surcan infinitos ríos navegables, que prueban la fertilidad de aquel rico país, con mil doscientas islas, siendo las principales las de Luzon, Visayas y Panay, de una extensión de miles de leguas cuadradas.

Muchas reformas administrativas son urgen-

tes en Filipinas, sobre todo la más importante, la fundamental debe ser la educación, porque los datos estadísticos que presenta el Sr. Cañamaque, revelan el deplorable abandono en que se encuentra; porque *doscientos mil* indios escasamente hablan la lengua castellana y más de *cinco millones* no la comprenden. La unidad del idioma fué aducida como necesaria por una autoridad tan respetable por su saber y por la práctica de los negocios, como nuestro ilustre amigo, que por desgracia ya no existe, el eminente orador D. Patricio de la Escosura, comisario régio que fué de Filipinas.

El interés público, la tranquilidad misma del Archipiélago filipino y la civilización, reclaman imperiosamente que cese tan espantosa anarquía, y comprendemos perfectamente que es una empresa que no puede realizarse en un día, pero que se debe acometer con buena fé, con perseverancia; y autoridades celosas por el progreso, que es el alma del siglo diez y nueve, alcanzarían gloria imperecedera, si empleasen su poderosa influencia en esta obra, que es agena al móvil exclusivo de un partido, porque en las cuestiones de Ultramar, sólo atendemos á conciliar los intereses de aquellas posesiones con el interés de España, y corresponde á los esfuerzos de todos como españoles é hijos de la misma patria, el desplegar la actividad que reclaman intereses tan legítimos y deberes tan sagrados.

No terminaremos, en lo que á Filipinas se refiere, sin deplorar que carecen de comunicaciones, y estimularemos sin cesar el celo de los representantes del país, de las autoridades y del Gobierno, para que consagren sus desvelos á tan vital cuestión, que tanto perjudica al comercio, á la industria y á la agricultura. Las vías públicas. Las estaciones telegráficas y todos los medios de locomoción de los pueblos modernos, son indispensables en aquel país, tan digno de ser atendido por los fecundos gérmenes de prosperidad que guarda en su seno, y desarrollados tan valiosos elementos, pueden elevarle al más alto grado de esplendor, y de riqueza.

En un artículo de esta Revista, que se publicó en el número del 13 de Diciembre de 1867, decíamos lo siguiente: «A nadie cedemos en amor á la patria en que hemos nacido, pero abrigamos el sincero deseo de estrechar los vínculos fraternales con las *Repúblicas hispano-americanas*, relajados por errores que anhelamos desvanecer, y por preocupaciones que aspiramos á extirpar de raíz. La raza, el idioma, la historia, la civilización, nos impulsan á obedecer á la voz de nuestra conciencia, y á no cejar en tan noble empresa.»

Esta política que ha seguido LA AMÉRICA desde que apareció en el estadió de la prensa, es la misma que ha de continuar, porque así lo reclama la justicia y lo exige la comunidad de los intereses sociales, que están en armonía con los de su antigua metrópoli.

Desde que nuestro querido hermano fué representante de España en Chile, en el año 1855, y visitó el Perú, Méjico y la mayor parte del país descubierta por Cortés, Pizarro, Almagro, Alvarado, Magallanes, Guerrero, Spira, Ortal, Cedeño, Gimenez de Quesada, Fredeman, Belalcázar, etc., el estudio de las *Repúblicas hispano-americanas*, ha sido objeto de nuestra peculiar predilección, y por la iniciativa del que escribe este artículo se consagró el testimonio público, favorable á las relaciones fraternales de España con América, en un documento solemne, en el Manifiesto que el partido del progreso dirigió en 1865 á la nación.

El eminente orador D. Emilio Castelar, decía á mi inolvidable hermano en una carta, fechada en París el 21 de Octubre de 1874, y que publicó LA AMÉRICA el día 13 de Noviembre de 1874, estas elocuentes frases:

«Hace veinte años que fundabas tu gran Revista, y que yo escribía su primer artículo. En ella no has desmentido jamás este programa de unión estrecha entre el antiguo y el nuevo continente.

Vino la guerra fratricida de los Estados- Unidos; guerra que parecía querer apagar en los cielos de nuestro planeta las estrellas de la libertad, y defendiste la unidad de aquella nación sacrosanta para todos los liberales, y el derecho de los oprimidos á una completa redención. Vino la absurda intervención en Méjico, y demostraste que el cesarismo nacido en las cesáreas intrigas de las Tullerías, ideado por estóldos cortesanos de bajo imperio, moriría en los inmensos espacios de América al soplo de su rica naturaleza y de su invencible libertad. No contribuyó poco este gran trabajo de los liberales y demócratas españoles, en que tanta parte tomó tu periódico, á decidir la opinión de España, y no contribuyó poco la opinión de España á las resoluciones del ilustre general español, que cortó valerosamente el nudo de aquellas intrigas. Y desde entonces, siempre que una dificultad se ha suscitado entre el viejo y el nuevo continente, siempre has querido conservar la alianza estrechísima de España y América, diciendo á los unos que al herir á los americanos herían á sus propios hijos, y diciendo á los otros que al insultar á España insultaban á su propia madre. Al mismo tiempo, como español y como patriota, has defendido con grande empeño, con verdadero entusiasmo, la unidad de nuestro territorio, la integridad del suelo nacional, el inviolable y santo hogar de la patria, lo mismo en este que en el otro continente. Pero á esta religión de la patria has unido la religión de la libertad, reclamando la aplicación de aquellos principios que reclama el

movimiento de los tiempos y el espíritu de este siglo.

«Feliz idea fué el sostener, lo mismo en los tiempos adversos que en los prósperos, lo mismo entre las empresas políticas que entre los trabajos diplomáticos, una publicación, que hoy cuenta veinte años de vida, y que se rejuvenece al contacto de tu experiencia, ya madura, y se mueve al impulso de tu actividad siempre incansable,» etcétera.....

Hemos copiado las magníficas frases del más grandilocuente de nuestros oradores, para demostrar la perseverancia del fundador de LA AMÉRICA en estrechar las relaciones con pueblos esencialmente españoles, y nuestra más firme convicción es la de imitar su glorioso ejemplo, y consagrar nuestro pensamiento á que se fortifique la unidad de nuestra raza y de nuestra historia.

La *Union Ibérica* ha sido también el pensamiento constante de LA AMÉRICA. En los albores de nuestros años juveniles, patrocinamos en *El Peninsular* la federación de España y de Portugal. La raza, la historia y la geografía demuestran que á pesar de añejas preocupaciones, esta idea debe realizarse en tiempo más ó menos lejano, por la convicción íntima de las dos naciones peninsulares. Comunes han sido nuestros infortunios y nuestras glorias; y en los tiempos modernos los dos pueblos sufrieron el rudo despotismo de Don Miguel y de Fernando VII y establecieron el sistema constitucional.

Las cordilleras de nuestras montañas se extienden por el reino lusitano; el Duero y el Tajo, y otros ríos van á morir en el mar, en Oporto y en Lisboa; los dos pueblos no están separados por fronteras naturales, y si sólo por recuerdos de funestas dominaciones; las relaciones comerciales, la unión aduanera, convirtiendo á la majestuosa Lisboa en un puerto de embarque de los productos del Oeste de España, harían desaparecer las hostilidades inconcebibles entre dos pueblos cuya historia literaria se presenta con visible unidad, como uno de nuestros más distinguidos colaboradores, el Sr. D. Luis Vidart, ha patentizado en el bellísimo paralelo que hizo entre Cervantes, Calderón y Camoens, los tres géneos que resumen en sus obras literarias todo el espíritu, el alma entera de la península ibérica. Un eminente estadista, el célebre autor del libro de los oradores, Mr. Cormenin, decía hace muchos años en un libro sobre la *Centralización* éstas, ó parecidas palabras: «Si España y Portugal, que están unidas por los lazos de la naturaleza y de la geografía fortalecieran estos lazos por la unión política, no resonaría un cañonazo en Europa sin su permiso.»

Frases tan profundas merecen bien ser meditados por los verdaderos hombres de Estado de las dos naciones. Nosotros amamos á Portugal, donde el autor de nuestros días, nuestro padre permaneció emigrado durante la horrible época de absolutismo ignominioso de los dos despotas ántes citados, y más tarde peleó valerosamente al lado del emperador Don Pedro de Braganza en el famoso sitio de Oporto contra las huestes enemigas de la libertad, de su hermano Don Miguel.

Además, mi nunca olvidado hermano Eduardo y yo hemos visitado á Portugal, donde conocimos y apreciamos á sus hombres más ilustres y á sus patricios más esclarecidos: algunos han sido también colaboradores de LA AMÉRICA.

África tiene el derecho de excitar el interés y de fijar la atención de los hombres pensadores del mundo civilizado. Las exploraciones científicas han despertado el entusiasmo de los geógrafos, y casi todas las naciones rivalizan en abrir á su comercio vastísimos horizontes. Italia hace grandes esfuerzos para extender su influencia y su grandeza en Marruecos; la Argelia ha costado á Francia inmensos sacrificios, y no cesará en su digno propósito de dominar en aquel territorio, y de ensanchar su esfera de acción en la costa occidental, mientras Inglaterra, poseedora de Sierra Leona, del cabo de Buena Esperanza y del golfo de Guinea, domina en el centro y en el Mediodía de la misma costa, extiende por la parte oriental sus relaciones comerciales, porque ha logrado establecerse á la entrada de los canales y de los golfos, y aspira en su insaciable codicia á subyugar el imperio marroquí, donde ya ejerce preponderancia diplomática y mercantil; fortifica á Tánger, organiza su ejército, y explota en su provecho las vulgares supersticiones de un país atrasado, cuya administración viciosa es un cáncer que corroe las entrañas de aquel cuerpo moribundo, y su desorganización social es profunda. España, situada en el extremo occidental de Europa, separada sólo por un estrecho de las costas africanas, no puede consentir que una potencia ambiciosa impere en un territorio regado con la sangre de sus hijos, campo de batalla de romanos, de árabes, de portugueses y de españoles, teatro grandioso de nuestras antiguas glorias. Esto digimos en un artículo, con el epígrafe, *Nuestros antiguos ideales*, que publicamos hace años en LA AMÉRICA y repetimos hoy. El Mediterráneo, convertido en un lago inglés, arruinaría nuestros intereses comerciales, y Tánger es muy importante, como puerto marítimo y como baluarte militar. Harta afrenta sufre España al ver el peñón de Gibraltar.

La misión civilizadora que España debe ejercer en Africa, está consignada en el testamento de Isabel la Católica y en los planes realizados por

el Cardenal Cisneros y por el emperador Carlos V.

La campaña emprendida por el ilustre general O'Donnell, fué gloriosa para nuestras armas, pero infecunda para nuestra prosperidad, porque Inglaterra interpuso su veto á fin de que nuestro valiente ejército no entrara en Tánger.

La única ventaja positiva alcanzada en aquella campaña, se consignó en el tratado de Vad-Ras, celebrado en 26 de Abril de 1860, por el que S. M. marroquí se obligó á conceder á perpetuidad á S. M. católica, en la costa del Océano, junto á Santa Cruz la Pequeña, el terreno suficiente para la formación de un establecimiento de pesquería, como el que España tuvo allí anticipadamente.

La historia y las vicisitudes de esta cuestión, fué dilucidada por dos de nuestros insignes colaboradores, los señores Fernandez Neda, desde París, y Cañamaque.

Africa brinda vastísimos espacios, ricas producciones y variados climas, y al Gobierno español corresponde consagrar su voluntad preferente y su empeño constante en lo que debe ser el objetivo magnífico de nobles aspiraciones, porque la civilización reclama que cumpla en Marruecos imperiosos deberes, para abrir á la patria horizontes dilatados y destinos inmortales.

América, Portugal y Africa, son las tradiciones gloriosas de nuestro pasado histórico, y los ideales resplandecientes de luz y de libertad de la Iberia del porvenir.

EUSEBIO ASQUERINO.

## MISS CANDA.

### I

Habíamos abandonado los muelles de New-York para dirigirnos á Brookling, en una de esas tardes de otoño en que el aire es templado, y los árboles de la gran ciudad empiezan á desprenderse de sus hojas amarillas.

Mi amigo X y yo habíamos atravesado el *Rio del Este* en un bote de vapor; habíamos tomado un coche en el *South-Ferry*, y después de recorrer una distancia de 2 1/2 millas acabábamos de penetrar en el inmenso cementerio de *Green-Wood* por una ancha avenida orillada de mármoles, como esa vía solitaria de Pompeya que lleva el nombre de «Calle de los Sepulcros.»

El que hubiese intentado seguir nuestro derrotero en ese gigantesco jardín de 330 fanegadas, habría visto como nosotros bellísimas alamedas en el bosque, fuentes que rodaban, lagos que dormían, obeliscos, columnas, y gran número de estatuas, como una población petrificada en las caprichosas ondulaciones de las colinas.

Recorrido todo aquello al paso apresurado de un caballo de coche, empezaba á dominarnos el vértigo de la admiración y sentimos necesidad de tomar algún reposo.

A la sombra de un bello monumento nos detuvimos, al fin, para descansar en la altura dominante, que deja ver un horizonte inmenso, al través de los árboles de ese gran jardín.

Sin poder evitarlo, y sin darme cuenta de ello, me había quedado mudo y pensativo cuando la voz de mi compañero vino á despertarme.

—Te encuentro contemplativo, me dijo, pero no lo extraño. No puede nadie estarse indiferente en presencia de un espectáculo semejante: dos grandes ciudades á la vista, dos grandes ríos cruzados por vapores, puertos, fortalezas, la verdura del campo, las aldeas rojizas y el Océano azul cercando el horizonte con su línea infinita...

—No pensaba en nada de eso, le contesté.

—¿Pues entonces?...

—Pensaba en este monumento de mármol que nos dá sombra, mansion suntuosa, cuya bella portada, que ha traspasado la muerte únicamente, no tiene más que un nombre escrito sobre su cornisa.

—¿Podrías leer ese nombre desde aquí?

—Perfectamente: lo que dice es *Miss Canda*.

—¿Conoces esa historia?

—No, le contesté; pero me inspira simpatía sin conocerla.

Mi amigo estuvo callado algunos instantes como si luchase con una contrariedad interior, y me dijo por último con el aire de una resolución forzada:

Voy á referirtela.

Abrió enseguida el enverjado de hierro que defendía de los transeúntes un jardín admirable.

—Acércate, añadió, y sentémonos en esta gradería de piedra invadida por las enredaderas; es preciso que escuches la historia de esa jóven sobre la misma tumba que guarda su memoria.

La tarde oscurecía. Los árboles distantes se veían casi negros, y las aguas iluminadas por el sol poniente nos arrullaban con sus rumores tristes.

Cuando empezó mi amigo á relatarme la triste historia que voy á transcribir, se vió un ciprés movido por la brisa, que agitaba su follaje de duelo sobre el mausoleo de Miss Canda. Las ramas entretrejidas al rozarse dejaron escapar un eco triste comparable á un gemido que saliera de esa tumba en la quietud silenciosa de aquella soledad.

### II

Situada en la parte más hermosa de la *Calle 10.<sup>a</sup>* y no lejos de la *Quinta Avenida*, habrán podido ver los que visitan á New-York en los veranos, una hermosa vivienda rodeada de árboles corpulentos, cuya elegante construcción pertenece al estilo de los castillos franceses.

Hace algunos años que vivía en esa residencia Mr. Canda, uno de los banqueros más opulentos y más conocidos en *Wall Street*.

Después de haber perdido una esposa que llamaban *modelo* en la mejor parte de la sociedad americana, y después

de haber enviado á la Universidad de *George Town* á sus dos hijos adolescentes, el rico capitalista, que era hombre de corazón, sintió en medio de su hogar el frío inmenso del duelo y el *spleen* intolerable que nace del aislamiento.

Se necesitaba de un sér providencial con poder sobrehumano para esa curación desesperada.

Ese sér existía; pero el mal era grave y debía desaparecer muy lentamente.

Pasaron meses y años. Un día llegó, por último, en que Mr. Canda sintió con extrañeza que el pesar y el hastío se habían borrado de su frente, bajo el hábito puro de un ángel de consuelo.

Luisa Canda, su hija, había sido el médico salvador, el remedio, la ternura filial.

Desde que estuvo bueno Mr. Canda, sintió en su pecho una transformación completa. Se habían cambiado en un solo sentimiento todos sus afectos y todos sus placeres. Ya no había para él más que el amor de su hija; foco de luz que concentraba sobre ella todos los rayos luminosos de la existencia. No era ya solamente la ternura de un padre lo que sentía por Luisa: era algo semejante á un culto; era la adoración.

Luisa cumplía veinte años.

En la mañana de ese natalicio, Mr. Canda había entrado en el gran salón de recibo, donde había poca luz á causa de las colgaduras.

Colocado de pié junto á una ventana que daba sobre el parque, esperaba sin afán á que enganchasen el coche para bajar las escaleras.

Sin reparar en él Luisa entró poco después y se dirigió al retrete inmediato cruzando todo el salón. Los cabellos dorados de esa jóven, la elevada estatura de un bellissimo cuerpo, el óvalo admirable de una cara griega, el paso majestuoso, y los ramos de flores que llevaba sobre la falda recogida de su traje blanco, le daban el aspecto de una pintura clásica de la Primavera, cuando vá á regar sobre la tierra sus dones perfumados. Pero me engaño acaso en la comparación, porque la Primavera se sonríe y ella estaba muy triste.

Luisa se detuvo ante el retrato de su madre. Al pié del lienzo y sobre el mármol de la chimenea fué colocando á la manera de un *ex-voto* esas flores bellísimas que había traído, y que mezclaban en una confusión encantadora todos los tintes y todos los perfumes de sus pétalos.

En seguida acercó á la pared una silla de resortes, dobló sobre ella una rodilla, inclinó la faz hasta tocar la cara del retrato, dió un beso sobre el lienzo y dijo sencillamente:

—Buenos días, madre mía... Hé aquí todas las flores que he recibido en mis cumpleaños. Os las traigo como siempre, para que no olvidéis jamás á vuestra hija.

Era conmovedor ese cuadro de ternura.

Corrió una lágrima por la mejilla del padre que observaba esta escena desde el salón vecino, y al movimiento que hizo para enjuagarla, su mano tropezó con el bronce de una estatua. Un ruido imperceptible hizo volver hácia ese lado la hermosa cabeza rubia que se bajó al instante ruborosa. El ave sorprendida quiso huir, pero dos brazos abiertos la llamaban Luisa no vaciló un momento: voló como una alondra al pecho de su padre para ocultar en ese nido de seguridad la frente sonrosada.

### III

Pocos instantes después la hija descansaba sobre las rodillas del padre. Este separaba carinosamente la sedosa cascada de rizos ondulantes y le decía á Luisa besándola en la frente.

—He admirado las flores que han saludado tu natalicio.

—Tienes razón, porque son admirables.

—¿Y estás contenta, no es verdad?

—Bien sabes que no puedo estarlo, repuso con tristeza; el día de mis cumpleaños es siempre para mí una fecha de desgracia.

—¿Todavía esas preocupaciones?

—No lo son, padre mío, y apelo á tus recuerdos. Yo debía ser feliz con tu ternura que es superior á todo merecimiento; con mis amigas de colegio que me sirven de hermanas; yo debía envanecerme con la brillante sociedad que frecuenta nuestra casa; yo debía estar alegre con los compañeros de mi soledad: mis libros, mis aves y mi mi piano... ¿Por qué soy desgraciada?

Permaneció en silencio Mr. Canda y ella continuó con energía:

—Escúchame. Voy á decirte en qué consiste mi desgracia. Para el vaso de miel que se desea amargar con una gota de acíbar es bastante: para envenenar la copa de dulzura que libo todo el año tengo también por gota de amargura el día siempre funesto de mis natalicios.

—Luisa, hija mía, es preciso desechar esas ideas.

Ella continuó hablando sin notar la interrupción.

—¿No es verdad que jamás se ha terminado el día de mis cumpleaños sin que me haya ocurrido algún suceso desgraciado? ¿Y no es cierto, dime, que el sol de mi natalicio rodando lentamente viene siempre á morir entre una nube de lágrimas?...

—Es una casualidad.

—Es un decreto, padre mío: viene del cielo y me resigno. Yo sé que debo sufrir siempre en ese día memorable que es de felicidad para todas mis compañeras: ellas celebran sus aniversarios; yo los lloro.

Todos los esfuerzos que hizo Mr. Canda para distraer á su hija fueron infructuosos. Cuando creyó que ya empezaba á desprenderse de esos pensamientos sombríos la oyó decir con voz entrecortada:

—Hoy es mi natalicio. No sé qué desgracia va á sucederme, pero siento ya sobre mi sien su soplo frío y los latidos de mi corazón me la anuncian.

—Por piedad, Luisa, ni una palabra más.

—Voy á guardar silencio: perdóname que te haya entristecido; pero vas á prometerme lo que te pida.

—Cuanto quieras.

—Te preparabas á salir, según creo.

—Sí, hija mía; el coche está á la puerta.

—Manda que desenganchen; porque espero que permaneceré todo el día cerca de mí.

—Voy á llamar á Tom para darle la orden.

—Y también le dirás que no estamos visibles para nadie, ¿no es verdad?

—Como gustes.

—Mil gracias, padre mío. Ahora sólo falta que me permitas besar tu mano afectuosa antes de subir á mi habitación.

—¿Qué vas á hacer?

—A llorar.

Cuando se quedó solo Mr. Canda se dejó caer sobre un sillón, apoyó los dos brazos sobre sus rodillas, su frente palpitante se inclinó sobre sus manos, y permaneció así durante largas horas en medio de un abatimiento profundo.

### IV

Ese día, después de haber subido á paso lento la escalera alfombrada, después de haber dado una orden terminante á la camarera de servicio para asegurarse de que se respetaría su aislamiento, Miss Canda penetró con el alma oprimida en el santuario virginal de su habitación privada.

En el mueblaje y en la colgadura elegantísima de esa perfumada vivienda no se encontraban más que dos colores: el azul limpio de los cielos y el blanco inmaculado de la inocencia. Pero en ese momento las persianas caídas dejaban los objetos en una vaga oscuridad, y á causa de ella sin duda, Luisa creyó ver cuando entraba una sombra de luto que se extendía por toda la habitación.

Esa mañana de terribles presentimientos todo era extraño en Miss Canda, según el informe indiscreto de la camarera Jenny que la observaba desde el pasadizo á favor de un espejo y de una puerta entornada.

El piano abierto le ofreció á Luisa al pasar una pieza de Schubert sobre su atril de ébano: ella no le concedió ni una mirada. Pasó junto al armario de su biblioteca sin alargar la mano; desatendió por primera vez el canto de sus canarios, y miró con indiferencia á sus peces dorados que nadaban á flor de agua siempre que veían una cabeza rubia reflejándose en el espejo de sus fanales.

Pero lo que era más extraordinario para la observadora Jenny, era ver que Miss Canda no se había sentado delante de su escritorio como de costumbre, para escribirle á Clara Brown, esa amiga adorada que vivía en otro barrio media legua distante.

Lo que pasó en esa alma atormentada por la espina punzante de una desgracia desconocida, ¿quién podría adivinarlo... Se ha inferido apenas su penosa agonía por la palidez progresiva de su frente, y por la agitación febricitante que dominaba en todos sus movimientos.

No tuvo la pobre Luisa ni aun el consuelo del llanto, porque los dolores indefinidos no tienen lágrimas.

Las horas iban trascurriendo para ella con una lentitud desesperante. Se diría que aguardaban á alguien: tal vez á la desgracia...

Varias veces llamó á Jenny para preguntarle si su padre había recibido alguna visita ó si habían venido para él cartas de luto. Las respuestas negativas no alcanzaban á calmarla.

Se levantaba de su sillón azul á cada paso que resonaba en la escalera. Temblaba como las hojas de sus árboles, y se estremecía con ellas, cuando algún soplo del mar despertaba por casualidad un eco imperceptible en el ramaje inmediato de su jardín.

Así pasó toda la mañana y las primeras horas de la tarde el débil corazón de una niña torturado por un presentimiento incomprensible.

A la caída del sol Miss Canda tuvo un momento de reposo. Se arrojó sobre un reclinatorio y pudo orar. La oración alivia siempre.

Cuando Luisa fué á reclinarse cerca de una ventana que bañaba el sol poniente con su última claridad, sentía el pecho menos oprimido, sus lágrimas corrían libremente y su espíritu se había fortificado.

Pero estando ya sacudidos con rudeza los nervios de esa sensitiva, exhausto ese frágil cuerpo por una lucha superior á sus fuerzas, se fué doblando lentamente en una postración encantadora; sus párpados cayeron, sus pestañas, al cerrarse, enjugaron una lágrima, rodó su cabellera sobre el hombro... y se quedó dormida...

En un cuadro admirable ha representado Thomas Brooks *La visión de una mujer creyente*. Parecía una copia de ese cuadro el blanco sueño de Luisa junto á su Biblia abierta, con su bello semblante inundado de serenidad y con un rayo de sol que, cayendo del cielo, venía á trazar una auréola brillante en torno de su cabeza.

Tal vez en ese sueño de inocencia ella veía también, como en el cuadro, esos ángeles vaporosos que bajaban por un rayo de oro hasta la mujer dormida, y que la llamaban, tendiéndole los brazos cuando se abrian sus alas en la luz para volar hácia el azul del cielo.

### V

Estaba ya la noche muy entrada cuando resonó un campanillazo en la habitación de Miss Canda.

Jenny había acudido al llamamiento sin dilación ninguna y se encontró en la pieza con una oscuridad completa. Pero antes que ella, y llevado en alas de su afecto de padre, había acudido Mr. Canda, quien se ocupaba afanosamente en prender el gas en un mechero de bronce.

Cuando la luz brillante al través de un globo de color esparció por el cuarto una claridad rosada, Luisa apareció inmóvil todavía cerca de la ventana y reclinada con languidez sobre un sofá de terciopelo.

Estaba aún muy pálida, pero una sonrisa imperceptible se asomaba con temor en el coral rosado de sus labios.

—¿Es ya de noche? preguntó con inquietud.

—Sí, hija mía. Bien has visto que acabo de encontrar en plena oscuridad tu cuarto.

—¿Puedes decirme la hora?

M. Canda sacó de su bolsillo un magnífico reloj comprado á Tiffany y le hizo ver á Luisa el disco de porcelana. Eran las ocho aproximadamente y en la estación primaveral en que se hallaban oscurece á las siete.

—Es la primera vez que me sucede, pensó Luisa

—Ya ves que ha pasado sin accidente este día tan temido.

—Tienes razón. Jamás se había tardado hasta la noche la desgracia de mis aniversarios.

—¿Y ahora estás contenta?

—Ahora estoy menos triste.

—Muy bien: empieza á renacer tu alegría; yo la completaré.

—¿Has hallado un medio?

—Infalible. Aquí tienes una carta que han traído para tí de parte de tu amiga más querida.

—¿De Clara Brown? preguntó con viveza.

—Léela.

«Mi adorada Luisa:

»El día funesto ha pasado sin desgracia. Acabo de saberlo, y mi pobre corazón que se hundía con el vuestro, está flotando ahora en un océano de felicidad.

»He bendecido al cielo de rodillas; he besado con el pensamiento vuestra blanca frente; pero siento que falta algo todavía en el fondo oscuro de mi alma; lo que falta es la luz, es vuestra presencia.

»Mamá y yo hemos resuelto reunir á vuestros amigos en una tertulia improvisada para celebrar esta noche misma la primera felicidad de vuestros cumpleaños. Venid. Seréis la reina. Vuestro padre os acompañará.»

El nombre que se veía al pie de esta carta, y sobre el cual posó Luisa ligeramente los labios, era el mismo que había adivinado su cariño.

—Buena y querida Clara, murmuró, siempre la misma!

—¿Y qué piensas hacer? le preguntó su padre

—Vestirme á toda prisa mientras enganchan el carruaje.

Mr. Canda no pudo reprimir un movimiento de extrañeza.

—No comprendo tu admiración, añadió Luisa con una sonrisa franca que dejó ver por primera vez dos hileras de perlas admirables, yo había creído que hablabas hace poco de no sé qué alegría que íbas á completar.

—Siempre salgo vencido, le contestó su padre, y sonriéndose á su vez, se dirigió á su cuarto.

En seguida dió el orden de enganchar sin aventurar otra palabra de objeción. Temía ver evaporada esa tranquilidad naciente, y que se formase de nuevo la negra nube de lágrimas, que ántes amenazaba y ahora se perdía como una tempestad desvanecida.

Un instante después un carruaje luciente y una hermosa pareja de alazanes, parecidos como dos gotas de agua, estaban esperando al pie de una escalera de granito.

El padre y la hija ocuparon los asientos de atrás, Richard el cochero pidió la dirección, y el magnífico coche, después de haber trazado una curva elegante entre los árboles del jardín, empezó á rodar calladamente sobre el ancho enlosado de la Quinta-Avenida.

## VI

La hermosa calle de Broadway impresiona siempre de un modo particular á las personas que la ven por la primera vez, ó á las que desembocan de repente en ese vasto hervidero de la civilización americana. Cuando se ve de día se siente sólo el vértigo del movimiento; viéndola por la noche, el vértigo de la luz.

Pocos pueden resistir, sin aturdirse, la vista de ese enorme cordón de coches que se cruzan, la de esa luz inmensa que brilla en los almacenes abiertos ó en una doble hilera de mecheros de gas que se extiende indefinidamente á lo largo de las aceras; pocos ven sin admiración las fachadas de esos palacios de mármol que se llaman *hoteles*, y muy pocos, ó más bien ninguno de los que circulan entre esa corriente humana, puede hablar sin gritar al oído del compañero para poder ser escuchado. El estruendo de esa gran avalancha es comparable apenas al aspecto vertiginoso de esa vasta circulación.

El coche de Mr. Canda iba á entrar ya en el movimiento de aquella inmensa calle, cuando una de las personas que iba dentro, exclamó al estrechar la mano de la otra:

—Has olvidado tus guantes, padre mío.

—Es verdad, Luisa: no había caído en la cuenta.

—Hay que volver por ellos, añadió ésta, y dirigiéndose al cochero, le dijo que parara.

—Es inútil la vuelta, repuso Mr. Canda. Richard: os detendréis un momento para comprar un par de guantes en un almacén cualquiera de Broadway.

Esta detención sólo duró un instante; pero fué suficiente para persuadir al cochero de que la briosa pareja de alazanes no quería detenerse y que era más prudente no pararla en el tránsito. El se detuvo, sin embargo, á la puerta del primer almacén que encontró pocos momentos después de haber doblado la calle 10.<sup>a</sup> hácia la derecha. No se sabe si para obrar así había sido movido por el hábito de obediencia, ó por una imprudente confianza en la fuerza de su mano.

Mr. Canda saltó ligeramente del coche y entró en el almacén. Luisa permaneció en su asiento. La pareja de tiro estaba muy inquieta.

Pasaron algunos instantes.

Richard en el pescante había logrado ya una vez dominar la fogsidad asustadiza de los caballos, pero trascurrido un momento se asustaron de nuevo, chasquearon los frenos impacientes por partir y el cochero alarmado tuvo que hacer los mayores esfuerzos para contenerlos. El miraba hácia la puerta del almacén esperando que el amo regresara para aflojar las riendas, pero el amo no volvía, porque la abundancia de compradores lo obligaba á demorarse más de lo regular.

Se escuchó en esto un ruido extraordinario que venía de la parte baja: era una máquina de apagar incendios arrastrada á toda prisa por una compañía de bomberos.

La ruidosa máquina vino á encontrar de frente aquellos dos caballos asustados que resoplaban temblorosos, y pasó tan cerca de ellos que los hizo encabritar... Ese ruido inusitado y ese movimiento acabaron de espantarlos... Fué ya impotente la mano vigorosa de Richard, se vieron chispas brotando de las piedras, resonaron con estrépito las herraduras y los caballos partieron desbocados...

El desgraciado padre asomó en aquel instante. Comprendió lo que pasaba desde el umbral de la puerta, adivinó el peligro, lanzó un grito desgarrador, y quiso correr como un desesperado tras aquellos caballos que volaban á la muerte arrastrando con un furor salvaje su vida y su esperanza. Quiso correr, repito, pero se paralizó su corazón, sus piernas vacilaron, y á pocos pasos cayó sin movimiento, como herido por la electricidad, sobre el ancho enlosado de la calle.

## VII

Algunos transeúntes condujeron en brazos á Mr. Canda hasta la botica más próxima para prestarle los primeros auxilios.

Mientras esto sucedía en las inmediaciones de la calle 10.<sup>a</sup> dos caballos sin rienda corrían como dos furias por el espacio que acababa de despejarse ante el tren precipitado de los bomberos.

Cuántas veces se ha visto, se ha leído ó se ha soñado una de esas carreras desenfundadas, el espíritu se estremece porque el caballo no representa ya el bruto dócil á la mano del hombre, sino la fiera escapada, el animal salvaje que quiere destruirlo.

La carrera que presenciaba la gran ciudad del Norte en esa noche terrible era más espantosa que la que ha descrito Zorrilla en armoniosos versos, porque allá tenía el potro berberiseo un ancho campo en la región de las nieves hasta que sus fuerzas se agotasen sin ageno peligro; era algo peor que la del noble potro de Gonzalo de Oyon, porque allá no aparecía más que un hombre en peligro al borde del precipicio; era más temible todavía que la del caballo salvaje que llevaba á Mazeppa atado fuertemente sobre su lomo desnudo, porque la inmovilidad forzada del ginete le libraba, al menos, de caer hecho pedazos en los sombríos desfiladeros de la Tartaria. Era peor; era más espantoso que todo aquello, porque aquí había dos fieras en vez de una, y en lugar de correr libres arrastraban encadenadas un coche hecho pedazos, cuyas ruedas chispeaban y cuyo estruendo infernal, aumentando el espanto de las bestias, le daba mayor fuerza á ese impulso de muerte invencible como la fatalidad.

Con narices inflamadas, ojos de fuego y bocas espumosas, con los pretales rotos, las correas enredadas y las riendas tirantes, aquellos dos caballos arrastrando una jóven inocente pasaban y desaparecían como una exhalación.

Ningun obstáculo detenía su carrera, porque al estrépito lejano los cocheros desviaban previendo un peligro desconocido, y la multitud abría campo por instinto. Nadie los atacaba: no se intenta atajar una locomotora á escape; no se detiene nunca al huracán que pasa...

Un hombre, sin embargo, trataba todavía de luchar valerosamente contra lo imposible: era el cochero Richard que reuniendo sus esfuerzos en una tentativa suprema sintió que brotaba sangre de su mano y que las riendas se rompían... Perdió entonces la última esperanza, se olvidó de sí mismo, pensó en esa jóven desgraciada que iba á morir acaso por haberse confiado á su cuidado vigilante, en esa alma angelical que se había hecho adorar de todos los que la servían... Y confuso, aterrado, sin darse cuenta de la imprudencia de sus palabras gritó con desesperación.

—¡Soceorrol... ¡Soceorrol!

Con un valor heroico Miss Canda había permanecido hasta entonces en el fondo de su asiento inmóvil y muda en su terror como un sér petrificado. Pero cuando esas palabras llegaron á sus oídos, se irguió sobre los cojines y apareció apoyada en la portezuela rota, pálida, de pie, mirando al cielo y al ademán de una íntima plegaria.

Corrían entonces los caballos con más furia que nunca y la multitud los miraba temblando: se diría que iba á presenciarse uno de esos suplicios bárbaros de los tiempos antiguos...

Algunas personas comprendieron en la actitud de Luisa la atención de lanzarse del carruaje y le gritaron angustiadas:

—¡Detenéos; sois perdida!...

Pero esas voces se apagaron entre los clamores de la gente y ese consejo caritativo no pudo alcanzar hasta el oído de la víctima...

Le gritaron con más fuerza... Ya era tarde... La blancura de un ropaje apareció un instante fuera del vehículo como si un ángel hubiese alzado el velo... y después...

Un grito inmenso y profundo repetido por mil ecos resonó en toda la calle...

El cadáver de Miss Canda todavía palpitante apareció sobre un lecho de piedras, sirviéndole de almohada su cabellera rubia. Se habían cruzado sobre el pecho sus manos de mármol, y el vestido de baile la envolvía castamente entre sus pliegues como el blanco sudario de las vírgenes...

## VIII

Al contarme este episodio doloroso el amigo que me lo refería se había conmovido gradualmente. En sus últimas palabras se notaba la voz breve y entrecortada de una emoción profunda que había sabido transmitirme.

Tan absortos nos encontrábamos en esta relación, que la sombra nos había invadido poco á poco.

La noche había llegado sin notarlo nosotros y sin que hubiésemos pensado en retirarnos...

Pensativos y en silencio permanecimos mucho tiempo. Después de largo rato me animé, por último, á dirigirme á mi amigo para hacerle una pregunta...

—¿Y Mr. Canda? le dije.

—¡Ah! es verdad. El pobre anciano pasó cuarenta días con una fiebre cerebral, que lo arrastraba rápidamente hácia su hija; pero la ciencia médica, cumpliendo con un deber sagrado, tuvo la cruel satisfacción de retirarlo del sepulcro.

Más bien que un convaleciente que dejaba su lecho, parecía un cadáver saliendo de una tumba. Aunque envejecido veinte años, su cuerpo volvió al fin, á la vida; pero su alma se había quedado aquí, en el cementerio de Green-Wood.

Al principio tuvo valor para interrogar á Jeny sobre los menores incidentes que había podido presenciar en las últimas horas de esa pobre alma querida, cuando la desgarraban los presentimientos que iban á realizarse. Tuvo también fortaleza sobrehumana para interrogar á una persona sobre el trágico accidente del coche. Esa persona interrogada fué

el mismo Richard. Ese infeliz criado condenado á sobrevivir á su ama, se salvó milagrosamente, porque se reventaron las correas de tiro y el coche quedó libre.

Pero antes he dicho que ese valor aparente fué al principio. Pocos días después una postración invencible vino á apoderarse de aquél hombre infortunado. Sus salones se cerraron, sus amigos lo perdieron de vista, y cuando se preguntaban qué había sido del opulento banquero, nadie daba razón; ninguno podía darla.

Acaso he dicho mal porque el guardian de Green-Wood sí podía dar noticias muy frecuentes acerca de esa vida vacilante. El veía todas las tardes un anciano encorvado por un dolor latente, un hombre de barba blanca y vestido de luto, que subía penosamente apoyándose en un bastón, hasta lo alto de esta colina.

Aquí pasaba, y pasa aún largas horas llorando. La tumba que lo atrae no tiene como has visto, más que un nombre escrito sobre una losa blanca, pero ese nombre es el mismo y es el único que está escrito indeleblemente sobre su corazón.

—¿Y todo este monumento? pregunté.

—Todo se ha levantado régicamente bajo sus órdenes inflexibles. Pero aún no era bastante, y en la funesta fecha del aniversario le agrega año por año, mármoles, esculturas ó relieves. Eso es, según se dice, el regalo acostumbrado de los natalicios; yo veo en ello más bien un testimonio eterno revelando que en medio de la inconstancia humana hay un solo dolor que no se borra nunca: el de un padre afectuoso sobre la tumba de su hija.

La oscuridad creciente no me había permitido reparar parte por parte ese noble testimonio... pero la luna iba á salir bien pronto, y entonces sería fácil. Aguardamos.

Algunos minutos más tarde pudimos admirarlo, porque ese palacio blanco con calados de mármol se alzaba de la sombra suavemente bañado en la luz azulada de la luna creciente.

Y lucían del mismo modo en una calle prolongada otros mil monumentos semejantes...

Y blanqueaban las losas debajo de los sauces, como innumerables sudarios de una generación dormida...

Y los árboles temblaban al impulso constante de las brisas marinas...

Y en las aguas de la bahía oscilaba el reflejo de los astros...

Y allá, en la sombra vasta, la ciudad opulenta que nos ha recordado, con una de sus viviendas, la primera parte de este triste episodio...

Y acá, en la luz dormida, el cementerio inmenso que nos ha recordado con una de sus tumbas la segunda parte de esta historia... y de todas...

Decid si en todo aquello no había lo suficiente para dejar en la memoria impresiones tan imborrables como las del viajero que ha visto alguna vez alumbradas por la luna las ruinas majestuosas del Coliseo romano.

Tal vez debilitadas, acaso confundidas, pero siempre indelebles las impresiones mías se han despertado al encontrar entre las páginas de un libro el ramillete de violetas que cogí aquella noche sobre la tumba de Miss Canda.

Y esas impresiones una vez despertadas volvieron á vivir como esos seres misteriosos de las leyendas alemanas, bajo el poder vital del rayo de la luna.

Si extrañásteis su palidez esto la explica. Si extrañáis su tristeza escuchad una palabra más:

Esas noches de luna que cantan los poetas; esas noches azules que reviven impresiones, no pueden ser nunca las inspiradoras de la alegría. Ellas llevan entre sus brisas recuerdos y pesares para saturar los corazones que sienten; porque esos corazones prefieren el dolor á la indiferencia, y aceptan la tristeza á falta de felicidad.

EDUARDO VILLA;

Medellin (Nueva Granada.)

## BUENOS-AIRES.

Hace un mes que este nombre se halla en las columnas de los principales diarios de España, lo mismo en los de la capital, que en aquellos de las más lejanas ciudades de provincia.

¿Por qué?

Todos ellos lo dicen: porque en esa ciudad debe abrirse una gran Exposición Internacional, en Febrero del año entrante, llamando, por tanto, la atención de los expositores españoles sobre aquel gran torneo de la industria, del trabajo, de la inteligencia, y de esas grandes aspiraciones que en las horas de esperanza agitan el espíritu del hombre, haciéndole presentar en los albores del progreso los hermosos trofeos de su constancia y de su génio.

Una Exposición en Europa, ya no es una novedad.

Datan de algún tiempo; pero desde la famosa del *Palacio de Cristal*, todas vienen teniendo una importancia que crece y aumenta, á medida que la industria se desarrolla, y los inventos se multiplican en esta especie de vértigo que se ha apoderado de la humanidad, desde que camina al vapor y habla por el telégrafo.

Pero una Exposición Internacional en una ciudad americana del Sur, es un hecho, que á la par que presentarse como una *novedad*, se presta á comentarios y consideraciones que no deben escapar á la penetración y al estudio de los hombres llamados á influir en la marcha de las naciones en esta parte del mundo.

Para celebrar uno de estos grandes certámenes, el país en que la idea se inicia y el hecho se produce, no debe contar con el concurso de los extraños únicamente, con los expositores que de afuera puedan llevar los productos.

Es indispensable, además, que ese país tenga elementos propios, industria y progresos suyos, si no en el grado de perfección y desenvolvimiento que son atributos de naciones envejecidas ya en el taller y la producción, al menos, en una forma que revelen su bienestar, su paz, su quietud, su amor al trabajo, los frutos de su empeño por prosperar en esa ruta, siempre gloriosa, de la civilización.

¿Está en este caso la ciudad de Buenos-Aires?

¡Sí! Para gloria de la América entera, de la República Argentina y de los ciudadanos de los cuatro vientos que la habitan, felices a la sombra del glorioso estandarte de la fraternidad.

La marcha que viene siguiendo este país hace algunos años, bajo las administraciones de los señores Mitre, Sarmiento y Avellaneda, la conocen en España por las publicaciones constantes que órganos de los más caracterizados de esta ilustrada prensa, y yo mismo en artículos y folletos, venimos haciendo de un año a esta parte.

En ellas se han presentado datos estadísticos, cifras que, según Pitágoras, *son las que gobiernan el mundo*; cuya elocuencia ponen de manifiesto los asombrosos progresos hechos en veinte años por la República Argentina, creándose en ellos los hábitos de trabajo que le permitirían, en día no lejano, hacer lo que dije antes: presentarse con una industria y productos propios a la Exposición que en Buenos Aires se prepara.

Sin embargo, las tres administraciones que acabo de citar, no fueron propiamente de trabajo: antes bien adolecieron de un carácter político muy pronunciado, esterilizando, en parte, muchos elementos de vida material y progreso, cuya acción no se manifestaba, recelosa de que el orden y la paz no se hallasen perfectamente consolidados.

Alimentaban este temor, tres cuestiones que aquellas administraciones habían dejado pendientes, y sin cuya solución—aunque todas diversas entre sí—no habría sido lícito contar con una estabilidad permanente en la República.

Eran estas:

La cuestión de límites, largo tiempo debatida con Chile.

La cuestión de la seguridad de las fronteras, de continuo amenazadas por los bárbaros de la Pampa.

La cuestión de capital definitiva de la República.

Para afrontarlas con la serena energía que entraña una voluntad decidida, el pueblo argentino comprendió que necesitaba llevar al Gobierno un hombre joven, ajeno a las pasiones de los últimos treinta años, que sin otros compromisos que los contraídos por la conciencia del patriota ante la grandeza de los solemnes intereses de la patria, pudiese volver la espalda a la política, haciendo un Gobierno de *trabajo y de administración*, que le permitiese traer a frío debate aquellos tres problemas, resolviéndolos franca y vehementemente como corresponde a los poderes que se inspiran en algo que está más arriba que las pequeñas rencillas de los *políticos*:—la dignidad nacional.

Con estas ideas, eligió por candidato al general Roca.

Estaba en las condiciones indicadas.

Era un hombre joven.

No tenía odios ni pasiones.

Traía en la frente el fuego que enardece el espíritu de la generación nueva, de esta noble falange de obreros y propagandistas, que rinden culto a la libertad, se templan al calor de la democracia, tienen por religión la justicia, y, por principio regulador de sus acciones, el hermoso sentimiento de la igualdad humana.

Era un hombre de progreso, inteligente y estudioso.

Es proclamado y elegido Presidente de la República.

Pero para dar solución a dos de aquellas tres cuestiones pendientes; para operar la grande y saludable revolución pacífica, que debía afianzar sólidamente la paz y las instituciones en la tierra argentina, era preciso algo más:—elegir como gobernador de la provincia de Buenos-Aires un hombre que, a más de sus altas cualidades para tan importante puesto, pudiera marchar de perfecto y absoluto acuerdo con el Presidente encargado de la autoridad nacional.

Y ese hombre pudo encontrarse.

Fué proclamado candidato y nombrado gobernador en el último Mayo.

Es el doctor D. Dardo Rocha, de quien—como del general Roca—este periódico ha publicado su biografía.

Seis meses hace apenas que el primero gobierna, y un año que el segundo se halla al frente de los destinos nacionales, y ya están definitivamente resueltas las tres famosas cuestiones!!

Las fronteras se hallan aseguradas, habiéndose arrancado al dominio de los indios veinte mil leguas de tierra, entregadas hoy a las labores fecundas del trabajo.

La cuestión capital resuelta definitivamente, habiéndose declarado a la ciudad de Buenos Aires, capital de la República, y en cuanto a la otra cuestión—grave y amenazadora por cierto, la de límites con Chile,—en los momentos que escribo llega a Europa la grata nueva de que los tratados celebrados entre los dos países, *acaban de ser ratificados por los respectivos Congresos!*

Bajo tales auspicios de confianza, de alegría, de paz y concordia, se anuncia la próxima apertu-

ra de la Exposición Internacional, en la ciudad de Buenos Aires.

Así como en Europa,—exceptuando las personas que allí han estado, ó las que cultivan relaciones comerciales con ella,—no tienen la menor idea de los progresos y adelantos de todo género, alcanzados en la República Argentina, así tampoco tienen, ni remota idea, *de lo que es la ciudad de Buenos Aires*, con sus trescientos mil habitantes, y una vida, y movimiento, y agitación mayores aún que las de Madrid, como no la tiene ninguna ciudad italiana,—exceptuando Nápoles,—como no se conoce en Portugal, y superiores a la de Bruselas.

Ciudad americana, es, sin embargo, una ciudad eminentemente *européa* por sus hábitos y costumbres, por sus gustos é inclinaciones, por sus paseos y diversiones, y por formar parte de la alegre población más de cien mil extranjeros, y entre ellos no menos de veinte mil españoles.

De aquí el tipo verdaderamente cosmopolita de Buenos Aires, y esa fisonomía *européa* que tanto la distingue de todas las demás capitales americanas.

Cada una de las nacionalidades que allí ha establecido colonia, tiene sus templos, sus *clubs*, sus hospitales, sus escuelas, sus asociaciones de toda especie, sus órganos en la prensa, todos de mayor forma que el más grande de los diarios de Madrid, manteniendo así vivo el sentimiento de sus nacionalidades respectivas, lo que no impide que se hallen perfectamente asimilados a los naturales del país, que con ellos viven en la más dulce y estrecha cordialidad, formando todos una sola y grande familia, cuya morada es la hermosa ciudad, digna ya «por su importancia,—según la frase del vizconde de San Juanuario,—de ser la metrópoli de una gran nación.»

Sus grandes y suntuosos edificios, como los Bancos, palacio de Correos, hoteles, casas de huéspedes, las torres de los templos, sus playas y paseos, sus hermosos teatros, dos de ellos tan espaciosos como el *Real*, dan a la ciudad un aspecto majestuoso, y los millares de carruajes, coches de los *trams*, *ómnibus*, carros de tráfico y ginetes que constantemente cruzan las calles en febril movimiento, le dan un aspecto tan animado como el que presenta la *Puerta del Sol* uno de los días en que éste la baña con sus brillantes resplandores.

Acabo de citar ya la opinión del ex-ministro de la Marina portuguesa—que la visitó hace tres años—sobre esta ciudad.

Hablando de ella, dice el Sr. Napp, escritor alemán, en su obra titulada, *la República Argentina*: «El incremento de esta capital, la ciudad comercial más importante de la América del Sur, es poderoso, pues cuenta actualmente con una población de 300.000 almas, poco más ó menos.» El ilustrado escritor decía esto en 1876.

Desde entonces esa población, como la de todas las ciudades argentinas,—y la de esta en mucho mayores proporciones,—ha ido en aumento, de manera que basta este simple hecho, el de la población que hospeda Buenos-Aires, para que en España se tenga una idea de la importancia que tendrá la Exposición que allí se celebrará el próximo Febrero.

Entregada la República entera al trabajo, al fomento de su industria y cultivo de sus productos naturales, esa Exposición tendrá, pues, una base propia, ampliando en este torneo los objetos y productos que ya presentó en la *Exposición de Córdoba*, en la *de Filadelfia*, en la *de París*, y últimamente en la *Exposición Italiana*, celebrada también en la misma ciudad de Buenos-Aires.

¿Qué más datos pueden desear los industriales, fabricantes y productores españoles para concurrir ellos también, a la par de los de otras naciones europeas, al hermoso torneo que mi patria ofrece a todos los pueblos de la tierra?

Sí: me falta decir, que Buenos-Aires les ofrecerá algo más que todas esas ventajas materiales: hospitalidad franca y cordial, y esa dulce benevolencia que en el corazón del hombre despierta siempre hacia sus semejantes el hermoso sentimiento de la fraternidad humana.

HECTOR F. VARELA.

## ORTEGO.

Entre los hombres inspirados de la generación artística española contemporánea, *Francisco Ortego* figurará sin duda en primera línea. Acaba de morir pobre, pero no olvidado, lejos de su patria, y hoy, como sucede comúnmente con las obras de los hombres de valer, hoy, por desgracia, empiezan a recogerse y a guardarse con especial empeño los productos de su soberbio é incomparable lápiz satírico, incansable y temido buril, que puso en caricatura a la España de estos últimos treinta años, sin que tuviera rival en tan difícil como original tarea.

Después del celebrado y gracioso Alenza, tan modesto como concienzudo artista, digno heredero de la chispa de Goya; después del autor de las *Majas al balcón*, que supo deleitar con sus *caprichos* artísticos al público ilustrado, durante el período del primer renacimiento de la literatura moderna, desde 1836 á 1845, no ha tenido el arte satírico otro representante más popular que el malogrado Ortego, en todos los ámbitos de la patria

conocido. Muchos ha dejado que le imiten, pero ninguno que le iguale aún.

El género que con tanta maestría cultivó Ortego, es, en las especialidades del arte del dibujo, el más difícil tal vez. El caricaturista no se educa, nace como el verdadero genio, resume en su tendencia natural todas las otras aficiones del arte; no puede practicar exclusivamente el estudio serio; se desespera ante el colorido y sabe sólo grabar el pensamiento que salta en su mente con breves y características líneas y rápidas manchas. Como el epigrama es conciso, ligero, clásico y punzante; como la sátira es desnuda, breve, acerada, irreprochable en la forma y sangrienta en la intención, así la caricatura es obra de limpio perfil, de correcto trazado, aún bajo el disfraz de la enormidad que exagera el vicio que ataca, de no estudiado, pero preciso juego del claro oscuro en sus emborronadas sombras y de tan alto vuelo en su aspiración moral, como de penetrante fuerza en el castigo que pretende imponer.

El caricaturista ha de ser magistral dibujante, educado en la correcta práctica de la naturaleza, y ha de tener el mérito, además, de prescindir de la perfección del modelo para irregularizarlo, para afearlo con gracia, sin dejar de trazarlo parecido é irreprochable como correcto, aún dentro de su misma deformidad. Este difícil contraste es absolutamente imposible para el que no sabe dibujar bien y para el que no tiene verdadera inventiva. También es dificultad insuperable para el que, siendo perfecto dibujante, no se siente con ánimos para abultar ó reducir las proporciones de los rasgos característicos y de los detalles más ínfimos de éstos, y las aptitudes, los gestos, los trajes y los objetos todos que entran en la composición.

Los personajes satíricos han de tener tal verdad y movilidad en su expresión, que no solamente sean excelentes retratos de su parte física, sino retratos acabados de su carácter, de sus instintos predominantes, de su entidad moral. Este mérito no se lo dá al artista la enseñanza, brota de su inspiración, de su propio y genuino valer, y es perder el tiempo el querer adquirirlo. La pulcritud y el esmero en la ejecución, están reñidas con el arte satírico; en el genio epigramático hay mucho de espontáneo, y por consiguiente, de sencillo; mucho de descarado, y, por lo tanto, de fuerte y rudo en las formas.

Como brillan pocos, muy pocos escritores y poetas satíricos de primer orden, se distinguen también muy pocos caricaturistas de mérito. En el arte de nuestro siglo tenemos á Goya, á Alenza y á Ortego. Los franceses cuentan á Daufmier, Gavarni y Cham; los ingleses á Cruikshank, y en Alemania, el primer periódico satírico, *Kladderatsch*, del famoso doctor teólogo Dolan, apenas ha podido llegar á dar reputación á los muchos que han reproducido los eternos y consabidos tipos del Strubelwibz (oficial de la Guardia real) y del Prudelwitz (palurdo de la Pomerania).

Pellicer, Perea, Llovera y Luque son entre nosotros excelentes dibujantes, pero no son caricaturistas; sus tipos, aunque aparecen deformados, tienden mucho á la regularidad, á la corrección acabada, y rara vez aparecen en ellos la sátira en el rostro, la burla en la actitud, la espontánea exageración y la chispa no estudiada en la composición. Padró, el malogrado Padró, con su fecundidad y sus grandes dotes de dibujante, adolecía del mismo defecto.

Grevin en Francia, con su esquisito *sprit* y finura, con su aristocrático estilo y sus pingües ganancias como dibujante humorista, no ha llegado á hacer la caricatura; sus producciones enamoran, sorprenden por la difícil facilidad con que están acabadas con cuatro rasgos, por la maestría del trazo y la verdad de los caracteres, pero no excitan la risa, no llevan al ánimo aquella espontánea alegría que causaban los chispeantes héroes populares de Cham ó los cénicos y abigarrados modelos de Gavarni, con tan genial y perfecta desenvoltura concebidos y ejecutados. Randon en su galería militar bromística dibuja bien, pero es muy amanerado y de poco genio; Stop es fecundo y notabilísimo dibujante, pero sin gracia en este género; Bertall, ya veterano, no ha cultivado nunca con éxito la caricatura, á pesar de su facilidad sorprendente en la concepción y en el manejo del lápiz; Baric no consigue elevarse de sus tendencias rústicas; Draner trata en vano de seguir las huellas de Cham, como Huart las de Grevin; Róhida es incorrecto; Bach, Loys y Morland lo son mucho más aún; Leonec es el Randon de los marinos, pero muy inferior en mérito, y Petit el caricaturista *campagnard*, por más que es inimitable en sus perfiles rústicos, llenos de gracia, como lo era Krafti, su predecesor, no pertenece á la escuela de los humoristas de pretensiones, porque sus dibujos son para vistos de tarde en tarde y bajo determinado criterio, que no les niega su mérito ni mucho menos.

Dentro, pues, del verdadero gusto de la caricatura, muertos Cham y Ortego, es preciso confesar que ni en España, ni en Francia, hay, al presente, quien pueda recoger y ostentar su lápiz y su genio con legítimo derecho. Por eso son tanto más de sentir la ausencia que nuestro caricaturista se impuso, en busca, tal vez, de más pródigos beneficios, y el prematuro fin de su existencia, que sin permitirle gustar de una comodidad cien veces justamente soñada, nos ha privado para siempre de sus trabajos.

Francisco Ortego reunía, como artista, cuantas

condiciones hemos dicho que exige el género especial á que le arrastró su decidida vocación. Dibujaba en serio con una corrección por todos envidiada, y antes y después de cursar en la Academia, concebía y trazaba sus tipos alegres, en todas partes, como movido por irresistible manía. Sus discípulos recuerdan siempre sus prodigiosos adelantos en las clases de dibujo, su relevante aptitud para el diseño rápido é intachable, para el sombreado, claro-oscuro hábil, ajustado y limpio y para la composición espontánea y complicada. En el colorido hizo pocos progresos; ante la magia y maestría de su lápiz, quedaron los pinceles casi olvidados. Pintó con la facilidad y frescura con que dibujaba, pero el color, cuando no está en manos del genio, es ingrato, inarmónico, imposible, «no resulta.» como suele decirse, y nuestro artista, que tenía toda su inspiración, todo su espíritu, concentrados en la punta de aquel lápiz prodigioso, que traducía casi eléctricamente en el papel, en rasgos felices y en rápidos manchones, la ocurrencia chispeante y el pensamiento alegre, cáustico ó inocente que bullían en su cerebro, no pudo sujetarse á la calma estudiada y á la rebuscada y difícil armonía estética que el colorido exige cuando la obra ha de ser buena de veras.

Dibujó muy bien en serio, en las ilustraciones históricas, y, sobre todo, en los asuntos de costumbres, campo en el cual con tanto mérito saben trabajar los Perras, los Méldas, Pellicer, Mestres y los Urrabieta *Viérges*, como antes se distinguieron, para honra del arte español, Múgica, Pizarro, Urrabieta, Villaplana, Gimenez, Zarza, Miranda, el insigne Becquer y otros. Las numerosas obras literarias ilustradas por Ortego, son verdaderos álbums artísticos, muchos de cuyos dibujos se considerarían siempre como modelos de ejecución y de fantasía.

Entre otras ilustraciones que honrarán su memoria está la de la deliciosa obra del inspirado don Pedro Antonio de Alarcon titulada: *Diario de un testigo de la guerra de Africa*. La firma de Ortego aparece en ese patriótico álbum en casi todas las láminas, al lado de las de los eminentes grabadores Capuz y Rico y de las de Villaplana, Alba, Severini y Noguera. Aquellos inolvidables soldados de los Castillejos, del Serrallo y de Vad-Ras, los de los roses inmensos, los de los pardos y raídos ponchos y cortas polainas, están en la obra dibujados con una vida y un carácter que nadie ha sabido igualar; y lo mismo Prim, que O'Donnell, que Ros de Olano, que Rios, que Muley-Abbas, que Ben-Abu, que Ahmet-el-Batin, que el intérprete Rynaldi, que el poeta Chorbi; lo mismo los esclavos negros, que los espías, que las cantineras, que los bagajeros, que los moros, que los judíos, allí están trazados con la inapreciable verdad del *testigo* artístico, cuyos apuntes gráficos, cuyas reproducciones del teatro de la guerra merecieron la sanción unánime de un pueblo entero, tan entusiasmado entonces al recibir las entregas de este libro, como celoso hoy en conservarlo y enaltecerlo. Hay en el *Diario* preciosas viñetas, llenas de sencillez y de vis, compuestas á la lijera por el genio de Ortego, que se miran siempre con cariño por lo elocuente de sus detalles. Entre otras merecen citarse: *Una cantina en Cabo-Negro*, *La fonda de campaña*, *La primera cura*, *Tienda de un judío*, *Interior de una tienda de oficiales* y *El alcalde de Tetuan y su hijo*. Dignos compañeros de su escogido lápiz fueron, en la ilustración de la obra, los de los magistrales paisajistas Ruiz y Rico.

Pero más que estos trabajos en serio, harán celebrísimo el nombre de Ortego sus verdaderas creaciones: las caricaturas. No copiando los rasgos naturales de la cabeza de un personaje y añadiéndoles un cuerpo reducido sin expresión ni gracia, como lo hacen muchos que pretenden pasar por dibujantes humorísticos, sino satirizando, moviendo á un tiempo la figura entera en todos sus detalles, dando sarcástica expresión al gesto, abultando los defectos ó los caracteres salientes, ridiculizando el traje, las actitudes, los atributos, y poniendo, en fin, de relieve el *sic* físico y hasta espiritual de los tipos escogidos para la caricatura, supo el malogrado y envidiado artista crear y resucitar un género, que tiene, por su influencia inmediata en el ánimo de las gentes, más poder y más trascendencia que la mayor parte de las sátiras literarias. Ortego, al hacer la caricatura diaria, múltiple, lijera y sin pretensiones; al poner el ridículo sobre la historia contemporánea de los enemigos de las ideas nuevas, conservó la corrección de la Academia y exajeró el trazado; difícilísima tarea, solo dable á quien, como él, era caricaturista por instinto, por vocación, por irresistible tendencia.

Sus personajes han pasado á ser típicos, y, sin querer, se reproducen por los dibujantes que le han sucedido; sus retratos humorísticos son más fácilmente conocidos que las fotografías verdaderas de los políticos: la idea que gran parte de nuestro pueblo tiene de muchos de los hombres modernos, grandes y pequeños, está calcada en aquellas famosas semblanzas que él trazara, con cuatro líneas de su picante lápiz; y en cuanto á los tipos populares nada hay más gráfico, ni más verdadero, ni más risueño, que la colección que él nos ha legado.

En plena juventud y en plena fuerza de su vis cómica, al rededor de los inolvidables tiempos del bienio, cuando Ortego tenía de veintidos á veinticinco años, empezaron á llamar la atención del público los chispazos de su alegre fantasía. Los

caídos ó ensalzados hombres del progreso y los ecléticos y afortunados factores de la union liberal, aparecieron en no interrumpida galería, pintados con soberbio desenfado y relevante chispa. *El Museo Universal*, que tanto contribuyó al desarrollo de la literatura y del arte, tuvo en él, en todos los géneros del dibujo, un colaborador de raro mérito; y nadie olvida con cuánto afán se buscaban y celebraban sus esmerados tipos populares, sus escenas de costumbres ó las deliciosas viñetas reducidas de aquellos almanaques de *El Museo*, cuyas aleluyas aun se recuerdan de memoria y cuyos tipos y asuntos rivalizaban ya con los del celebrado Cham. Daba, es cierto, verdadero atractivo Ortego, con su fecunda y original inventiva, á aquellos álbums anuales, enriquecidos con el ingenio literario de Eguilaz, de Bonnat, de Rivera, de Principe, de Ferran, de Trueba, de Nuñez de Arce, de Zorrilla, de Escalante, de Alarcon, de Navarro y Rodrigo y de tantos otros, en su mayor parte jóvenes, que rendían entonces desinteresado, espontáneo é incesante culto á la no estudiada ni relamida é incomparable inspiración.

Desde aquellos tiempos los periódicos satíricos se disputaron su nombre y los ilustrados y serios se honraron con su colaboración. ¿En cuántos trabajó? Posible es que la lista de los que recuerdo en este momento llenara veinte renglones. Tan grande y fecunda fué la obra de Ortego.

La parte saliente de ella, que se aprecia sobremanera y que se conserva con empño creciente cada día, es la que realizó en aquellos revueltos y nebulosos días en que, combatida la libertad, se atrevía esta á lanzar sus satíricas imprecaciones desde las columnas de *Gil Blas*. En el inmortal periódico de Luis Rivera, Ortego prestó á la causa del progreso servicios de tanta trascendencia como los más celebrados y enaltecidos de muchos hombres públicos. Su lápiz fustigó y martirizó sin piedad á los hombres de la reacción, causándoles tal desprestigio, que nunca pudieron volverse á levantar ante la conciencia del pueblo liberal. Era interesante en alto grado entonces, el contemplar con qué audacia, con qué profunda intención, aquellos hombres sostenidos por la fuerza, por el miedo y por el espíritu viejo y tenaz, eran expuestos á la pública irrisión, cuando por plausible milagro salía sano y salvo el número satírico de las manos del fiscal. Las ediciones se agotaban en breves horas, los ejemplares se buscaban y pagaban con empeño, agolpábase el público á admirarlos ávido de protestas para unir la suya con sus aplausos, á la que *el Gil Blas* lanzaba en su texto y en su dibujo; corrían por toda España el interés y la curiosidad que el periódico despertaba, y hasta en los pueblos más apartados se recibían como un envío de valor inestimable, los números que, remitidos con todas precauciones, se lograban adquirir en Madrid. Pocas publicaciones han logrado como aquella, ni éxito más justo, ni aceptación más calurosa, ni gratitud más noble, ni renombre más sólido y general. Entonces llegó Ortego al apogeo de su popularidad. Ni antes ni después ha sido ningún caricaturista más celebrado ni querido en España. Aquella fama durará siempre, y justo es recordarla hoy, cuanto contrariado y pobre ha bajado á la tumba, lejos del predilecto teatro de sus triunfos, del pueblo donde tantos admiradores y amigos tuvo.

Al venir la revolución de Setiembre, continuó con más bríos su tarea en el *Gil Blas*. Es imposible olvidar el efecto que causaban sus dibujos. En medio de las primeras alegrías del público, escitaban sobremanera el entusiasmo los terribles apuntes de Ortego, y los contundentes párrafos cortos ó largos, de Rivera, de Robert, de Blasco, de Manuel de Palacio y más tarde de Sanchez Perez. Las campañas gráficas contra Ologáza y los pretendientes extranjeros; contra don Carlos y las primeras intenciones carlistas; contra Napoleon y su desastrosa política final; contra las divisiones y discordias de los partidos liberales, y su galería de retratos titulada: *Caricaturas revolucionarias*, hasta Setiembre de 1871, en que dejó de trabajar en aquel periódico, forman una historia crítica admirable, llena de interés y de verdad, de los primeros tiempos de la Revolución. No se tienen tampoco en menor estima la colección de dibujos que hizo para el *Jeremías* de Villergas y sus diversos álbums políticos.

Muchos aprecian tanto sus caricaturas de tipos populares como las políticas. La verdad es que no pueden despreciar unas por otras, ni viceversa. Si se abre la colección de *El Cascabel*, por ejemplo, en sus buenos tiempos, hay mucho y bueno que celebrar en las creaciones de Ortego: los cesantes y perdidos de la Puerta del Sol y de las esquinas de Madrid, las señoras de las clases pasivas, los cocheros, los aguadores, los quintos, los cursis de los cafés, los toreros, los estudiantes, los porteros, los demagogos, los cofrades, los polizontes, las chulas, la aristocracia, los tenderos, todos los elementos, en una palabra, de ese indescriptible conjunto que forma el tono saliente y original del pueblo, fueron tan graciosos y exactamente dibujados por él, que desde entonces solo es posible en este género imitarle, aplaudirle y reír, mientras se tengan á la vista sus magistrales dibujos.

En Madrid y fuera de Madrid se hizo proverbial su fama.

Cuando se acertaba á ver un tipo raro, brotaba sin querer de los labios de todos aquella expresiva frase de: «¡Si lo pillara Ortego!»

Y de los innumerables personajes cómicos que

«el pilló» en efecto, nos quedan tan inmejorables copias satíricas, que han de ser, andando los tiempos, el más importante arsenal á que habrá que acudir para contemplar cuál era, en sus extravagancias y en sus pobreza, el pueblo español de principios de la segunda mitad de nuestro siglo.

También nos lega la sátira del pasado, la pintura de los últimos alardes absolutistas. Sus realistas encopetados, sus presbíteros guerrilleros, sus beatas, sus chisperos, sus cabecillas, y sobre todo, sus frailes positivistas con aspecto de picaresca mansedumbre y tosco sayal exterior, estos últimos, repetidos en cien escenas distintas en preciosos cromos, hechos en Francia, forman una admirable colección llena de gracia, de elocuente intención y de trascendental efecto.

Si á la vasta obra de Ortego, que es del dominio público, se añade la que con tanta estima se guarda por sus admiradores, la que forman sus apuntes autográficos, cróquis, pasatiempos y bosquejos, arrebatados como joyas artísticas en cuanto brotaban de su pluma en el círculo de sus amistades, asombra lo que llegó á trabajar y lo que demostró valer. Yo espero que no faltará en nuestro mercado literario algún editor rumboso, al parecer, que se decida, hoy ú otro día, á hacer una edición escogida de sus caricaturas. La empresa será bien aceptada, el servicio que se prestará á ese género especial del arte no logrará menor laureo, su familia podría encontrar en este pensamiento legítimos y regulares recursos, y nuestra sociedad culta, de seguro, que se apresurará á agotar las ediciones de los álbums de Ortego.

Por lo demás, cuando el paso de los años disminuya las asperezas de los recuerdos de hoy, y no haya susceptibilidades ni escrúpulos en pie, el genio satírico aparecerá tal cual fué, en su genuino valer, y nuestros salones y aulas de Bellas Artes escribirán en sus tarjetones de honor los nombres de Alenza y de Ortego, como han honrado de esa manera el de Goya.

El artista abandonó el suelo pátrio, donde el dibujante vive siempre hecho un jornalero, por más inspiración y laboriosidad que tenga, y trasladó su residencia á Francia, nación madre del dibujo y del ingenio cómico. Seis ú ocho años ha pasado allí, con poca fortuna, sin duda. Su inspiración, puramente española, no se plegó á las tendencias del espíritu boulevardier y hubo de vivir y luchar en pleno contraste con aquel mundo y aquel carácter, tan distintos de lo que él había sabido deleitar y atraerse. Debíó serle repulsivo aquel conjunto de tipos, tan diversos de los que él estudiara durante veinte años y no los halló asimilables á su manera de comprender la sátira perfilada. En el género serio, los Urrabieta-Viérge se han elevado al ilustrar los primeros periódicos franceses, á tanta ó mayor altura que los mejores dibujantes, y firman sus obras en París con própera y envidiable aceptación. No sabemos si Ortego intentó practicar ese género, en el que tanto pudo hacer; pero contrariado en sus tendencias y en su genial estilo, vemos que no le han hecho lugar, en su fecunda campaña, los Grevin, Randon y Stop.

Para su nombre artístico, le basta el adquirido entre nosotros; y ni sus contemporáneos le olvidarán fácilmente, ni el porvenir le negará, en su estilo, el título, de artista ilustre y sin rival, dignos de la popularidad de que ha gozado.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

## CURAZAO

(PÁGINAS DE VIAJE).

.....  
Cuando al amanecer del día 8 de Agosto de 1878 el vapor que nos conducía desde Puerto Cabello, se balanceaba al frente de la ciudad, no sé qué sensaciones experimenté. Las formas caprichosas de los edificios; los canales que cruzan la población; el movimiento y la vida y la animación; los pequeños barcos que comunican los barrios entre sí; la luz que el sol hacía proyectar sobre una parte de la ciudad, quedando aún otra en la oscuridad; el mar que la circunda con su eterno ruido, su constante movimiento y sus vastos horizontes; todo, en fin, fué para mí un motivo de entusiasmo y de admiración.

Hijo de las montañas donde se oye apenas el canto de las aves, el hacha del labrador y las apacibles brisas que hacen estremecer las hojas de los corpulentos árboles, me encontré de repente en presencia de un espectáculo que me era desconocido. Disculpable era, pues, mi admiración en aquel momento.

Al separarse el buque para tomar rumbo directo á la entrada del canal principal, me pareció que abandonábamos un nido de palomas. Sentí que el corazón se oprimía: creí por el momento que no tocaríamos ya en la isla. A mayor distancia ésta se ofreció á mi imaginación como un gran campamento, con sus tiendas de diversos colores y sus graciosas formas.

Recostada sobre los flancos de dos colinas de corta elevación: cruzada por canales en distintas direcciones: bañada por el mar hácia el Sur: compuesta de edificios de elegante y variada construcción, la ciudad se asemeja á una odalisca perezosa, sus miembros ceñidos de fajas preciosas de esmeralda, acariciada por frescas brisas y sus pies bañados por el Océano.

Las olas del orgulloso mar caribe vienen á bésárselos humildemente, y luego huyen espumosas y cristalinas como satisfechas del honor que la soberana les ha dispensado.

Venecia de las Autillas, Curazao tiene para el viajero que por vez primera la visita, encantos que mi pluma no puede describir.

La Holanda la conserva como un preciado florón de su corona, no para explotarla sino para engrandecerla.

Su Gobierno es justo, liberal y tolerante.

Por esos sus habitantes no hablan de conquistar su independencia. No la necesitan, pues disfrutan de ella ampliamente.

Ojalá otras naciones del antiguo continente que conservan colonias, comprendieran que las insurrecciones de los pueblos son hijas legítimas de la opresión de los Gobiernos.

Ojalá que la que fué nuestra antigua madre patria pusiera en práctica en sus colonias de América, que todavía conserva, el sistema neerlandés, y de seguro no tendría que sostener sangrientas guerras como la de Cuba. Mientras quiera esclavos en vez de hombres libres, tendrá que combatir eternamente.

Esta es la ley del siglo, la de todos los siglos: esta es ley de la humanidad.

Se ven ruinas en algunos puntos de la ciudad, escombros hacinados, edificios medio derruidos, algo que revela un terrible cataclismo.

Ciertamente: durante 70 años, según las más antiguas crónicas, esta hermosa isla no había sufrido ningún accidente desgraciado; pero vinieron los tiempos en que parece que los hombres y la naturaleza, á porfía, se conjuraron contra ella.

Medidas fiscales dictadas en la vecina República de Venezuela, paralizaron su comercio; y como si esto no fuera bastante, las convulsiones naturales se encargaron de lo demás.

Vino el 23 de Setiembre del año próximo pasado. Un inesperado temporal arrasó parte de la población, difundiendo entre los habitantes el espanto, el luto y la desolación.

Familias que antes gozaban de bienestar, debieron un techo á la caridad pública.

Caballeros respetables y de buena posición social anterior, ejercen oficios que repugnan á su carácter.

Como el Nilo en sus periódicas inundaciones, el mar barrió los límites de la propiedad, sin que su invasión se pueda estimar como las de aquel gran río, provechosas y fecundantes.

Hermanas de la Caridad, esas hijas del cielo que consagran su vida á la abnegación y al sacrificio, fueron envueltas por las olas y arrastradas al abismo por salvar á sus hermanos.

¡Mar insondable, mar Caribe! ¡Como el esclavo tú te has sublevado contra la graciosa Antilla, y pretendido sumergirla en tus abismos. Como el esclavo has querido vengar 70 años de servidumbre; ¡mas en vano!

Abandona tu insano furor, y continúa bañando con tus azuladas aguas una de las perlas de las Antillas. Ese es tu destino, esa tu misión.

Como justo castigo de tu soberbia, soportas sobre tus lomos los barcos que de todas las naciones vienen á saludarla en su desgracia, á traerle consuelos y esperanzas. El hombre los ha fabricado para dominarte y es forzoso que abandones tus iras y tus resistencias inútiles contra el Rey de la creación.

Curazao se levantará cada día más hermosa, surgirá de sus propias ruinas. Así lo auguran el movimiento de su abrigado puerto y la laboriosidad de sus hijos. El porvenir le sonríe.

Y así debe de ser. Pueblos como Curazao no mueren; como el fénix de la fábula, se levantan de sus propias cenizas.

Aquí recibe el extranjero una acogida cariñosa. Se practica la hospitalidad de los tiempos bíblicos de la época de los Patriarcas. Por reconocimiento debo decirlo así.

Los pueblos donde se tortura la conciencia, donde se entraba el culto que el hombre quiere rendir á la Divinidad, donde los templos se convierten en cuarteles, donde los más altos magistrados hacen alarde de no profesar ninguna religión, allí donde los mandatarios no se conforman con despreciar todo culto, sino que pretenden por medio de la fuerza material, que sus gobernados no practiquen ninguno, que abandonen sus ritos y sus prácticas piadosas para tornarse en muchedumbres sin fe y sin creencias; esos pueblos están sujetos á frecuentes convulsiones, y cada día que pasa será un nuevo escándalo que dan á la vista de las naciones cultas que los observan.

Y crecerán el malestar y la vergüenza si esos países se llaman republicanos y han proclamado en todos los tonos la absoluta libertad de conciencia.

Curazao es Colonia, no es República. Sus gobernantes no han ensordecido al mundo hablándole de libertades públicas; y sin embargo, los católicos y los protestantes, los hebreos reformistas y los ortodoxos tienen sus templos que se levantan los unos al lado de los otros: todos son respetados.

Cada comunión, de una manera pública y solemne, sin que se le inquiete y moleste por nadie, y mucho menos por la autoridad, tributa culto á Dios en la forma que se le antoja.

Guardanentre sí los miembros de las respectivas comuniones una perfecta armonía, sin que sea necesario que la autoridad se torne en sacristán ó en verdugo, en árbitro de las creencias de cada cual, en Juez de la conciencia.

Curazao es colonia, no es República; y no obstante, sin fausto y sin ostentación, sostiene casas de dementes, lazaretos, asilo de indigentes, con edificios aseados y decentes, donde se da á los desgraciados una asistencia no sólo apropiada, sino hasta cierto punto agradable y amena.

Por todas partes se encuentra la benéfica mano de las Hermanas de la Caridad difundiendo el bien y dando consuelo y esperanzas á los que sufren.

LUIS MARIA RESTREPO.

## LA NIEBLA.

¡Qué bonita es la niebla que en las mañanas de Octubre se levanta como ténue vapor de las orillas del río, y conforme vá elevándose envuelve las llanuras que se pierden en el horizonte y las faldas de los cerros que destacan sobre él su gran masa sombría, dejando al descubierto su cima semejante á la enorme cabeza de un Titan recostado sobre las nubes! Ciñendo la ciudad en cariñoso abrazo, flota como leve gasa movida por el viento, y toma extrañas formas que atraen ó repelen, que rechazan ó seducen. Ora finge palacios recostados en su seno, por cuyas rotas almenas desfilan espectros y fantasmas, ora frondosos bosques en que los árboles se agrupan y mueven sus hojas, y enlazan sus ramas, y retuercen sus gruesos troncos; ya toman forma de seres sobrenaturales de gigantesca talla cuyos pies tocan el abismo, cuya frente roza el cielo, ya semejan sobre las colinas centinelas avanzadas de un ejército perdido en la inmensidad.

¡Qué bonita es la niebla cuando el sol logra romper sus leves capas de algodón plumizo, y huye deshaciéndose en imperceptible lluvia que humedece los campos!

Inspira ideas extrañas á la mente, y dá sueños extraordinarios á la fantasía. Y, sin embargo, todo un mundo de malos espíritus palpita en su seno y se arroja en su manto, y vuela con ella sobre los montes, y con ella desciende á las llanuras, inventando planes diabólicos para perder á los hombres que no desconfían de sus amaños infernales. Siempre que la veo pasar y perderse á lo lejos, recuerdo una historia, como ella vaga, como ella impalpable, que un día me contaron en la montaña que á la sazón envolvía en su aéreo manto. Hace ya mucho tiempo que pasó, y sin embargo, aún su relato dá miedo á los niños é inspira compasión á los jóvenes, y lástima, profunda lástima á los viejos.

### I

María ha muerto. La hermosa niña de ojos azules como el cielo, brillantes como el día, melancólicos como una tarde de otoño vestida de brumas, calzada de hojas secas y coronada de nubes. Delicada como una flor, pura como un ángel, fresca otro tiempo como la mañana, yace ahora rígida sobre su lecho de doncella, con sus manos entrelazadas, sus labios levemente contraídos por una sonrisa celestial, su frente mate, sus mejillas pálidas y sin color, sus cabellos lácios y sin perfume, su débil cuerpo, antes gala de la montaña, hundido ahora en el lecho á que le sujetó la enfermedad. Enfrente de ella, y sobre una mesa, una imagen de Jesús, débilmente alumbrada por el reflejo escaso de una lamparilla, con sus brazos sujetos á la cruz y la cabeza alta, á que dió el artista divina expresión, parece que clava sus ojos en el cadáver prometándole el Paraíso. En un extremo de la sala unas mujeres que lloran amargamente; las jóvenes como si hubieran perdido una hermana, las viejas como si se tratase de su hija. A otro lado un grupo de hombres hablando en voz baja, preguntándose cómo han podido morir en tan breve tiempo tanta hermosura, tanta inocencia y tanta juventud. En otras habitaciones se oyen los gritos de la madre, los sollozos del padre, los suspiros de los niños que están tristes sin comprender la causa de su tristeza y lloran porque ven llorar á su alrededor. Y el eco de todos estos rumores, de todos estos ayes, de todas estas quejas, de todos estos suspiros, se funde en un rumor único que suena débil y apagado en torno del cadáver como si no quisiera turbar la muda calma de su sueño.

Sentado á la cabecera del lecho en una silla de paja apoyada contra la pared, con los codos clavados en las rodillas y la cabeza oculta entre las manos, Pedro, el prometido de María, dejaba vagar por el suelo miradas sombrías, miradas de extravío, de esas que solo lanzan la estupidez y la locura. Mudo como el dolor, no decía ni una palabra ni exhalaba un suspiro; de cuando en cuando estremecimientos nerviosos recorrían todo su cuerpo, algo como una ola de sangre subía por su garganta, y algo como una nube de lágrimas asomaba á sus ojos que se empañaban un momento; pero entonces sacudía la cabeza, se llevaba la mano á la garganta porque se sentía ahogar, y tornaba á descender la ola de sangre, á retirarse sin descargar la ola de llanto, y después de clavar en la niña muerta una mirada que era todo un poema de muda desesperación volvía el joven á esconder la cabeza entre las manos, apretándose las sienes que latían como si quisieran romperse.

Y es que aquella niña parecía estar unida á él por el destino; á él, que la amó cuando niño con el afecto dulce y desinteresado de la infancia, y cuando mozo con el primer amor grande y profundo de la adolescencia. Ya se iban á casar en la

primavera próxima, y todo parecía sonreírles, cuando hé aquí que una noche entró María en su casa quejándose de que tenía mucho frío, y á pesar de los cuidados de todos, murió á los pocos días sin otro síntoma, sin otra enfermedad, consolando á sus padres, despidiéndose de sus amigas y dirigiendo cariñosas frases á su prometido que, ocultando la cara entre los pliegues de la colcha, ahogaba sus sollozos y contenía sus suspiros.

Cuando murió María quisieron retirarle á otra habitación; pero con tal empeño se opuso, que hubieron de desistir de su generoso propósito los que así querían evitarle nuevas penas. El no podía abandonarla; juró no separarse de ella y cumpliría su juramento. Quería estar á su lado mientras aquel cuerpecito tan adorado, tan hermoso, permaneciese sobre la tierra. Luego, cuando ésta recobrase lo que era suyo; cuando la sepultura se cerrase sobre María, entonces él se iría, llevándose el alma de la joven en la suya; porque para Pedro no había muerto su novia. María era un nombre, un recuerdo, una idea, y él juraba tener siempre ese nombre en sus labios, ese recuerdo en su memoria, esa idea en su corazón. Porque Pedro era crédulo como un niño; para él todo tenía vida, voz, pensamiento, y al verse sólo, esa vida, esa voz, ese pensamiento eran toda su amada muerta por la enfermedad y resucitada, vuelta al mundo por el poder divino del amor.

Aquella tarde se enterró á María. El pueblo en masa acudió en pos del ataúd, blanco como la nieve, emblema de su candor, á derramar flores y plegarias sobre la tumba de la joven. Delante de todos, semejante á una estatua de la desesperación ó la agonía, caminaba Pedro, cuyo dolor era sombrío; un dolor sin quejas, sin llanto; dolor terrible y espantoso, parecido al volcán en cuyo centro hierven las materias en fusión buscando en vano una salida que no encuentran.

La campana que sonaba tristemente en el estrecho hueco del campanario de la ermita vibró con ecos de muerte en los oídos de Pedro. Cuando el ataúd que encerraba para siempre los restos de su inocente prometida descendió á la tumba y cayó sobre su débil tapa de madera esa primer paletada de tierra que el eco repite en el corazón, sintió pasar un velo por sus ojos, aumentar el martilleo de sus sienes y la presión de su garganta; le pareció que todo se movía y giraba en torno suyo, la gente y los árboles, el ataúd y el cementerio, y llevándose las manos al pecho y á la cabeza cayó desplomado en la fosa á que acababa de bajarse el cadáver de María. Cuando, extraído de la sepultura, fué trasladado al aire libre y los cuidados del médico le volvieron á la vida, abrió los ojos y tendió á su alrededor una mirada de extravío: sus sentidos habían despertado, pero su razón dormía.

### II

La locura de Pedro era tranquila. Véasele vagar á un lado y otro sin conciencia de lo que hacía; oír conversaciones que no escuchaba; hablar sin orden ni concierto palabras incoherentes que no llegaban á componer un concepto, y separándose de pronto de los que le acompañaban dar vertiginosas carreras hasta que rendido y sin fuerzas se sentaba pensativo al pie de un árbol ó sobre una peña cual si estuviera absorto en reflexiones que su cerebro enfermo no podía hacer.

Solo una idea fija y permanente, se reflejaba en el turbio espejo de su inteligencia: una tarde, al principio de sus amores, entró con su María en una iglesia, y previendo la pobre niña su muerte le hizo jurar y juró que el primero de los dos que muriera saldría de su tumba para venir á consolar al que sobreviviera. En aquel desorden espantoso, en aquella tempestad de ideas que recorrían su cerebro abriendo en él anchos surcos, mezclándose y entretrejiéndose en curvas imposibles, solo una sobrenadaba como el arca santa sobre las aguas del diluvio: la idea de que María debía venir á verle, á contarle sus terrores de aquellas noches sombrías pasadas en la soledad del cementerio, bajo las húmedas capas de tierra que tanto deben pesar sobre el cuerpo, noches mudas y silenciosas, en que brillan los fuegos fátuos, y grazna el buho, y silba la lechuza.

Y durante sus largos paseos andaba de un lado á otro inquieto, mirando á todas partes con dolor, buscando siempre lo que no encontraba nunca. María debió venir á verle; ¿porqué no venía? El recibió su juramento aquella tarde, Dios lo oyó y lo santificó con su presencia; ¿porqué, pues, no venía? ¿Porqué se hacía esperar tanto?

Y á todo el mundo dirigía esta pregunta, alejándose receloso porque nadie le respondía con arreglo á sus sentimientos. Y así vivía el infeliz, sin otros pesares, sin otras emociones. Era la vida de un autómatas. Al despertar la aurora salía de su casa y echaba á andar por los campos, sentándose cuando se cansaba, para levantarse á poco y proseguir de nuevo su camino. Luego, cuando el sol descendiendo hacía su ocaso le anunciaba la hora del regreso, volvía á su hogar, donde su madre, siempre secándose los ojos arrasados de lágrimas, le esperaba á la puerta para darle su acostumbrado beso en la frente.

Un día salió antes de amanecer, sólo, como siempre. La noche era fría, la atmósfera húmeda. Las estrellas no brillaban; densas y grandes sombras en el cielo, y ni una luz para ahuyentarlas en la tierra. La escarcha había caído en abundancia y esmaltaba los campos, colgando pequeñas barras de cristal de los escuetos troncos despojados de

hojas. Pedro, sin apercibirse de la oscuridad, y como si una luz interior le iluminase, echó á andar. En toda la noche no había podido dormir, y se lanzó á la calle por un movimiento que no pudo contener; como si alguien le llamase fuera de su casa. ¿Dónde iba? El que al verle correr desatentado, le hubiese dirigido esta pregunta, en vano hubiera aguardado la respuesta, porque Pedro no lo sabía. Sentíase impulsado; pero ignoraba por qué causa, ignorando también el punto en que podría detenerse.

Brilló la luz indecisa y pálida iluminando levemente el horizonte como brilla un momento una sonrisa en un rostro contraído por el pesar. Iluminado ya por la claridad del día Pedro entró por la primera senda que se le presentó. Algo de que él no alcanzaba á darse cuenta le movía á andar, á andar sin detenerse. Borráronse de su mente las débiles memorias que en ella vivían también como aletargadas, y sin recuerdos del pasado, sin conciencia del presente, prosiguió su carrera por los caminos que se abrían delante de él como las puertas de un palacio encantado ante los génius que le guardan.

Y así trascurrió el día; un día triste de otoño en que los campos yermos, el cielo cubierto de nubes, el sol que embotaba en ellas sus rayos faltos de fuerza y de calor, los pájaros piando tristemente sobre los árboles desnudos, las hojas secas sembradas como amarilla alfombra por los campos, parecían deplorar en un inmenso canto de amargura, la muerte de la naturaleza á la llegada del invierno.

Cayó la tarde. El pobre loco, rendido por aquella día de marcha se dejó caer exánime y sin fuerzas. Todo callaba en torno suyo. La creación parecía abismarse en un gran dolor. A un extremo, la luz hundiéndose lentamente en el ocaso; al otro, la oscuridad engrandeciéndose, ahuecando su manto de tinieblas. Herido por aquél espectáculo Pedro bajó la cabeza y cerró los ojos. ¿Pensaba en algo? ¿Quién lo sabe!

Hallábase aquel día el infeliz en un estado de agitación extraordinaria. En las sombras de su mente brillaban de cuando en cuando relámpagos vivísimos que, sin embargo, solo servían para hacer más palpables las tinieblas; recuerdos que apenas dibujados se borraban cuando él iba á leer su misterioso jeroglífico.

—¿Qué es esto?—murmuraba el desgraciado.—No sé qué me pasa... Quiero ver, y no veo. María... ¿por qué no viene María?... Oigo una voz aquí cerca, muy cerca, pero no entiendo lo que dice... Y sin embargo, ¡es tan dulce!... Es una voz que yo he oído en otra parte. ¿Dónde? ¿Cuándo?... No sé... Pero vibra como ahora, reuniendo risas del viento y cantos de ruiseñor. Sonaba como el agua corriendo entre peñas, deslizándose sobre guijarros... Y me decía lo que ahora me dice con sus notas de cristal... ¿Qué dice? ¿Qué dice?...—

De pronto dió un salto y se puso en pié, con el rostro descompuesto, las facciones alteradas y los ojos agrandados por el terror... Allí, en medio de la llanura sepultada en la niebla espesa que á la tarde se había levantado, acababa de ver un espectro, una forma de mujer mirándole con el rostro vuelto hacia él, los brazos tendidos y las manos entrelazadas. Era un capricho de la niebla, una de tantas formas extrañas que toman las nubes cuando flotan en el viento. Y sin embargo, al pobre loco le pareció ver á María, la hermosa niña muerta en la flor de su edad y sus ilusiones. Creyó ver el brillo de sus ojos, el pliegue de su sonrisa, el leve fruncimiento de sus cejas; creyó oír su voz armoniosa que le llamaba, que le atraía hacia sí, y murmuró con voz ahogada:

—¡Ella! ¡Ella! que viene á cumplirme su promesa!... y levantándose bruscamente del suelo á que había caído de hinojos al distinguir la aparición, se lanzó sin vacilar hacia adelante, exhalando gritos salvajes, que el eco repetía á lo lejos. La niebla lo envolvía completamente, y su voz, que sonaba entre las nubes, parecía el rugido de una fiera presagando la tempestad.

Así anduvo, pálido, jadeante, llevando siempre delante de sí la vision, que huía conforme se acercaba el joven á ella, como si quisiera burlarse de él. Cuando creta asirla entre sus brazos para darla su beso de amor, movíase el viento y arrastraba consigo á la niebla y en la niebla la vision, flotando como imagen milagrosa sobre las olas encrespadas de aquel Océano de brumas.

Y llegó al pié de una montaña, en cuya falda se detuvo aquella imagen pura y sonriente que no existía más que en su imaginación y se adelantó para asirla; y la tocaba ya cuando de nuevo el viento agitó sus alas y arrastró la vision hasta la cumbre.

Un grito gutural y que nada tenía de humano, rugido de fiera á quien arrebataban su cachorro, se escapó del pecho de Pedro, y el desgraciado, ciego de furor, empezó la ascension de la montaña; y subió, subió destrozándose las manos y los piés, cayendo y levantándose para caer de nuevo y de nuevo levantarse y proseguir su carrera tras aquel pliegue de viento que tanta dicha le guardaba, estallando su boca en imprecaciones, plegarias y blasfemias, sollozos ahogados, gritos estridentes...

Largas horas duró la ascension. Sus cabellos flotaban en desorden, flameaban con fuego extraño sus ojos, sus labios, secos, se movían con un temblor nervioso que no podía contener. La fiebre abrasaba su aliento, sus sienes latían, su frente reflejaba

la lucha interior que en su cerebro sostenían las ideas... Y Pedro corría, corría, sin comprender que se alejaba de su hogar para ir Dios sabe dónde, á lo desconocido, á lo lejano; caminando siempre con la mirada fija en un punto del espacio, en el punto misterioso en que él creía distinguir la delgada silueta de la aparición.

Hacia mucho tiempo que había cerrado la noche oscura y densa como el desengaño; sin una estrella, sin una luz, sin un gorgojo, sin un perfume, sin una voz, sin un suspiro. El espacio callaba para que se oyese mejor los gritos de Pedro á quien espantaba el eco de sus propias maldiciones.

Hubo un momento en que se creyó llegado al fin. Se acercaba, y la vision, sin moverse, parecía aguardarle para premiar su constancia; pero de pronto se volvió, y no volando como otras veces, sino andando lenta y perezosamente empezó á descender por la falta opuesta de la montaña á cuyo pié se abría horrible precipicio por el cual bajó también hastallegar al fondo donde se detuvo, clavando sus ojos—que eran dos fuegos fatuos—en el rostro asombrado de Pedro, que sin comprender lo que por él pasaba la seguía con atencion. Cuando la vió detenerse pareció volver de su ensimismamiento y sin mirar por donde iba, sin comprender que corría á una muerte segura, reanudó su carrera, pero le faltó pié de pronto y cayó pesadamente rodando de pena en pena.

Poco despues apareció la aurora, y herida por sus rayos de plata se desvaneció la niebla; brilló un sol radiante sobre un cielo puro y sin nubes, y a su luz los arrieros que pasaron por aquel lugar vieron en el fondo del precipicio el cuerpo hecho pedazos de Pedro. Un mal espíritu, de esos que habitan la montaña y se esconden entre la niebla, le había llevado allí.

## III

Tal es la historia que aun cuentan los aldeanos cuando á la caída de la tarde se alzan las nieblas desde el río, moviendo sobre los campos su oscura masa sombría. En su concepto la niebla no es más que el velo en que se esconden los malos espíritus para celebrar sus misteriosos conciliabulos y perder á los mortales que se dejan engañar por su fantástica apariencia.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

## EL SIGÜ.

Dedicado al Sr. Dr. D. Nicolás Avellaneda.

*The mountains look on Marathon  
And Marathon looks on the sea.*

(BYRON.)

Hay entre la Rioja y Chilecito una cadena de montañas que corre de Norte á Sur,—ó lo que es lo mismo—un ramal de los Andes que divide los Llanos, teatro de las proezas de Quiroga, del valle de Famatina.

Salvo los Riojanos, son muy pocos los argentinos que conocen este coloso.

Apelo al testimonio concienzudo de los que estas letras vieron, y prosigo.

Viniendo de Chilecito para la Rioja se cruza el valle hasta entrar en una larga quebrada llena de precipicios, en cuyas laderas vertiginosas la mula tiembla y el ginele se estremece hasta la médula de los huesos.

Esos son nuestros caminos por aquellas regiones, tan pintorescas y tan ricas, como desconocidas y olvidadas, por más que se ponderen nuestros adelantos y nuestra civilización.

La jornada puede hacerse andando con apuro en un día;—sin apurar la marcha se hace generalmente en dos.

Yo salí de Chilecito á medio día, y, como nadie me corría, fui á dormir en la aguada, *pozo del tigre*. Hay allí abrigo contra los vientos, siempre frios, pasto para las bestias y leña para el fogon del caminante.

Pasaba esto el año de 1877, allá por el mes de Mayo, y eran mis compañeros de viaje el señor don Timoteo Gordillo, mi ayudante y mis fieles asistentes Macario, Gomez y Rufino.

El *pozo del tigre* está al pié del cerro cuyo nombre me sirve de encabezamiento al evocar estas reminiscencias.

Antes de amanecer, las mulas estaban listas, y, como habían pasado bien, abrevándose hasta la saciedad, parecían ganosas de aprovechar la poética luz crepuscular.

Me puse, pues, en camino, trepando las asperezas de la cuesta, paso á paso, por entre sombras fantásticas, y cuando amanecía llegábamos ya á la meseta, ó *plateau*, del cerro.

No se llega impunemente á la cúspide de la montaña.

Habíamos subido y teníamos que descender,—es el orden de las cosas humanas. ¡Ay de aquellos que se olvidan de que no hay altura, por encumbrada que sea, de la que no se deba bajar con más

ó menos ruido en una hora fatal... siendo la muerte el último término de todas las grandezas!

\*\*

Pero; cómo descender en silencio, sin reflexionar siquiera, sin abismarse un momento en la contemplacion del pasado, ó en el espectáculo que nos rodea en un instante supremo y fugaz de la vida?

\*\*

No es una pluma lo que yo quisiera tener ahora,—una pluma rebelde para trasmitir mis impresiones de aquella mañana inolvidable,—sino el pincel de Miguel Angelo. Oh! entonces sí, verías á lo vivo, *d'après nature*, mi querido Avellaneda, lo que me has pedido que te escriba.

\*\*

Voy, sin embargo, á trazar las líneas,—dejando el colorido en la paleta de tu rica y poderosa imaginacion.

\*\*

Teníamos por pedestal la cumbre más alta del cerro,—y desde allí, como Júpiter en el Olimpo, contemplábamos el panorama más imponente que la casualidad puede presentar. Esas escenas no se repiten. La madre naturaleza no se copia jamás. Ella es el artista de los artistas,—el más hábil y fecundo de todos.

\*\*

Al poniente divisábamos el inmenso valle de Famatina que se extiende desde San Juan á Catamarca; al naciente los llanos históricos, que corren desde San Luis hasta los confines de Córdoba por el Norte, y ambas llanuras estaban cubiertas de densos vapores, semejando dos anchos mares, que se agitan y se encrespan poco á poco. El sol los iluminaba con tintes nacarados, á medida que se alzaba con su majestad triunfal; y allá en el fondo, por decirlo así, del cuadro, se empinaba hasta el cielo el inconmensurable cerro de Famatina, cubierto de nieves eternas, que reflejaban todos los colores del arco iris,—en tanto que á mis piés y en el fondo del abismo, hacia la parte por donde debíamos descender, rugía la tempestad serpenteando los relámpagos, retumbando el trueno con fragor.

\*\*

Las nubes, condensadas sobre el valle y los llanos se fueron rarefcando gradualmente, hasta que, por fin, nos hallamos envueltos en finísima lluvia.

\*\*

Descendíamos... No nos veíamos á corta distancia,—llovía arriba y abajo.

\*\*

Algunas horas despues, aquello había pasado como un sueño de las *mil y una noches*, y el coloso quedaba á la espalda.

\*\*

Al día siguiente, mi amigo Federico de Sherff, que me esperaba en la Rioja, con Mauricio Mayer, quiso ver nacer el sol desde el Sigü.

\*\*

Marchó... Mas ya lo he dicho: «la madre naturaleza no se copia jamás.» Estuvo allí dos días y se volvió habiendo visto solamente las sombras del panorama, tan pobremente pintado, aquí, por mí. Llovió constantemente.

\*\*

Ese es el destino,—no siempre halla la fortuna el que la busca.

\*\*

Estoy en viaje para las *tierras del porvenir*, y esta última reflexion viene, como se dice vulgarmente, á pelo.

\*\*

No hay que dejarse dominar, empero, por la derrota de otros en la misma empresa ó tentativa.

\*\*

El Sigü convida á los intrépidos viajeros... Cada salida y puesta de sol allí es una indescriptible, grandiosa y solemne novedad.

LUCIO V. MANSILLA.

A bordo del *Rio Paraná*—Setiembre, 15, 1878

## REVISTA AMERICANA.

## I

Una fausta noticia para los que acompañan á las Repúblicas americanas en sus días de prosperidad y progreso:—la paz definitiva entre las Repúblicas Argentina y Chilena, acaba de ser sancionada por los Congresos de ambos países.

Un telégrama llegado de Buenos-Aires anuncia, que despues de grandes debates en el Congreso de aquel país, habian sido definitivamente aprobados los pactos celebrados entre las dos cancellerías, y que igual suerte habian tenido en las Cámaras chilenas.

El viejo y pavoroso problema está, pues, resuelto.

La razon fria y serena, de uno y de otro lado de los soberbios. Andes ha triunfado sobre la grita callejera de los que, en Buenos-Aires y Santiago, creian que la cuestion no podia y quizás no debia tener otra solucion que los campos de batalla, ni más ni ménos que en los tiempos bárbaros en que se decidia, *la raison du plus fort, est toujours la meilleure*.

Espectadores imparciales de los incidentes que ha presentado esta larga controversia entre aquellas Repúblicas, que marchan á vanguardia del gran movimiento regenerador de la jóven América, tenemos plácemes para una y otra, en esta hora feliz de la concordia y de los arreglos; pero un sentimiento de alta justicia, inspirado en hechos de una elocuencia incontestable, nos induce á felicitar de una manera más expresiva á la República Argentina y á sus hombres públicos, por la manera como se han conducido en tan grave emergencia.

## II

Cuando la guerra se encendió entre Chile y las Repúblicas del Perú y Bolivia, las diferencias entre aquella República y la Argentina habian llegado á uno de esos extremos en los que, aún los más pacíficos, creen que no hay otra solucion posible que la de las armas.

La República Argentina estaba perfectamente preparada para la guerra.

Tenia su escuadra y su ejército, perfectamente organizados, y sobre todo, lo que Napoleon llamaba *nerbio de la guerra: dinero!*

Chile, por su parte, habia imitado el ejemplo de la Prusia en la historia de su lucha con Francia, reparándose pacientemente á ella: tenia á su vez los elementos necesarios para emprender la guerra con éxito seguro; pero en manera alguna tenia, ni podrá tener jamás, elementos suficientes para encontrarse frente á frente con la República Argentina.

Si no podia haberlo hecho sola contra ella, ¿cómo podria haberlo hecho *contra las tres naciones aliadas?*

Es de aquellas cosas que, ni como conjetura ó hipótesis, puede ser admitida.

Sin embargo, ¿cuál fué, cuál ha sido la conducta de la República Argentina?

Cediendo á las sugerencias de los que llevaban en el alma la herida causada por la predicacion insensata de la prensa chilena, que no cesaba de atacar al pueblo y á la nacion Argentina, ella pudo tomar parte en la guerra, abatiendo en poco tiempo el poder chileno, impotente, como venimos diciendo, para luchar contra los formidables elementos de la República Argentina, que, en dos meses, habria puesto trescientos mil hombres sobre las armas.

¡Pero no!

El Gobierno de este país, levantándose á la serena altura del decoro y la dignidad; bebiendo sus inspiraciones en la lealtad caballeresca; no queriendo cometer lo que habria considerado un *abuso cobarde*, y queriendo marcar su política con ese sello de dignidad que tanto engrandece la conducta de los Gobiernos honrados, guardó durante la lucha una actitud *expectante*, suspendiendo sus gestiones, para que ni el pretexto se pudiese tener en Chile, de que *pretendia valerse de las circunstancias*, procurando arrancarle en medio de la guerra, lo que quizás no le habria arrancado antes de iniciarla.

Tan alta, tan elevada y noble conducta por parte del Gobierno argentino, le valió el aplauso y el elogio de las naciones europeas.

Nosotros, al dar cuenta del feliz arreglo, creemos, á la vez hacer un acto de justicia enalteciendo esa conducta del Gobierno argentino, que tan dignamente se presenta á los ojos del mundo entero, mostrando, con hechos prácticos, que *ni la falsía, ni la mala fé*, tienen entrada en los consejos de su Gabinete.

## III

Rota así esta verdadera espada de Damocles, que hace años pendia sobre la cabeza del pueblo argentino, libre de toda preocupacion exterior y perfectamente afianzada su paz en el interior, ella puede seguir confiada y tranquila su marcha de asombrosos progresos; progresos y adelantos y desarrollo comercial, que, llamando seriamente la atencion del viejo mundo, ha contribuido, y contribuye más y más al cambio favorable operado aquí con respecto á lo que se cree sobre las condiciones de la América republicana.

Ante los hechos, ante la evidencia incontestable, hasta los más reacios, hacen ya plena justicia á aquellos pueblos, presintiendo el grandioso porvenir que la Providencia les reserva en los destinos gloriosos de la humanidad.

De principios del pasado mes son las noticias que del Plata tenemos.

Una ceremonia verdaderamente imponente habia tenido lugar en la ciudad de Buenos-Aires, en homenaje al desgraciado Garfield.

El espectáculo ha sido grandioso, sin rival en ninguna otra ciudad del globo, si se exceptúan las honras fúnebres tributadas al ilustre patricio en las ciudades de su tierra natal.

El hijo de uno de los hombres más ilustres de la América del Sur—general Bartolomé Mitre—colaborador del diario *La Nacion*, inició en la redaccion de este diario una reunion de todos los periodistas, con el objeto de determinar *la forma* en que la ciudad de Buenos-Aires, representando á la nacion entera, pagaria tributo de dolor á la muerte del presidente Garfield, protestando, á la vez, contra el hecho infame que le arrancó la vida.

## IV

No hubo dos opiniones, y en pocos momentos se resolvió organizar una gran procesion, en la que tomarian parte, indistintamente, los hombres de todos los pueblos y de todas las opiniones que participasen de las ideas y de los móviles que la manifestacion inspiraba, procesion que, en religioso silencio, debió desfilar delante del balcon de la legacion de los Estados- Unidos.

Organizado el comité de la prensa, nombró su presidente al doctor D. Juan Carlos Gomez, el noble y brillante veterano del periodismo del Plata, uno de esos viejos apóstoles del derecho, de la justicia y de la libertad que, á los sesenta años, conserva toda la frescura, todo el aliento y entusiasmo de la primera juventud, y en su inteligencia las eternas claridades, las risueñas auroras que hacen de él, no solo el Hércules de la prensa de aquellos países, sino uno de sus primeros y más grandes poetas y literatos.

Arreglado todo en medio del más perfecto acuerdo, la solemne, imponente y majestuosa procesion cruzó las calles de Buenos-Aires el 21 del pasado Setiembre.

En ella tomaron parte todas las sociedades y clubs extranjeros, siendo los principales y más numerosos los italianos y españoles.

Más de 15.000 personas la formaban, no bajando de setenta mil las que se han asociado al acto, comprendiéndose en éstos los que fueron de las ciudades del interior, campañas de Buenos-Aires y vecina república del Uruguay.

Para dar á los lectores de LA AMERICA una idea, aunque pálida, de esta espléndida manifestacion de duelo por la pérdida de un gran ciudadano y de protesta contra un asesino fanático, habríamos menester de todas sus columnas: tantos y variados son sus detalles.

Hemos querido simplemente dar conocer el hecho en España, y lo dicho basta á nuestro propósito, repitiendo, sí, que, con excepcion de los Estados- Unidos, en parte ninguna del mundo se ha tributado un homenaje de esta magnitud á la memoria de Garfield: que sólo los grandes pueblos son capaces de manifestaciones análogas, y sólo las grandes ciudades tienen condiciones de poderlas presentar.

¡Honor, pues, á la República Argentina y honor á su noble capital!

## V

Puesto que de un ilustre muerto acabamos de hablar, diremos que en Buenos-Aires habian fallecido tres personas, cuya pérdida produjo honda sensacion en aquella culta sociedad.

Son éstas, el doctor D. Luis Velez, el doctor Alberto Larroque y el doctor Enrique Sanchez.

El doctor Velez ocupaba el puesto de senador del Congreso, en representacion de Córdoba, su provincia natal.

Era una inteligencia brillante, escritor galano y orador de extraordinaria verbosidad.

Hablando no entusiasmaba, porque carecia de inflexiones y entonaciones variadas en la palabra; pero convencia con la solidez de su argumentacion.

Era de los pocos fanáticos que hay en aquel país, siendo, como éstos, intransigente, al extremo de taparse las orejas cuando oía hablar del *Can-can*.

En cambio, era un hombre de virtudes acrisoladas, gozando en su patria de generales simpatías.

El doctor Larroque era uno de esos tipos que se quieren, apenas se conocen.

De origen francés, fué jóven á la República argentina, llevándole el contingente de una instruccion sólida y de una de esas inteligencias *aptas para todo*.

Consagrado á la educacion en el colegio de Uruguay, provincia de Entre-Rios, educó en sus bancos á una gran parte de la juventud que ha venido ocupando los primeros puestos del país, pudiendo haberse gozado en la dulce satisfaccion del éxito alcanzado por sus desvelos.

Satisfecho de su obra, vino á Buenos-Aires, donde se estableció como abogado, profesion en la que no tardó en distinguirse por su talento, competencia, rectitud y honradez.

Su entierro, fué una verdadera apoteosis.

Palabras sentidas de los antiguos alumnos se dejaron oír en torno de su tumba, como justo homenaje pagado á la memoria del ilustre maestro.

Enrique Sanchez era un jóven que apenas contaba veintitres años; soldado ardoroso de una nueva generacion que agita en sus manos el estandarte de las nuevas ideas, y lleva en su frente una chispa de la luz misteriosa que la alumbraba en el camino de la libertad en que marcha, la cabeza

alta, peleando por la justicia y el derecho, por la eterna verdad de los principios.

Desde niño se dedicó al estudio, y con el auxilio de un hermoso talento natural, fué ganando terreno hasta recibirse de abogado y llamar la atencion como escritor.

Leia mucho, y si en sus escritos hacia á veces demasiado alarde de esa lectura, su estilo tenia toda la frescura de la edad florida y el suave perfume de una alma educada en la aurora sonrosada de la más esquisita sensibilidad...

Poseia, además, el jóven Sanchez, una gran cualidad:—*¡era un hijo ejemplar!* Unico, de una madre que le adoraba con verdadero delirio, correspondia á ese tierno y delicado afecto con todo el respeto que los padres inspiran siempre á los corazones nobles.

Su muerte ha sido muy sentida en Buenos-Aires, sobre todo en las filas de la juventud, donde llegó á ser *un verdadero caudillo*.

## VI

Recorriendo los diarios de Buenos Aires, que de paso sea dicho, *son verdaderas sábanas*, por su tamaño, el espíritu de los que amamos el progreso y la libertad, doquiera que existan, se siente verdaderamente feliz y satisfecho, al contemplar el cuadro general que en la actualidad presenta la República Argentina.

Por todas partes trabajo.

Por todas partes nuevas empresas que surgen y se llevan á cabo.

Aquí una carretera que se abre.

Allí un ferro-carril que se prolonga.

Más allá un templo que se inaugura.

En todas partes nuevas escuelas, que abren sus puertas, á una juventud ávida de instruirse.

En todos, en fin, pueblos, y Gobiernos, y Congreso y legislaturas de provincias, algo como una especie de fiebre de adelantos, *de trabajo y de progreso!*

Correspondiendo la iniciativa de grandes reformas á los dos Gobiernos que residen en Buenos-Aires, el del general Roca y el del doctor Rocha, tanto el Congreso nacional como la legislatura de la provincia, se hallaban ocupados en la discusion y sancion de los proyectos presentados por uno y otro.

A la vez que ellos realizan promesas contenidas en sus respectivos Mensajes, vienen á satisfacer necesidades y complementar reformas de esas que no se pueden proponer, ni mucho ménos llevar á cabo por una nacion, sino cuando cerrada ya la época triste de trastornos pasados, se halla en pleno período de regeneracion, pudiendo dictar leyes que completan el mecanismo político y administrativo del país.

Es, ni más ni ménos, lo que hoy acontece en la República Argentina.

Para dar á nuestros infinitos lectores de Europa y América, una idea de la magnitud é importancia de los trabajos materiales que se proyectan y están llevando á cabo en aquel fabuloso país, citaremos un hecho entre tantos otros.

El afamado ingeniero Bateman habia presentado los presupuestos de las sumas necesarias para concluir las obras de aguas corrientes que proveen la gran ciudad de Buenos-Aires, y las de saneamiento, ó sean cloacas.

Estos presupuestos se resumen de esta manera:

*Presupuesto de las sumas necesarias para completar las obras en la extension propuesta en el informe adjunto. En este presupuesto han sido suprimidos el gran depósito de servicios y el techado sobre los filtros:*

	Pesos Fuertes.
Torre de Toma.....	1.019.875
Túnel de Toma.....	6.592.703
Torres ventiladoras.....	122.726
Depósitos de asientos números 1, 2 y 3....	2.141.452
Filtros números 1, 2 y 3.....	14.096.384
Túnel de agua pura.....	84.812
Retencion sobre máquinas.....	363.560
Pared de circunvalacion, portones, faroles, etc.....	162.568
Cañeria y colocacion.....	26.477.048
Caño de presion («Staud pipe»).....	1.000.000
<b>TOTAL.....</b>	<b>52.061.038</b>

*Presupuesto de las sumas necesarias para completar las obras en la cuestion propuesta en el informe adjunto.*

## NÚMERO 1. CONDUCTOS Y CLOACAS.

Conductos agua de tormenta 1 á 6, cámaras reguladoras, cloacas, maestra é interceptora.....	787.291
Cloacas colectoras.....	48.702.128
Fierro fundido y batido....	528.587
Obras adicionales.....	9.708.723
	<b>59.726.732</b>

## NÚMERO 2. MÁQUINAS Y CONDUCTO DE DESAGÜE.

3 Máquinas de 270 caballos.....	16.698.150
Tubería. 2 cañones de 38 pulgadas.....	33.011.400
Id. colocacion y obra de defensa en el rio.....	13.480.000
Construcciones para atravesar el Riachuelo y los arroyos.....	1.700.000

Desagüe de seguridad.....	1.168.400	
Varias obras accesorias.....	2.000.000	
Imprevistos 5 por 100.....	3.402.897	
		71.460.847
TOTAL, pesos fuertes.....		131.187.579

Nos parece que estas cifras bastan para hacer comprender, no sólo la importancia de la capital en que se realizan tales obras, sino la riqueza y recursos de un país en que se pueden llevar á cabo.

## VIII

Este mismo movimiento de progreso y adelanto que se nota en la capital, existe hoy en las ciudades del interior de la República y en sus campos.

Allí se prolongan los ferro-carriles ya existentes, y se inicia la construcción de otros.

Las colonias de la rica provincia de *Santa Fé*, están en plena prosperidad, ayudadas por su gobernador Yriondo, uno de esos hombres que tienen *la manía* de los progresos, y al que su provincia natal debe una gran parte de los que la colocan á vanguardia de las demás del interior de la República.

La emigración seguía afluendo en gran número, habiéndose notado en los últimos meses un aumento notable en la cifra de los que van llegando, comparada con la de meses anteriores.

Contribuye á este aumento, no sólo la prosperidad siempre creciente del país—que la Europa conoce sin que nadie pueda ponerla en duda—sino la presencia al frente del departamento de emigración, de un hombre cuya competencia en estas materias es un verdadero elemento para facilitar el aumento de la población en su patria.

Hablamos del Sr. D. Samuel Navarro. Consagrado á ellas hace largos años, tiene sobre la cuestión *ideas prácticas*, de esas que producen resultados, huyendo de las utopías que al Brasil, por ejemplo, le han costado tantos millones, sin haber alcanzado uno solo de esos resultados.

La emigración que vá á la República Argentina, es enteramente *espontánea*.

Cada hombre que de Europa se dirige allí, vá porque quiere, cediendo á inspiraciones propias, no porque ningun *agente* lo halague, lo *enganche*, ó lo seduzca con promesas pomposas, de esas que tienen en los labios los *traficantes de carne humana*, y por esto, de los emigrantes que á la Argentina se dirigen, son muy pocos los que regresan á sus patrios lares, aún después de haber hecho fortuna.

El Congreso había rechazado un proyecto del Poder Ejecutivo, pidiendo autorización para gastar quinientos mil duros en llevar emigrantes.

Opinamos que las Cámaras han hecho perfectamente.

Un país que ha llegado á las condiciones en que se encuentra la República Argentina no necesita hacer esa ni otra clase ninguna de sacrificios para ver aumentar su población.

Hablamos por experiencia, y conociendo á fondo estas cuestiones.

¿Hay allí paz?  
¿Hay garantías?  
¿Hay trabajo?  
¿Hay amplia libertad?  
¿Hay un clima saludable, facilidades para la vida?

¿Son bien acogidos los extranjeros?  
¿El país progresa?

¿Existen en él grandes obras materiales?  
Sí:—puede contestarse honradamente á cada una de estas preguntas; pero diciéndolo y probándolo de manera que todos lo sepan en Europa.

Ese, ese y no otro es el medio que debe emplear la República Argentina para que se siga aumentando la corriente, ya importantísima, de emigrantes que allí se dirigen: *dar á conocer la situación del país* por medio de publicaciones cuya autoridad infunda fé, y no gastando sumas ingentes en pagar pasajes á gentes que entonces, sí, son verdaderos *enganchados*, á quienes explotan los que *generosamente* se les presentan ofreciéndoles el pago de esos pasajes.

## IX

Pasemos al Uruguay. Las noticias dadas por algunos de nuestros colegas anunciando que el ex-dictador Latorre había invadido ya el territorio, procediendo de la frontera del Brasil, carecen de fundamento, y antes por el contrario, los diarios que nos llegan precisamente mientras escribimos, traen noticias de un carácter muy distinto.

Segun ellos, el sombrío caudillejo Latorre, tipo repugnante bajo todos conceptos, convencido de su impotencia para trastornar el orden, había decidido abandonar el país y venirse á Europa á *reparar su salud*!

A esto, ó vivir sin que nadie conozca su existencia, puede venirse cuanto antes, dejando á sus compatriotas tranquilos, á ver si, tomando el ejemplo de sus hermanos los argentinos, constituyen un Gobierno que levante el crédito de la República oriental, tan abatido hoy en Europa.

Las noticias de la otra República, el Paraguay, siguen siendo satisfactorias, hallándose su Gobierno consagrado á un trabajo fecundo y patriótico que tiene por objeto levantar el país de la prostración á que lo condenó la espantosa guerra, de que tantas veces hemos hablado.

Comprendiendo la importancia del hecho, el presidente Caballero ha dispuesto que su país concorra á la Gran Exposición de Buenos-Aires, á cuyo efecto se preparaban los objetos y productos con que ha de presentarse al hermoso torneo.

Dada la riqueza sorprendente de aquel hermoso país, pocos, en verdad, podrán presentar una colección de productos naturales tan variada, llamando así la atención de los extranjeros que á la Exposición concurrán.

En cuanto al Gobierno del general Caballero, merece plácemes y elogios cordiales por sus nobles esfuerzos en ir cicatrizando las heridas de que tanto ha padecido aquel espléndido pedazo de la tierra americana.

## X

Alcanzan al 15 del pasado mes las noticias que nos llegan de Venezuela.

Hermoso espectáculo, á la verdad, el que presentaba el país en aquellos momentos.

El doctor Eduardo Calcaño, director de el *Monitor*, cuya aparición en la prensa de su país ha saludado ya la de España con palabras simpáticas, comprendiendo todo el peligro que corren las nuevas instituciones, planteadas últimamente, si Guzman Blanco abandona el poder, y más que eso, el país, inició una campaña en su ilustrado periódico con dos objetos:

Primero: Combatir la resolución del gran hombre, á quien Venezuela debe su regeneración.

Segundo: Probar que sin su presencia en el mando, puede venir por tierra el edificio levantado, por su propia iniciativa, al amparo de su prestigio y con el concurso de un pueblo, que se lo ha prestado á *él personalmente*.

El eco de la elocuente y brillante palabra de Calcaño, ha llegado á todos los confines de la patria, y sus compatriotas, como tocados á un tiempo por el hilo eléctrico, se han puesto de pié para hacer coro á su propaganda.

Y ¡qué hermoso espectáculo el que, con tal motivo, está ofreciendo Venezuela!

Los legisladores de los Estados, sus Gobiernos, los Ayuntamientos, las asociaciones, todos, todos en una palabra, haciendo suya la propaganda de *El Monitor*, declaran que Guzman Blanco no puede abandonar el país, y su firme voluntad de votar su continuación en el mando.

Es uno de esos movimientos de opinión, que bastan para hacer la gloria del hombre que los hace producir, y que impone á Guzman Blanco deberes de que no le es dado prescindir ya, sin faltar á los compromisos de su patriotismo.

La elección del nuevo Presidente, es en Febrero.

¿Qué hará el famoso caudillo?  
Esperamos que lo que su patria exija de su abnegación.

P. DE NAVARRETE.

## LA HUERTA DEL TIO MARTIN.

(Historia de tres secuestrados.)

Entre tanto, el niño no dejaba de correr para volverse al colmenar con la mayor presura; pero al pasar próximo á una era, junto á la cual había un sembrado de cebada, salieron súbitamente cuatro hombres enmascarados, que allí estaban escondidos, y asiéndole por los brazos, le pusieron un gorro de punto en la cabeza, encasquetándose hasta el cuello, de suerte que á la vez le servía de venda y tapaboca.

Dos de los raptores cogieron al niño en volandas, y con rapidez increíble lo trasladaron al monte del inmediato cortijo, denominado Pata de Mulo, en donde les aguardaba un hombre á caballo.

El ginete se apoderó del niño, y sujetándole el gorro con un pañuelo partió, seguido de los enmascarados, con dirección á Casariche.

¡Cuán ageno se hallaba el pobre niño de que tan súbita y cruel sorpresa viniere á perturbar sus risueñas esperanzas y candidas ilusiones!

¡Así el destino, como sierpe escondida entre flores, aguarda á los mortales, descargándoles sus golpes más fieros é inesperados.

## CAPÍTULO VII.

DE CÓMO EL LLANTO DE UN NIÑO INSPIRA UNA SENTENCIA DE MUERTE.

El anciano, mientras que regresaba su nieto, se ocupó en golpear con los nudillos una por una todas las colmenas para rastrear por el sonido el estado de plenitud en que se hallaban.

Terminada esta inspección, que era indispensable para verificar la escarza que se proponía, el abuelo sentóse á echar un cigarro, esperando por momentos que su nieto llegase.

Pero el tiempo trascurría y el niño no regresaba; de suerte que ya el abuelo resolvió salir en su busca.

Y tomando la borrica del cabestro, encaminóse hácia el cortijo.

Cuando llegó á un altozano, desde donde se descubría la casa del cortijo y todos sus alrededores, comenzó á inquietarse en gran manera, porque no divisó en ninguna parte al niño.

El anciano creyó, al pronto, que su nieto se habría entretenido en sus juegos ó por alguna otra causa semejante; pero cuando no le vió por el camino, sus temores crecieron, recelando alguna desgracia.

Bajo esta dolorosa impresión, el abuelo apresuró el paso,

y á medida que se aproximaba al cortijo y su nieto no parecía, su alma se llenaba de indecible angustia.

Llegó á la casa, vió sobre el poyo la llave de la casilla del colmenero, y de esta circunstancia dedujo que su nieto no había llegado al cortijo.

Entonces se le ocurrió que tal vez se habría ido á otros predios inmediatos, por más que esto le parecía muy extraño, atendido el carácter del niño, que era muy obediente, y además estaba muy deseoso siempre de complacer á su abuelo.

En resolución, diré, que el anciano le buscó por todas partes, y que había llegado la noche sin que el niño pareciese.

Pero otra noche más sombría había caído sobre su corazón. ¿Qué había sido de su nieto? ¿Cómo explicarse aquella desaparición tan repentina? ¿En dónde podría buscarlo y encontrarle? ¿Qué le diría á su hijo, al padre del niño, cuando preguntase por él? Estas y otras semejantes preguntas dirigíase á sí propio, después de haber recorrido todos los sitios, algunos de ellos muy distantes, en donde él calculaba que pudiera encontrar al infortunado niño.

Al fin de sus escursiones, verificadas con una tenacidad y rapidez muy superiores á sus años, vino á sentarse en el poyo que estaba junto á la puerta, más triste y más desolado que una madre junto al lecho mortuorio de su hijo.

Así permaneció largo rato, inmóvil y sin dar más señales de vida que los profundos sollozos que, de vez en cuando, se exhalaban de su angustiado y oprimido pecho.

Luego, considerando, sin duda, que no le sería posible reposar ni volver al pueblo de Puente-Genil, punto de su residencia, sin haber antes averiguado el paradero de su nieto, levantóse de pronto y comenzó á vagar por los campos sin dirección fija, con los ojos extraviados, con ademán descompuesto, y gritando sin cesar en medio de las tinieblas de la noche.

—¡Antonio!... ¡Antonio!...

Pero sólo el eco le devolvía sus gritos, como un lamento lejano y lúgubre.

Así anduvo toda la noche, recorriendo los caseríos del contorno, y preguntando á todas las personas que encontraba:

—¿Ha visto usted á mi nieto?

Nadie, sin embargo, supo darle razón del niño, hasta que ya, cerca del amanecer, loco de dolor, rendido de cansancio y jadeante, encaminóse lenta y tristemente hácia su pueblo, más bien por impulso instintivo, que por un acto de reflexión propia.

Entre tanto, el desventurado nieto había seguido el poder del jinete, en cuyas manos lo pusieron, llevándole en la dirección indicada de Casariche, hasta que después de vadear un río, que todos los secuestradores pasaron en diferentes veces sobre la misma cabalgadura, llegaron, por último, ya bien entrada la noche, á la famosa huerta del Tío Martin.

El marrullero viejo estaba sentado á la lumbre, en compañía de su esposa, cuando llegaron sus huéspedes, que le entregaron al rapaz, el cual apenas podía sostenerse de terror y de frío.

—¡Al fin cayó Juan Cigarrón en la percha! exclamó el Tío Martin, cogiendo en brazos al niño.

—Sí, señor, hoy ha caído, por casualidad, más pronto de lo que teníamos calculado, dijo uno de los secuestradores.

—No creía yo que vendría tan temprano.

Teníamos dispuesto recoger al chiquillo por la noche; pero la suerte nos ha proporcionado que lo pescásemos á media tarde.

—Ea, pues, llevad ese caballo á la cuadra y entráos aquí á la lumbre, que la noche se ha vuelto fresca de verdad.

Los bandidos siguieron el consejo, y el Tío Martin condujo al niño junto al hogar, donde se lo entregó á otro bandido para que lo acallase en sus brazos, pues que no cesaba de llorar con grandísimo desconsuelo.

Cuando ya se hubieron sentado los cinco secuestradores en torno de la lumbre, la mujer del Tío Martin les echó una ronda de vino, y después se pusieron á conversar en su jerga; pero el niño, bien que algunas veces gemía y sollozaba también de vez en cuando soltaba el trapo á llorar, de suerte que los recién llegados no podían entenderse con aquellos estrepitosos alaridos.

—¡Calla, demonio! exclamó enojado el Tío Martin.

El niño se asustó de aquel vozarrón, y por algunos instantes limitóse á gimotear.

—¿Y habeis traído esa música por el camino? preguntó la tía María.

—A ratos callaba; pero otras veces ha berraqueado de lo lindo.

—Conmigo podía haber hecho eso.

—No crea usted, sino que se ha ganado muy buenas sopapinas: pero callaba por un rato, y otra vez volvía á bramar como un becerro.

—Pues aquí lo ha de pasar muy mal como llore, terció la vieja María, guiándole el ojo á su marido y á los secuestradores, porque han de saber ustedes que por estos contornos anda un loco, que en cuanto oye llorar á un niño, acude furioso, se lo lleva, lo asa y se lo come.

El niño, que tal oyó, comenzó á llorar más fuerte que nunca, llamando á voces á su madre, á su padre y á su abuelo.

Entonces el Tío Martin se levantó, y saliendo á la puerta de la casa, comenzó á dar gritos fingiendo la voz, y aparentando ser el anunciado loco.

La vieja María y los bandidos afectaron aterrarse con la súbita presencia del demente, manifestando su pena por el peligro que el niño corría.

Pero todo era inútil, porque el rapaz no pudiendo comprender toda la extensión de su desgracia, y obedeciendo al natural instinto de la infancia, lloraba con tanta mayor fuerza, cuanto mayor ruido de gente oía, esperando el infeliz en su inocente candidez, que al fin y al cabo alguien acudiría en su auxilio y socorro.

Por otra parte, el pobre cautivo se hallaba en un estado tal de atolondramiento y excitación nerviosa, que lloraba convulsivamente y sin conciencia de los riesgos que le amenazaban.

En tal situación y en vista de la tenacidad invencible

del niño, que no cesaba en su llanto, concibieron los bandidos el horrible proyecto de sacrificar bárbaramente al inocente niño, teniendo en cuenta que su vida no les hacía falta para exigir á sus padres el apetecido rescate, supuesto que el cautivo ni sabía escribir, ni por consiguiente era posible que la familia tuviese otro testimonio de la existencia del niño, que el dicho afirmativo de sus verdugos.

Cansados y furiosos por aquel sempiterno llanto, levantáronse y salieron á la puerta, donde se hallaba el Tio Martín, por extremo amostazado, á consecuencia de los compromisos que podía traerle el alboroto que la estancia de aquel niño producía.

—¡Vaya unos huéspedes que me traeis! exclamó el viejo con iracundo acento.

—Tiene usted razón, respondió uno de los bandidos; pero ya estamos todos conformes en degollarlo para evitarle todo compromiso.

—Quizá sea eso lo mejor, repuso el Tio Martín, porque para sacar lo que se pueda, no es menester que nos atolondre y nos comprometa ese renacuajo.

El lector comprenderá fácilmente la inquietud y enojo del Tio Martín, si recuerda que no muy distante de su morada tenia sepultado al infeliz don Agapito, por cuenta de otra banda de malhechores, y por lo tanto, le convenia mucho, no sólo que los secuestrados en su finca no se apercibiesen de que había otros, sino también el que las diversas partidas de secuestradores no supiesen sus respectivas fechas, para prevenir que envidias, rencores y venganzas, tan frecuentes en los criminales, produjesen peligrosas delaciones, cuya víctima sería él en último caso.

—Pues si no calla, dijeron los bandidos, lo mejor es que el loco lo mate.

—Me parece bien, y así nos quitaremos de ruidos. ¿Teneis ahí una *facá* bien afilada?

—Tóme usted la mía, que atraviesa un duro, dijo uno de los bandidos.

—Venga, y ya vereis qué pronto se acaba ese llanto.

En seguida el Tio Martín dispuso que los secuestradores volviesen al hogar, anunciándoles que él entraría de repente, fingiéndose el loco, agarrando bruscamente al niño y llevándosele á una de las cuevas, en donde á la par le daría muerte y sepultura.

### CAPÍTULO III

#### DE CÓMO POR EL ABUELO SUPO LA FAMILIA LA DESAPARICION DEL NIETO.

Apénas el sol había extendido sus luminosos rayos sobre la tierra, cuando el afligido abuelo llegó á Puente-Genil y penetrando en casa de su hijo, halló á éste, á su esposa y á sus otros cinco nietos, ya levantados, todos alegres y risueños y respirando en sus radiantes y sonrosados rostros la dicha tranquila y bendita del hogar doméstico.

No dejaron los esposos de sorprenderse de la inesperada venida del anciano; pero al fin atribuyeron su llegada á cualquiera otro accidente, menos al trágico suceso que la motivaba.

La joven Concepcion Merino, que así se llama la madre del niño secuestrado, invitó con grato semblante al anciano para que tomase asiento, presentándole al menor de sus seis hijos, que á la sazón contaba un año y dormía sobre su seno.

El anciano sentóse en una silla, aplicó sus labios al rostro angelical del niño que dormía en el regazo de su madre, y sucesivamente fué besando y acariciando á los otros cuatro niños, el mayor de los cuales contaba siete años y el menor dos.

Aquella encantadora parvada de inocentes criaturas, que adoraban á su abuelo, comenzó á gritar, saltar, reír y gatear por las piernas del anciano, que contemplaba á sus nietos con una expresión á la vez de infinita complacencia y de inexplicable tristura.

—¿Me ha traído usted los panales? gritaron á la vez los niños.

—No, hijos míos, respondió tristemente el abuelo.

—¿Y por qué?

—Porque... no ha podido ser hoy.

—¿Los traerá usted mañana? preguntó el mayor.

—Veremos.

—¿Y ha comido muchos Antoñito?

—No; respondió el abuelo, comprimiendo un doloroso suspiro.

—Y cómo están las colmenas, padre? preguntó el esposo que se llama Francisco Fernandez.

—Demasiado bien para los frios que han hecho.

—¿Hizo usted ayer la escarza?

—No, hijo.

—Parece que tiene usted sueño, dijo la esposa.

—Sí, porque no he dormido nada en toda la noche.

—Está usted muy pálido. ¿Quiere usted tomar algo?

—No, Concha.

—¿Qué le ha sucedido á usted? preguntó el hijo clavando una mirada escrutadora en su padre.

—Si te he de decir la verdad, hijo mio, ni puedo siquiera contarte lo que me ha pasado.

El abuelo pronunció aquellas palabras con una entonación lenta y angustiosa y con un acento indefinible de amargura, más semeiante á un gemido, que á una serie de voces articuladas; pues más bien parecía una especie de llanto hablado.

Los esposos cambiaron entre sí una mirada de inquietud y asombro.

Durante algunos minutos reinó en la estancia un silencio sepulcral.

Diriase que el marido y su esposa se detenían en hablar, temerosos de saber alguna desventura. El anciano permanecía sentado, inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho y con una expresión indeciblemente dolorida.

Aquella vivienda, algunos momentos antes tan animada, tan risueña y tan jubilosa, parecía ahora una sala de duelo; pues hasta los pobres niños, despues de la primera salutación á su abuelo, habían comprendido con su maravilloso instinto, que alguna profunda pena le aquejaba.

Al fin, Concepcion Merino, pálida y con voz trémula, se atrevió á preguntar:

—¿Y Antoñito?

—¿Por qué no ha venido con usted? añadió Francisco.

El padre al oír aquella doble pregunta, el desolado abuelo miró alternativamente con ojos vidriosos al marido y á la mujer; llevóse ambas manos con ademán convulsivo al corazón, como si en él se hubieran clavado dos saetas, agitó repetidamente sus labios, como queriendo hacer un esfuerzo para hablar, lanzó un prolongado gemido, y agitándose violentamente en la silla, perdió el equilibrio y cayó desplomado al suelo.

—¡Mi padre se muere! exclamó con ronco y triste acento el hijo.

—¡Dios mio! ¿Qué habrá sucedido? exclamó la esposa.

Ambos acudieron inmediatamente en socorro del anciano, que yacía en tierra, completamente desmayado.

El hijo y su esposa le colocaron en un lecho, prodigándole algunos auxilios para ver si conseguían que tornase en su acuerdo.

El abuelo, sin embargo, continuaba sin sentido, si bien, habiéndole pulsado su hijo, éste reconoció que aún vivía.

Esta circunstancia retrajo al Francisco Fernandez de su primitivo intento, que había sido el de ir á buscar inmediatamente al médico, juzgando que acaso sería preferible pasarse sin su auxilio, teniendo en cuenta que tal vez vendría que nadie absolutamente se enterase del misterioso suceso, que sin duda había motivado aquel extraño é inesperado accidente.

Así, pues, se limitaron á aplicarle al enfermo los remedios caseros que se acostumbran en tales casos, lamentando sobremanera que aquel impensado parasismo le impidiese proseguir y acabar la interesante averiguación, que tanto les afectaba, respecto á lo que le había ocurrido al acogojado abuelo.

—¡Ay, Francisco de mi alma! exclamó Concepcion, retorciendo sus manos con ademán dolorido. ¡Dios quiera que tu padre vuelva pronto en sí!

—¡Dios lo quiera! murmuró el esposo con reconcentrado y triste acento.

—No sólo me affige esta desgracia, por el estado de nuestro padre, sino también porque ahora no podemos saber á qué atenernos respecto á la suerte de nuestro hijo.

El esposo fijó sus ojos espantados en su mujer, y le respondió con esta pregunta:

—¿Por qué dices eso?

—Porque tu padre se acogojó mucho y perdió el sentido, precisamente cuando le pregunté por Antoñito. ¿No lo observaste?

—Sí, mujer; pero creí que yo sólo había hecho esa observación.

—Pues te engañaste, Francisco, porque aquel estremecimiento no podía escaparse tampoco á la perspicacia de una madre.

El marido inclinó la cabeza sobre el pecho y permaneció algunos minutos abismado en profundo silencio con aire sombrío y ceñudo.

—¡Y quedarnos ahora en tan cruel incertidumbre! repetía sin cesar la triste madre. ¡Hijo de mis entrañas!... El corazón me dice que alguna horrosa desgracia te ha sucedido. ¿Por qué tu abuelo ha venido solo?

—¡Calla, por caridad, y no me despedaces el corazón!

—¡Hijo mio! ¡Hijo mio!

—No te aflijas así, mujer. ¿Qué sabemos si Antonio se habrá quedado en el cortijo?

—Si padre no recobra pronto el sentido, es preciso mandar en busca del niño.

En esto el anciano exhaló un profundo suspiro y abrió los ojos, diciendo:

—Estoy muy débil.

—¿Quiere usted comer algo? preguntaron á la vez los esposos.

—¡Un sorbo de vino! murmuró el anciano.

Concepcion salió de la estancia y volvió en seguida con un vaso de vino, que aplicó á los labios del abuelo.

Pocos momentos despues, el enfermo pareció animarse.

El hecho es que el afligido abuelo, despues de la desaparición de su nieto, no había tomado alimento alguno, y esta circunstancia, unida á su avanzada edad, á su dolorosa emoción, al calenturiento insomnio en que había permanecido toda la noche y á la fatiga de tanto andar en busca del niño, habían sido causa de aquel súbito desfallecimiento.

Cuando ya el anciano se hubo recobrado, inmediatamente los esposos le rogaron que con toda franqueza les refiriese lo que había sucedido y la causa de que Antoñito no le acompañase.

Entónces el abuelo, llorando amargamente, contó á sus desconsolados hijos la súbita y para él inexplicable desaparición de su querido nieto.

Los afligidos padres prorumpieron á su vez en amarguísimo llanto; pues que á la inmensidad de su acerbo dolor, se añadía también el insoportable tormento de aquella cruel incertidumbre, que les impedía llorar á su hijo por muerto, más que tampoco les consentía creer que aún estaba vivo.

En la tenebrosa noche de su dolor, únicamente podían saber con certeza los infelices padres que su hijo había desaparecido; pero ignorando cómo, ni por qué, ni en dónde pudieran encontrarlo.

### CAPÍTULO IX.

#### LA CONTESTACION QUE TRAJÓ MELERO.

Volviendo ahora á José Melero que, como se ha visto, salió de La Alameda, siguiendo la ruta marcada por los secuestradores de don Agapito Delgado, debo decir, que llegó al pueblo de La Roda, y desde allí se dirigió á la villa de Sierra de Yeguas, continuando su camino hasta el pueblo de Martín de la Jara, en donde había de pernoctar aquella noche.

Segun las instrucciones que llevaba, fué á parar á una posada, en la cual se le presentaron dos hombres, vestidos de pastores, uno de los cuales se le acercó y le dijo:

—Amigo, ¿es usted del Saucejo?

—No señor; pero allá voy, respondió Melero.

Entónces el que le había dirigido la pregunta, se incorporó á su compañero, saliéndose ambos á la puerta de la posada, en donde aguardaron á Melero, que muy en breve fué á reunirse con ellos, habiendo comprendido por las palabras que habían cambiado, que los fingidos pastores eran las personas á quienes debía entregar la consabida carta.

Cuando los tres se hallaron en la calle, uno de los pastores dijo:

—Déme usted la carta.

—Aquí están, respondió Melero; entregando la carta que habían enviado los bandidos y la otra en que contestaban.

El pastor las tomó con avidez, guardándolas inmediatamente y preguntando:

—¿Y lo demás?

—Yo no traigo más que esas cartas.

—Pero ¿no trae usted dinero? preguntó en voz baja y con airado acento el segundo pastor, que hasta entónces había permanecido silencioso.

—No, señor, no me han dado más que esas cartas.

Los pastores cambiaron entre sí una furibunda mirada manifestando el más terrible enojo contra el infeliz Melero.

—¿Se quiere usted burlar de nosotros? preguntaron á la vez los dos bandidos.

—Yo no quiero más que cumplir bien el encargo, que me ha hecho mi tía.

—Pero... usted ¿no es Francisco Delgado?

—No, señor; yo me llamo José Melero.

Tal respuesta produjo en los supuestos pastores una impresión inexplicable de cólera y recelo; pues en seguida abandonando el aire confiado que hasta entónces habían tenido, asieron cada uno de un brazo al infeliz mensajero y sacando sus enormes *facas*, exclamaron:

—¡Traidor! ¡Espía! ¿Cómo te has metido en este negocio sin llevar vela en este entierro?

—Yo les diré á ustedes...

—Aquí vés á morir esta noche como un perro, tunante, por haberte metido á venir donde no te llaman.

—Yo he venido porque...

—Tú no has debido venir, no siendo Francisco Delgado, le interrumpieron á la vez los bandidos.

Todo este atemorador diálogo se verificaba en medio de la calle, en voz muy baja y teniendo los pastores oprimido los brazos á Melero con sus garras, como si fuesen unas tenazas, y amenazándole coserlo á puñaladas.

El buen Melero lleno de pavor, creyó que había llegado su hora; y bajo esta impresión, hizo un esfuerzo para desenganar á los bandidos, diciendo:

—Caballeros, si no me dejan ustedes hablar, no podrán ustedes saber lo que ha pasado.

—Tú eres un bribon, que nos tienes algun lazo, replicaron los bandidos, mirando en torno suyo con aire inquieto y receloso.

—No teman ustedes nada de mí; pues en cuanto lean la carta, se convencerán de que yo no los engaño.

—Pues bien, dí la verdad. ¿Has venido solo?

—Claro está, y con una bota quitada en la mano, en un mulo negro con una encerrilla, y por el mismo camino que me ha dicho mi primo Francisco...

—¿Y por qué no ha venido él en persona, segun se le mandaba?

—Porque el pobre está muy malito, de resultas de la pena que le ha causado la desgracia de su padre.

Los pastores parecieron aplacarse, en algun modo, al oír estas explicaciones.

Sin embargo, conociase que todavía les inspiraba desconfianza la sustitución de Melero, en lugar de Francisco Delgado.

—¿Eres tú sobrino de don Agapito? preguntó uno de los pastores.

—Sí, señor; porque estoy casado con una sobrina suya, y además yo quiero mucho á mi tío, y toda la familia me trata con la misma confianza y cariño, como si fuera de su propia sangre.

—Mira bien lo que dices, porque como nos engañes, pagarás con la cabeza tus mentiras, y á tu tío le sucederá otro tanto, por tu culpa.

—Yo les juro á ustedes, que digo verdad y si no, lean esa carta y se convencerán de ello.

—Así se hará; pero ¡ay de tí, si te cogemos en un renuncio!

—Estoy tranquilo, porque he dicho la verdad.

—Está bien, dijeron los pastores, soltando á Melero y previniéndole que inmediatamente se volviese á la posada.

Ya se disponía el mensajero á cumplir esta orden, cuando uno de los pastores le detuvo diciéndole:

—Cuidadito con hablar con nadie.

—Descuide usted.

—Estáte despierto en la posada.

—Lo haré así.

—Si oyes toser fuerte á la puerta acude en seguida.

El mensajero se retiró á la posada y prometió estar alerta, mientras que los pastores se alejaron, dirigiéndose á una casa en donde sus compañeros, que hasta entónces habían estado á su vista, debían reunirse para leer la carta de doña María Gallardo, y dar la oportuna respuesta.

Entre tanto, el buen Melero, bien que muy cansado y soñoliento, permaneció en vela, esperando la seña convenida.

Las horas pasaban, la seña no se oía y el sueño le aquejaba cada vez con mayor insistencia al fiel Melero; mas las terribles amenazas de los bandidos, le sostuvieron asaz listo y despabilado.

Al fin, á eso de la media noche, oyó toser con intencionada perseverancia en la puerta de la posada, y acudió en seguida á la seña.

Los fingidos pastores le invitaron á salir á la calle y allí le entregaron la contestación á la carta, diciéndole:

—A dormir, y por la mañana arreas para La Alameda, y cuidadito con el piquito.

—Todo lo haré, como ustedes me lo mandan y ya conocerán que yo soy un hombre de bien y muy leal para cumplir los encargos que se me hacen.

—Sí, hombre, ya lo hemos conocido por lo que dice la carta de tu tía.

—¿No se lo decía yo á ustedes?

—Tenías razón, y tan convencidos estamos de que eres hombre de fiar, que se le dice á tu tía, que otra vez, á nadie mande más que á tí.

—Muchas gracias, caballeros; mas solamente les ruego á ustedes que miren mucho por mi querido tío, porque el pobre está enfermo y es menester cuidarlo.

—Asegúrale á doña María, que así lo harémos, con tal que ella cumpla también al pié de la letra lo que se le dice en esa carta, que te hemos entregado.

—Pues descuiden ustedes, que yo diré y haré todo cuanto pueda para que se acabe pronto y bien este negocio.

—Pues entonces, cuenta aquí con dos buenos amigos.

Y ambos pastores le tendieron afectuosamente la mano, y en seguida se alejaron.

Por su parte, Melero siguió exactamente el consejo de los fingidos pastores, es decir, que se acostó al instante, después de cuidar su macho y dejar todo dispuesto para emprender el regreso á su pueblo al día siguiente.

Melero caminó con gran presura y llegó á la Alameda al medio día, presentándose sin dilación en casa de don Agapito, cuya desconsolada familia se hallaba en la dolorosa inquietud, que fácilmente se concibe.

Melero refirió á doña María Gallardo y á todos sus hijos todo cuanto le había acaecido, entregándole la contestación á la carta que él había llevado, y cuyo contenido era el que sigue:

«Señora doña María Gallardo.

»Muy señora mía y de toda mi atención: Con esta fecha ha sido en nuestro poder su deseada carta, la cual nos ha conmovido sobremanera, y respecto á lo que usted nos dice del arreglo, que la miremos con consideración, hemos tenido consultas, y salió de audiencia que nos remita usted la suma de treinta mil reales, pues somos muchos y hay muchos que comen; que no tengamos que estar todos los días en el camino, porque no conviene.

El día 30 sin falta lo estamos aguardando, y si no trae el dinero exigido, que no salga de su casa para nada, porque ahora ha hablado un rato con unos amigos nuestros; pero á la otra vez, en cuanto diga que no trae el dinero, no se habla ni una palabra, sino que al instante nos vamos sin hablar nada. El día 30 sin falta, saldrá de esa á la misma hora y con las mismas señas, y que se lleve también esta carta, y que lo lleve el mismo José Melero, porque no conviene enterar muchas personas. Con que así, conservarse buenos todos, que su esposo también lo está.

Los dos días primeros sintió el estar ausente; pero ya se rie, come y bebe y está tranquilo, tanto, que desde el primer día nos está diciendo, que en cuanto lo dejemos ir, que se viene con nosotros; en fin, está tranquilo y bien mirado, y sino cuando vaya, lo dirá. La pregunta que se le hará á Melero el día 30 será decirle: que si trae el encargo. Y si trae que no, ya no se le hablará ni una palabra. Y si trae el dinero, aquella noche, á eso de las dos de la mañana, tendrá usted á su esposo en su casa. Con Dios, hasta el 30.

»Sus verdaderos amigos son seis contrabandistas perdidos y cargados de familia.»

Fácilmente puede el lector figurarse la desoladora impresión, que semejante carta produciría en el seno de la triste y angustiada familia del secuestrado.

La enorme rebaja del rescate desde ocho mil duros á treinta mil reales, no era un gran motivo de consuelo para doña María y sus hijos, supuesto que tan imposible les era reunir la una cantidad como la otra.

—¿Qué situación! exclamó el hijo mayor de don Francisco Agapito Delgado. ¡Ellos pensarán que han hecho una gran rebaja!

—Y la han hecho en efecto, hijo mío, porque al fin y al cabo, no son lo mismo treinta mil reales que ocho mil duros, respondió la madre.

—Pero lo que quiere decir Frasquito es, que aún cuando la rebaja sea grande, para nosotros es igual, porque no tenemos recursos para satisfacer en el acto ninguna de esas cantidades, dijo Victorino Zambrano, que así se llama el marido de Dolores Delgado, la hija segunda de don Agapito.

—Pues no hay más remedio, hijos míos, contestó doña María, que buscar la cantidad que piden por todos los medios que estén á nuestro alcance, aún cuando sea necesario vender todo lo que tengamos.

—Lo que es menester, replicó el yerno, es que haya quien compre.

—En vendiendo barato, nunca falta quien compre, dijeron á la vez Frasquito y sus hermanos.

—De cualquier manera, es necesario salvar á nuestro padre, repuso doña María con tal resolución, que puso término á todas las discusiones.

En seguida, la familia ya no se ocupó más que de los medios más eficaces y prácticos para reunir cuanto antes, es decir, para el día 30, la suma exigida por los secuestradores.

## CAPITULO X

### UNA FECHA Y UN GRITO.

Cuando los bandidos llegaron con el niño Antonio á la huerta del Tío Martín, acababa éste de hacer su acostumbrada visita á don Agapito, que, lleno de inquietud y sufrimientos físicos y morales, permanecía en el subterráneo, mal alimentado, sin aire respirable, y aguardando con cristiana resignación el trágico desenlace que desde luego había previsto, á consecuencia de la imposibilidad en que su familia se hallaba de reunir la enorme suma, exigida por los bandidos.

Durante aquellos días, que para él formaban una eterna y sola noche, sus pensamientos eran tan sombríos, como el tenebroso lugar en que se hallaba.

Existe una porción de incalculables y no bien apreciados beneficios, que la naturaleza benéfica dispensa á todos los seres humanos, aún los más pobres y desvalidos, y cuyas ventajas, delicias y encantos, no se estiman en todo su valor, hasta que no se pierden.

La luz resplandeciente del sol, el aire salutar y perfu-

mado de las campiñas, y la libertad de moverse en todas direcciones, todos éstos y otros semejantes beneficios de la naturaleza, que por lo frecuentes y hallarse al alcance de todos en las condiciones ordinarias de la vida, no se aprecian debidamente, son otros tantos poderosos motivos de cruel tortura para el que se encuentra privado de ellos.

Así le sucedía al infeliz don Agapito, que ahora soñaba constantemente en medio de aquel fétido, húmedo y tenebroso antro, con luminosos horizontes, extendidos campos, fecundos ríos, perfumado ambiente, floridas praderas y verdes y frondosos bosques.

La imaginación, risueña como el ángel custodio de la vida, acude siempre en tales ocasiones á embellecer la realidad ingrata, pero este mismo embellecimiento es causa también insostenible martirio para los desgraciados.

La comparación puede ser bella y consoladora; pero también ella misma encierra y contiene la medida de la inmensa distancia, que separa la situación presente de la situación deseada.

El triste secuestrado no tenía más cronómetro que los amargos pensamientos que se sucedían en su mente, y en el órden exterior, el ruido de los trenes y la periódica presencia del Tío Martín, que todas las noches le llevaba sus escasas provisiones.

Durante el día, don Agapito se hallaba siempre á solas con sus dolorosas reflexiones, sin temor de que nadie le interrumpiese.

Pero es tal y tan profundo el instinto social del hombre, que hasta deseaba con vehemencia la ordinaria visita del malvado viejo, que algunas veces se entretenía con él un buen rato, fumando un cigarro y hablándole de que pronto se vería libre.

Otras veces el Tío Martín se presentaba displicente y hablándole con aspereza; pero aún así y todo, sentía que se ausentase más pronto que de ordinario, supuesto que después de aquella única visita, otra vez volvía á quedarse sumergido en su espantosa soledad, que fermentaba de un modo maravilloso la calenturienta actividad de su alma dolorida.

Aquella noche, es decir, la del 25 de Marzo, poco antes de que llevasen á la huerta al niño Antonio, había estado ya el Tío Martín en la cueva, llevándole su provision acostumbrada, y dejándolo después más triste y pensativo que nunca.

En efecto, el infeliz cautivo no podía apartar de su memoria que aquel día era el designado por los bandidos, para que su familia mandase á su hijo mayor con el dinero de su rescate, circunstancia de la cual también le había hablado el Tío Martín en su corta visita.

¿Cuál habría sido la contestación de su familia? Hé aquí la pregunta culminante que sin cesar se dirigía el secuestrado á sí mismo. Este era el punto central de todas sus ideas, de todas sus conjeturas y de todas sus reflexiones.

Confaba, sin duda, en el infinito cariño de su esposa y de sus hijos; pero si bajo este aspecto se consideraba feliz y dichoso, reconociendo que no hay precio en el mundo que pueda pagar el afecto que inspiramos, también experimentaba un desconsuelo inexplicable, al pensar que las más íntimas y santas afecciones que radican en el alma pueden sin embargo, ser completamente ineficaces para reunir una suma determinada, por más que esta suma sea el precio de la vida del sér más respetado y más querido.

Bajo el dominio de esta desconsoladora serie de pensamientos, el triste don Agapito experimentaba una pena indecible, no ya por sí mismo, sino por la congoja y aflicción en que se hallaría su honrada y querida familia, al querer con todas las fuerzas de su voluntad librarlo, y verse, no obstante, en la completa impotencia de conseguirlo, sólo por falta de medios pecuniarios. Este cruel pensamiento, como una serpiente escondida en la intimidad de su sér, le roía el corazón y los sesos.

No es posible describir la calenturienta excitación en que se hallaba don Agapito, víctima de sus acerbadas reflexiones, de su desolador aislamiento, de su ansiedad fatigosa y de su insufrible incertidumbre.

Su cabeza hervía en febril actividad, la sangre se agolpaba á sus sienes con la fuerza de dos martillos y el aire infecto y escaso de aquella caverna era insuficiente para meteorizar sus pulmones.

En tal estado, el infeliz cautivo, por un instinto superior á su voluntad, sin tener conciencia de lo que hacía, y por una especie de impulso mecánico de la vida, arrancóse violentamente el pañuelo que le vendaba los ojos, y se sacó también la yescua que le tapaba los oídos.

Esta sencilla operación, por más que no aliviase sus penas morales, produjo en el secuestrado un bienestar físico indecible.

Entonces reflexionó que los días anteriores podía haber hecho otro tanto, antes y después de la visita del Tío Martín, y resolviendo en su interior hacerlo así en adelante, experimentó un vivísimo deseo de respirar el aire libre de la noche.

Así, pues, considerando que ya no volvería el tío Martín hasta la noche siguiente, decidióse á arrastrarse por la zanja hasta llegar al boquete que, como ya sabe el lector, sólo estaba tapado con ramaje.

Cuando logró colocarse debajo de la abertura, sintió una emoción tan grata como vivificante, y se admiró de que hasta entonces no se le hubiese ocurrido aquel medio tan sencillo de reparar sus fuerzas, atribuyendo esta falta de iniciativa, únicamente al profundo estado de postración, en que se hallaba los días anteriores.

Entonces experimentó un vivo deseo de reconocer el sitio en que se hallaba, supuesto que había sido llevado allí con la cabeza cubierta, y recordando la facilidad con que entraba y salía el Tío Martín, comenzó á tentar el terroso muro, y muy luego encontró á un lado y otro de los ángulos ó rincones unas pequeñas cavidades, que venían á formar como otros tantos escalones, por donde su guardian bajaba y subía, apoyándose alternativamente con piés y manos.

Si el cautivo lograba asomar la cabeza por la abertura, le sería muy fácil permanecer allí algún tiempo, respirar á sus anchas y reconocer el terreno.

La empresa le hubiera sido facilísima, sin la traba de hierro que le impedía apoyar cada pié en un lado, mas no

por esta dificultad, desistió de su empeño, porque, sosteniéndose con las manos, imprimió á su cuerpo un movimiento de oscilación, que le permitía encontrar un punto de apoyo á sus piés, sucesivamente en cada lado.

Así, pues, con la increíble tenacidad propia de tales situaciones, consiguió al fin, no sin repetidos esfuerzos, encaramarse hasta la boca de la cueva, y sacando los brazos, se apoyó sobre los codos á flor de tierra, después de haber apartado un poco el ramaje; aspiró con delicia el libre ambiente, y es seguro que hubiera intentado escaparse, si la traba de hierro que le sujetaba las piernas, así como también el ruido de gentes que se oía muy próximo, no se le hubieran impedido.

El atemorizado y prudente don Agapito comprendió, que le sería muy difícil salir airoso de su tentativa de evasión, por hallarse imposibilitado de caminar, y por lo tanto, limitóse á reconocer en torno suyo aquel terreno.

En seguida descubrió la inmediata casa de la huerta, en donde oyó hablar á los bandidos con el Tío Martín y su mujer, además del llanto descomunal de un niño; pero el secuestrado, muy lejos de sospechar los atroces proyectos de aquella jente, se imaginó que tal vez aquellos hombres pudieran prestarle auxilio, y en este concepto casi estuvo á punto de dar gritos, pidiendo socorro.

Pero muy pronto se convenció de que hubiera cometido una imprudencia indisculpable, al verificarlo así, cuando llegó á su oído el espantoso diálogo, que en la parte afuera de la casa sostenían los secuestradores del niño con el malvado viejo, que se manifestó dispuesto á degollar á la infeliz criatura con la faca, que le había dado uno de los criminales.

Don Agapito estremeciéndose de horror al sorprender aquel bárbaro propósito, reconociendo también entonces que aquel inocente niño había sido conducido allí como él, es decir, secuestrado.

Los generosos instintos de don Agapito adquirieron entonces tal fuerza y brío, en vista del inminente riesgo que corría el malaventurado niño, que tuvo impulsos violentos para saltar fuera y acudir en su defensa.

En ésto, sonaron las desaforadas voces que por segunda vez daba el Tío Martín, fingiéndose loco y entrando en la casa para coger al niño, que súbitamente guardó silencio, aterrado por lo que le sucedía.

Un momento después, el Tío Martín salió de la casa con el niño, asido debajo del brazo izquierdo y con la enorme faca en la mano derecha, encaminándose rápidamente á la caverna, en donde había de ser ocultado y degollado.

La súbita é inesperada aparición del feroz viejo y su aproximación á la boca de la cueva, produjo tan extraordinario efecto en el infeliz don Agapito, que no fué dueño de contenerse y gritar:

—¡Qué horror!

Y cayó desmayado como una masa inerte.

El Tío Martín pasó en efecto, junto á la zanja en que se hallaba don Agapito, para dirigirse á la otra, en que intentaba sacrificar al niño, y por lo tanto, no pudo menos de apercibirse de la comprimida y ronca exclamación del cautivo, así como del sordo golpe de su caída.

Es verdaderamente inexplicable la singular y aterradora emoción que aquel incidente produjo en el ánimo del Tío Martín, el cual por extremo alarmado, renunció en aquel instante á su bárbaro intento de degollar al inocente niño, apresurándose á dejarlo en la caverna destinada á su cruenta muerte, para dirigirse cuanto antes á la covacha de don Agapito, tan luego como despidiese á los secuestradores que le aguardaban.

Su emoción subió de punto, cuando al regresar observó que el ramaje no estaba como él lo había dejado, y entonces vaciló entre acudir á la casa ó bajar á la cueva; pero seguro de que don Agapito no podía huir con la traba de hierro decidióse á volver á incorporarse con los bandidos y despedirlos sin dilación alguna.

Cuando el viejo Martín entró de nuevo en la casa, todas las miradas se fijaron en él, creyendo los circunstantes que ya habría dado muerte al niño, suponiendo tanto más natural, cuanto que el rostro del viejo manifestaba la turbación más espantosa.

—¿Se acabó ya ese negocio? preguntó el jefe de la banda con la mayor indiferencia.

—No, porque el chico está desmayado y no creo que vuelva á llorar más en todos los días de su vida, respondió el Tío Martín.

—De seguro que no llorará, respondió el jefe sonriéndose y creyendo que el viejo le había dado muerte, por más que no lo confesara.

Esta creencia, sin embargo, hubo de disiparse muy pronto, cuando el Tío Martín le entregó la faca al bandido que antes se la había dado, el cual observó inmediatamente que no había servido.

En seguida, el Tío Martín apresuróse á decir:

—Me ha dado lástima de acabar con él, cuando no lloraba; pero en fin, si vuelve á las andadas, allá verémos lo que se hace. Lo que ahora importa, es que no tardeis en arreglar este negocio con su familia.

—Tiene usted razón, y así lo haremos.

—Por mi parte, os encargo que antes de dar un golpe, veáis cómo y con quién lo haceis, pues por el pelaje del chico, se me figura que os habeis metido en un negocio que puede comprometer mucho y producir poco.

Y así diciendo, el Tío Martín manifestó á los bandidos que convenía que cuanto antes se alejasen de allí, para evitar sospechas.

Pocos momentos después, los cinco secuestradores partieron de la huerta, llevándose la caballería en que condujeron al niño.

Excusado parece decir que tanta presura, por parte del malvado viejo, estaba inspirada por su veheméntísimo deseo de hacer aquella noche una segunda visita al malaventurado esposo de doña María Gallardo.

JULIAN ZUGASTI.

(Continuará.)

# ANUNCIOS.

Les annonces étrangères sont reçues à Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et à Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.—es agences ont la regie exclusive des dites annonces.

## GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

CASA GENERAL DE TRASPORTES  
DE  
**JULIAN MORENO**  
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES  
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,  
Y  
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.  
MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA  
SASTRES,  
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3



VAPORES-CORREOS DE LA COMPANIA TRASATLANTICA.  
(ANTES A. LOPEZ Y COMPANIA).

**SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.**  
Salidas de Barcelona los dias 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10 hacen la escala de las Palmas (Canarias).

Se expenden tambien billetes directos para

MAYAGÜEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana.

Rebajas á familias y tratos convencionales para aposentos mayores que los correspondientes ó de gran lujo.

Los pasajes de 3.ª clase acaban de fijarse en 35 duros.

Idem de 3.ª preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.

Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañía, Barcelona.—A. Lopez y Compañía, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañía, Santander.—E. da Guarda, Coruña.



**PILDORAS BOILLE**  
de BROMHIDRATO de QUININA de BOILLE

Contra el Reumatismo diatéstico y gotoso  
las Calenturas intermitentes,  
las Neuralgias, las Neurosis (Jaquecas), etc.

El Bromhidrato de Quinina de Boille es el de que se ha  
hecho uso exclusivo en todas las experiencias que han tenido  
lugar en los Hospitales de París y de Francia.

EXIJASE LA FIRMA DE  
E. Boille

Deposito en París: E. BOILLE, 22, calle de la Bruyère.

TRADICIONES  
DE

## TOLEDO

POR

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.

Los Sres. Montoya y Compañía, —Caños, 1,—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

**BANCO HISPANO-COLONIAL**  
ANUNCIO.

El Consejo de Administracion, cumpliendo con lo dispuesto en el artículo 34 de los estatutos, ha acordado el dividendo de CIENTO DOCE PESETAS CINCUENTA CÉNTIMOS por cada accion, como complemento de los beneficios líquidos del quinto año social.

En su virtud, se satisfará á los señores accionistas el expresado complemento desde el dia 4 de Noviembre á la presentacion del coupon número 2 de las acciones, acompañado de las facturas, que se facilitarán en este Banco, Ancha, 3, principal.

Las acciones domiciliadas en Madrid cobrarán en el Banco de Castilla, y las que lo estén en provincias, en casa de los comisionados de este Banco.

Se señalan para el pago en Barcelona desde el 4 al 19 de Noviembre, de nueve á once y media de la mañana. Trascorrido este plazo, se pagará los lunes de cada semana á las horas indicadas.

Lo que se anuncia para conocimiento del público. Barcelona 31 de

Octubre de 1881.—El director-gerente, P. de Sotolongo.

### BANCO DE ESPAÑA.

Debiendo verificarse la corta de los cupones que vencen en 31 de Diciembre y 1.º de Enero próximos, correspondientes á los efectos de la Deuda pública depositados en este establecimiento, se avisa á los interesados:

- 1.º Que hasta el dia 11 del actual, y previo pedido, podrán recoger los cupones en rama correspondientes á los valores antes expresados.
- 2.º Que los que deseen conservar los cupones sin cortar deberán manifestarlo por escrito ántes del referido dia, mencionando el número del depósito, clase de valores y su importe.
- Y 3.º Que hasta el dia en que la Direccion de la Deuda anuncie la presentacion de cupones, seguirán admitiéndose en este Banco depósitos con el coupon corriente.

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream para la barba.—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stilboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniense y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet María Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposicion de París.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Bouquet Imperial del Brasil.—Agua de S. M. el rey Don Fernando.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria, para la boca.

### BANCO DE ESPAÑA.

Situacion del mismo en 31 de Octubre de 1881.

#### ACTIVO.

	Pesetas.	Céntimos.
Efectivo metálico.....	108.098.519	62
Caja de Moneda.—Pastas de plata.....	4.850.000	
Efectos á cobrar en este dia.....	6.125.702	
Efectivo en las sucursales.....	67.563.686	01
Idem en poder de Comisionados de provincias y extranjero....	30.923.069	43
Idem en poder de conductores....	2.644.492	12
<hr/>		
Cartera de Madrid.....	220.205.469	18
Idem de las sucursales.....	396.071.457	39
Acciones de este Banco, propiedad del mismo.....	106.964.369	54
Bienes inmuebles y otras propiedades.....	384.638	71
Tesoro público: por amortizacion é intereses de las obligaciones, ley 3 Junio 1876, série interior.....	3.649.885	20
Idem id.: por id. id., ley 3 Junio de 1876, série exterior.....	10.000.250	
Idem id.: por id. id., ley 11 Julio 1877.....	7.501.000	
Idem id.: por id. de los bonos, emision de 1.º Abril 1879.....	4.795.000	
	9.792.917	50
	759.364.987	52

#### PASIVO.

	Pesetas.	Céntimos.
Capital.....	100.000.000	
Fondo de reserva.....	10.000.000	
Billetes emitidos en Madrid.....	115.313.150	
Idem id. en las sucursales.....	189.981.100	
Depósitos en efectivo en Madrid.....	305.294.250	
Idem en id. en las sucursales.....	36.737.976	06
Cuentas corrientes en Madrid.....	16.092.807	99
Idem id. en las sucursales.....	156.384.316	36
Dividendos.....	57.706.014	41
Ganancias y pérdidas: Realizadas.....	3.234.819	68
No realizadas.....	7.673.222	44
Intereses y amortizacion de billetes hipotecarios.....	2.157.880	87
Amortizacion é intereses de las obligaciones, ley 3 Junio 1876, série interior.....	9.831.103	31
Idem id. de las obligaciones, ley 3 Junio 1876, série exterior.....	1.081.772	65
Idem id. de las obligaciones, ley 11 de Julio 1877.....	1.907.563	60
Idem id. de los bonos, emision 1.º Abril 1879.....	1.980.247	50
Reservas de contribuciones para pago de amortizacion é intereses de las obligaciones creadas por la ley de 3 Junio 1876.....	700.652	80
Idem de id. para pago de amortizacion é intereses de los bonos, emision de 1.º Abril 1879.....	3.980.328	75
Fondos recibidos de Aduanas para pago de amortizacion é intereses de las obligaciones creadas por la ley de 11 de Julio de 1877.....	20.446.137	33
Diversos.....	9.131.918	43
	6.582.163	71
	18.272.914	94
	759.364.987	52

Madrid 31 de Octubre de 1881.—El Interventor general, Teodoro Rubio.—V.º B.º—El Gobernador, Antonio Romero Ortiz.

### BANCO HIPOTECARIO

DE ESPAÑA.

Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.

Préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés. El Banco comprará las cédulas.

Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Las condiciones comunes á unos y otros son las siguientes:

Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

La cantidad destinada á la amortizacion varia segun la duracion del préstamo.

#### ADVERTENCIA IMPORTANTE

El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relacion clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestacion inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos hábiles.—En la contestacion se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulacion en caso de que fuere necesario.

Adulte tambien el Banco Hipotecario valores en custodia é imposiciones en cuenta corriente con interés.

#### OBRAS NUEVAS.

UN VIAJE A PARIS POR EMILIO Castelar, seguido de un guía descriptivo de París y sus cercanías, por L. Taboada.

Si París no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazon que regula y difunde el movimiento de las ideas. Por esto conviene siempre conocer ese foco donde se concentra é irradia á la vez toda la vida de nuestro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en unade las crisis más

trascendentales de su dramática historia; el período en que se estableció por tercera vez la República, está iluminado, más que descrito, por un pincel inimitable: la pluma de Castelar.

Parecía que completaria el conocimiento de ese fecundo escenario un guía de París y sus cercanías, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposicion. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y costosos tutores. Los suple sobradamente un precioso plano de París y los del Louvre, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerías.

Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

#### VIDA DE LORD BYRON, POR

Emilio Castelar. Esta obra del eminente orador español, que la considera su autor como la más predilecta entre todas las suyas, publicada con todo lujo, forma un precioso tomo en 4.º menor, de más de 200 páginas, impresa con tipos completamente nuevos y una elegante cubierta de color.

Está adornada con un magnífico retrato del poeta inglés, abierto en acero por el más célebre grabador de Nueva-York. Reales..... 20.

#### GOTTSCHALCK, POR LUIS RI-

Ccardo Fors, miembro del Liceo y Conservatorio de Música de Barcelona, del Ateneo de Madrid y de otras corporaciones científicas y artísticas, nacionales y extranjeras. Obra escrita expresamente para LA PROPAGANDA LITERARIA. Está impresa con todo lujo, en un tomo de 400 páginas, adornada con un magnífico retrato del celebrado pianista y una vista de la tumba en que descansa, abiertos en acero por uno de los mejores artistas de Nueva-York. Está además enriquecida con un fragmento de música, autógrafa é inédita, del célebre artista. El autor de esta obra, tan competente en el arte musical como apreciado del público, ha escrito una interesante y minuciosa biografía del eminente artista, con quien vivió largo tiempo en Sur-América: á esta biografía, formada con datos auténticos, irá unida la historia anecdótica de gran parte de las composiciones de GOTTSCHALCK, reveladas muchas de ellas en momentos de confianza por el propio artista. La circunstancia de que el autor de esta obra conoció íntimamente á GOTTSCHALCK, facilita la publicacion de los interesantes detalles de su muerte y de infinitos actos de la vida íntima del inspirado músico, cuya existencia fué una série no interrumpida de accidentes á cual más dramáticos é interesantes.

Puede asegurarse que el libro del Sr. Fors sobre GOTTSCHALCK, es una obra que buscan con avidez y leen con placer los numerosos amigos del gran artista norte-americano y los entusiastas admiradores de su potente génio y vastísimo talento. Reales.. 30.

Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª  
Caños, 1.